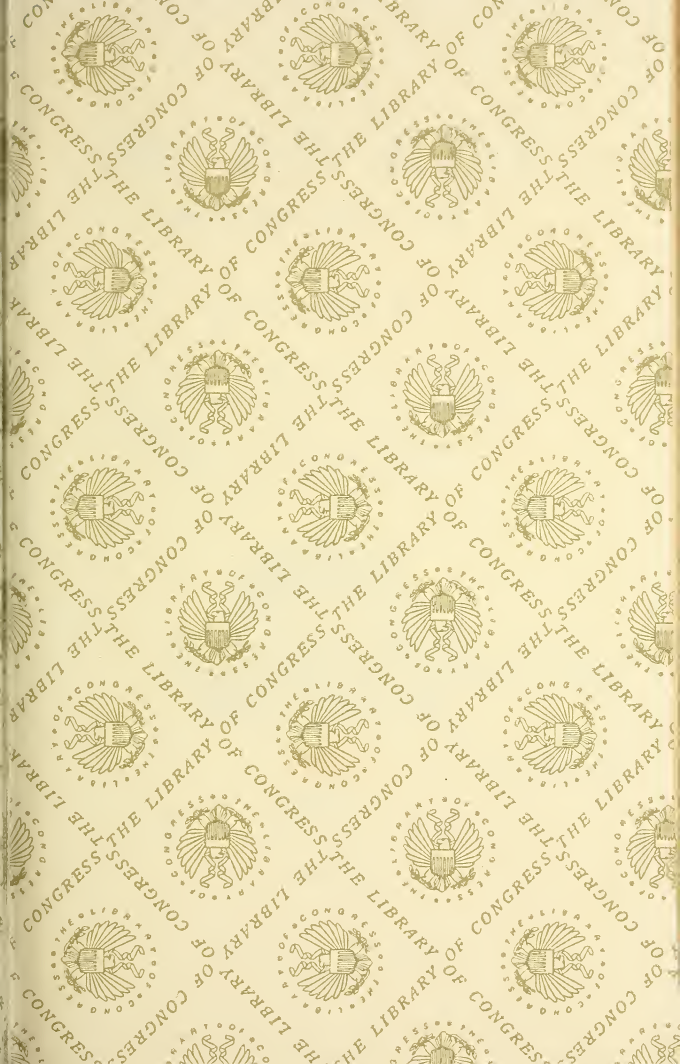

THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

HORAS
DE RECREO

CUENTOS, LEYENDAS, POESIAS Y BALADAS

DE

JULIO NOMBELA.

Cuentos y Leyendas. Una teoría y un puñado de mujeres. — Un protestante... musical. — El primer aniversario. —El embustero.—La velada de San Juan en Sevilla. — Un juego de prendas. — La meditacion. — De cerca y de lejos. — El regalo de boda. — Delirios y realidades. — El calor. — Historias y Anécdotas. Una mujer como hay pocas. — Poesías y Baladas. Plegaria.— Melancolía.— Los Angeles.— Por compasion, etc.



PARÍS,
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.
1861

GEORGE R. LOCKWOOD
NEW-YORK.

A MI PADRE.

Las primeras flores deben ser para el jardinero que ha cuidado la planta. Los primeros pensamientos, las primeras impresiones de un hijo deben ser para su padre.

Recíbelas en este libro, que por guardar mis primeros ensayos, solo tú podrás disculpar y proteger con tu cariño.

Valen muy poco, pero te las ofrece de corazon tu hijo

JULIO.

París, 1860.

AL PÚBLICO.

Hay en el mundo amigos que no nos abandonan nunca, que se sacrifican por nosotros si es necesario, que nos consuelan en las mayores aflicciones de nuestra vida.

Estos amigos son los de la infancia, los que se reunieron á nosotros cuando no calcula-

ban, cuando no conocian el valor del dinero, cuando toda su felicidad era jugar.

¡Cuántas veces uno de estos amigos, hallado por acaso en cualquiera de los infinitos instantes de martirio en los que nos coloca la sociedad cuando formamos parte de ella, cuántas veces su vista sola ahuyenta nuestras penas, nos consuela, nos devuelve la fe perdida, enjuga el llanto misterioso de nuestra alma y nos hace olvidar todo lo triste, todo lo doloroso, recordándonos el hogar donde pasamos nuestros primeros años, la pradera donde corríamos, la huerta donde hurtábamos las frutas, el jardin donde cogíamos las flores para ofrecer á nuestra madre un ramo el dia de su fiesta, el sonido de la campana que nos llamaba á misa, nuestros juegos infantiles, todas las impresiones de los dichosos dias en que nuestras lágrimas eran sin duelo y nuestras

alegrías inocentes! ¡Cuántas veces volvemos nuestros ojos al pasado y recorremos con nuestra memoria las dichas de aquellas venturosas horas que huian sin que nos cuidáramos de ellas, queriendo borrar un presente de angustia, un porvenir incierto!

¡Ah! decid, ¿no es verdad que os alegra hallar á los amigos de la infancia?

Tambien á mí: por eso me decido á publicar este libro Dentro de algunos años será el mejor amigo de mi adolescencia.

Yo he vivido casi siempre solo, soñaba y no queria que turbasen mi sueño.

Las páginas que forman este libro son un reflejo de mi alma. Son las primeras que ha trazado mi mano.

En cada artículo, en cada poesía hay alguna impresion, algun recuerdo, alguna lágrima,

alguna esperanza. Están escritos en las horas de ocio, en las horas de recreo que me han dejado los continuos trabajos de la prensa en que he empleado los mejores años de mi juventud.

Las mujeres y los jóvenes quizá hallarán en este libro algun èco de su corazon. Esto me basta. Para unas y otros lo publico. Si logra interesarles, si lo leen sin fastidio, veré cumplidos mis deseos.

La crítica encontrará en sus páginas todos los estilos, todas las formas en embrion. Son un reflejo pálido de los primeros libros que han caido en nuestras manos. Ellos nos han enseñado á escribir como las aves enseñan á cantar á sus hijuelos.

Mi obra carece de importancia, para la crítica; pero — lo repito — solo la he escrito para ese público imparcial que lee de buena

fe, que llora si le hacen llorar y rie si le hacen reir.

Tambien me mueve á darle á luz una idea egoista, pero muy disculpable, la de poder hallar en él mañana un confidente de mis primeros secretos, un verdadero amigo de la infancia.

CUENTOS — LEYENDAS

TIPOS — ESTUDIOS.

UNA TEORÍA

Y

UN PUÑADO DE MUJERES.

I.

EMILIO.

Emilio es el protagonista de esta historia, jóven de veinte á veinte y dos años, mas bien alto que bajo, menos grueso que delgado. El color de su rostro es trigueño, castaño oscuro el de sus cabellos; sus ojos garzos son muy expresivos, sus cejas pobladas y negras, su nariz un tanto *nasónica,* pero graciosa, su boca regular, cubierta en su parte superior

de un bigote negro como sus cejas. Su talle es elegante; y por último, representa uno de los mas apuestos *dandys* que pasean las calles de la corte.

Este es el Emilio exterior; si quereis conocerle por dentro, figuraos un corazon sentimental de nacimiento, pero un tanto egoista por precision; cariñoso de instinto, elástico de circunstancias: figuraos un talento claro, una imaginacion vivísima....... desde el mullido lecho ó la cómoda butaca; un carácter *español* de por sí, pero amoldable á todo, y le comprenderéis con la certeza del fisiólogo mas experimentado.

Emilio conoce á casi todos los habitantes de Madrid, y todos los habitantes de Madrid conocen á Emilio. Su posicion de gacetillero le hace estar en contacto con los pobres y con los ricos, con los artesanos y los artistas, con los editores y los comerciantes, con los literatos y los hombres de Estado, con las notabilidades nacionales y extranjeras, con todas las entidades que desean darse á conocer por sí ó sus obras, ya culinarias ó políticas, ya artísticas ó literarias, ya morales ó de especulacion.

El detallado estudio que necesita hacer del corazon humano, para darlo, como el retratista da la

copia al original, en los folletines de que se nombra soberano señor, le obliga á penetrar en los hediondos lupanares donde se alza el tabernáculo del vicio, y en las humildes y aromosas moradas donde tiene su trono la virtud; en las casas de los que pertenecen á la clase media, esa clase tan noble sin pergaminos ni armas, y tan baja é inmunda como la mas depravada y escarnecida, esa mezcla de gentes ascendidas y descendidas, las cuales á su turno ascienden ó descienden; esa especie de equilibrio de la sociedad, esa barrera levantada despues del feudalismo para contener y separar á los villanos de los señores, esos dos torrentes cuyas aguas ocultan en su limpieza algunas manchas y en su cenagosidad algunas gotas cristalinas; esa baraja de cartas blancas y de figuras que sirve para hacer la fortuna de un hábil jugador ó causar la perdicion de un poderoso, siempre movida por una fuerza superior; porque la clase media, en fin, es la que decide en todo, la que todo lo hace, y la que menos disfruta.

Quizás acontece con ella lo que con la baraja que acaba de trocar en millonario á un miserable. Antes la conservaba como una jóven inocente la ilusion de su esperanza de amores; despues de ganar suele

arrojarla y no volver á acordarse de ella..... hasta agotar sus monedas: entonces la busca, pero entonces no la halla. Permítasenos esta digresion, como un fragmento de literatura didáctica.

Emilio visita tambien los suntuosos salones de la aristocracia, para conocer el corazon en su mayor grado de refinamiento, para recoger en cada objeto que se presenta á su vista fecundas inspiraciones, para crear imágenes, ya ataviadas con trajes de colores, ya vestidas de luto; para adivinar historias, para leer novelas y admirar tragedias aun mas interesantes que las de Sófocles y Eurípides, que las de Séneca y Afranio, que las de Racine y Crebillon, que las de Goldoni y Alfieri, que las de Cienfuegos y Quintana.

¿Quién nos negará que una habitacion hábilmente forrada de terciopelo ó seda, amueblada con dorados sillones, cómodos confidentes y tendidas butacas de mullidos asientos; adornada con claros y brillantes espejos, de magníficos cuadros en cuyos lienzos aparecen las sublimes creaciones de Vandick y Murillo, de Rafael y de Velazquez, cubierto el pavimento con blandas alfombras de Persia, ostentando en su recinto todas las preciosas formas del arte,

todas las creaciones del lujo, todas las necesidades de la imaginacion, todos los caprichos de esos seres que viven en la molicie, quién nos negará que contiene historias peregrinas, poemas bellísimos, tragedias interesantes, donde campean como protagonistas el amor en todas sus accepciones, los celos, la envidia, la vanidad, el fanatismo, la inocencia, las pasiones buenas y malas en fin?

¿Qué hombre no vulgar, al deslizar su pié sobre una alfombra de Versalles, ó al mirar un grandioso espejo veneciano, al contemplar las colgaduras de terciopelo ó batista bordada, que se oponen despues de las persianas á los rayos del sol, ó al escuchar los sonidos de un piano de Pleyel, se encuentra indiferente? ¿Qué hombre no vulgar deja de ver en ese mundo de su imaginacion escenas diferentes de la vida?

Al imprimir su planta en el mullido pavimento, como en un aparato óptico, se aparecen ante él las gentiles formas de una mujer divina adornada con todos los encantos de la belleza natural y artificial, amoldada á las costumbres de la elegancia; su oido escucha sus leves pisadas, y el rumor de sus pisadas le indica claramente los sentimientos que la agitan.

Apenas sienta su pié sobre la alfombra... la ansiedad domina su corazon :... se acerca á una puerta inmediata, mira por el agujero de la dorada cerradura, y escucha... Sus ojos están inmóbiles... su frente serena. — ¿Qué acentos llegan á sus oidos, qué impresion hacen en su alma las palabras que escucha? — ¡Oh! el hombre no vulgar las comprende en su mirada, en sus facciones, en un rayo de luz que lanza, rayo de luz que descubren muy pocos, porque muy pocos son los privilegiados.

Al contemplar el extenso cristal que con magia admirable retrata las formas del cuerpo, ¿quién no se figura una inocente jóven que, llegada del fondo de los valles, pintados en sus ojos y en su rostro el rubor y la castidad, al verse retratada, se admira y un soplo rápido disipa todas sus nacientes ideas, y una fuerza desconocida paraliza el curso de su imaginacion y solo sabe admirar; ó á la diestra coqueta que busca en el espejo una expresion cautivadora, irresistible, un adorno mas seductor, una posicion de labios encantadora, mas languidez para sus ojos, mayor voluptuosidad en sus modales?

¿Quién al distinguir el cortinaje de un balcon no cree ver oculto entre sus pliegues al amante

sorprendido ó al marido celoso; á la niña indiscreta ó á la anciana entrometida y curiosa, y las situaciones y escenas derivadas de aquellas? y ¿quién al hallarse delante de un piano no mira en él á la modesta jóven recien salida del colegio, que escucha las primeras frases de amor del elegante *pollo* que, apoyado voluptuosamente sobre el armonioso instrumento, dirige tiernísimas miradas á la ex-colegiala, esperando de ella toda la realizacion de sus esperanzas, ó á la mujer de mundo que quiere cautivar la atencion y el corazon de alguna *utilidad;* ó al artista que luchando con las teclas produce mil distintos sonidos y en cada sonido mil imágenes y en cada imágen infinitos pensamientos; ó al artista que expresa con dulces melodías el amor que le inspira la vírgen de sus sueños, creacion aérea y fantástica realizada en una condesita rica y elegante, encantadora y sensible, pero que tiene una mamá condesa tambien y rica, pero ni sensible ni hermosa: mamá obstáculo, mamá destruccion: ó por último la ridiculez disculpable del entusiasta papá que se empeña en dar á conocer las habilidades musicales de sus tiernos vástagos?

Nadie nos negará que todos los objetos, no solo

los que encierran los lujosos palacios, sino todos los que aparecen á nuestra vista dicen mucho con su lenguaje desconocido, y hablan á la imaginacion revelándola infinitos misterios.

Hé aquí por lo que Emilio frecuenta todas las clases de la sociedad, porque en sus folletines tiene que retratarla y necesita acostumbrarse á todos sus hábitos para pintarla con mas exactitud.

Emilio, para concluir, habla á cada uno en su lenguaje, y todos le comprenden y todos le quieren.

II.

LA PRIMERA IMPRESION DE AMOR.

Emilio habia estado en Sevilla y habia conocido á Laura de Ribera, hermosa hija de un rico banquero de la corte, que se hallaba en aquella capital de camino para Portugal, á donde iban á visitar unas haciendas que un hermano de su padre la habia dejado al morir un año antes; y su vista encendió la llama del amor en su pecho. Su corazon se regeneró, se obró un sacudimiento en sus fibras, y de sus resultas se sintió renacer á otra vida, pensó con nuevos pensamientos, sintió con nuevas sensaciones: la ansiedad de saber se habia apagado en él; y el deseo de amor habia sustituido á su pasion el estudio.

Emilio se enamoró locamente de Laura.

Diez y seis años adoraron á quince.

Los dos eran niños, los dos eran puros, los dos

no habian amado; pero no habian sentido la misma impresion.

La vista de Laura despertó en Emilio el amor; la vista de Emilio despertó en Laura el cariño.

Ni Emilio escuchó la voz de Laura, ni Laura la voz de su apasionado. Cambiaron sin embargo algunas miradas, y Emilio creyó ver en ellas millares de esperanzas que le sonreian.

Lo que es un corazon de niño! Donde quiera crea ilusiones, donde quiera crea felicidades!

Laura y Emilio se separaron.

Laura era muy niña y muy rica, y la vista del mar la hizo olvidar á Emilio.

Emilio amaba demasiado á Laura y no la olvidó. Conservó su sentimiento como la flor conserva la gota de rocío en su cáliz, como el fanal oculta la vírgen escapada de las manos de un hábil escultor, como las paredes de bálago ocultan á la inocente pastorcilla.

III.

EMILIO POETA.

Emilio volvió á Madrid, visitó á sus antiguos amigos, y estrechó su amistad con uno de ellos que era poeta.

Emilio le confió su amor á Laura, y se atrevió á confesarle que habia compuesto una coleccion de poesías, que su amor y su separacion le habian inspirado.

El poeta, que ya llevaba algunos años en el ejercicio y era voto en la materia, le dijo despues de leerlas :

— ¡Oh! son muy inspiradas, no carecen de mérito, pero aun les falta arte. Sin embargo, querido Emilio, te aconsejo que sigas escribiendo : tú harás mucho en puliendo tus estrofas, que de suyo son diamantes en su estado nativo.

Esto solo bastó para que Emilio — sin olvidar á

Laura – se hiciese de los mejores textos y de los mas escogidos modelos, y esto bastó para que reanudase aun mas su amistad con el poeta, y para que adquiriese la costumbre de ir al café todas las noches, y para que retardase algo la contestacion á las cartas paternas, lo que dió lugar á que su padre le dirigiese algunas filípicas, y á que dudase un tanto de su hijo y á otras muchas cosas de que puede hacerse cargo el lector, toda vez que exclamará probablemente al mirar á un poeta : — Ved ahí un loco.

Y Emilio se habia hecho alumno de las Musas, y habia unido á su pasion amorosa una buena dosis de entusiasmo artístico, y ya ambicionaba un nombre, nombre glorioso que ligar á su siglo para legarlo á la posteridad.

— Eso es muy laudable, os oigo exclamar; eso es muy justo, pero es tan difícil, y en España.....

— Teneis mucha razon, es muy difícil, y en España..... pero mas adelante hablaremos de esto : vamos á continuar los apuntes biográficos de nuestro héroe.

Emilio averiguó dónde vivia la vírgen de sus sueños, y supo que en la calle del Príncipe, nú-

mero..... cuarto..... Supo además que iba á los bailes que daba la duquesa de la R., lo que le obligó á visitar á una condesa amiga suya, quien lo presentó á la otra cumpliendo sus ofrecimientos, en una de las *soirées,* con lo cual llegó Emilio á escuchar la voz de su sirena, cuyo sonido le pareció melodioso y encantador.

Excusado es decir que Emilio desde que se hizo poeta dejó las roperías por los talleres de París, que se proveyó de los mas indispensables artículos de tocador, con los que se reformó, pulió y aromó; que tomó los guantes de Dubost, las camisas de Barroso, las botas del Leonés, los sombreros de Aimable; que se compró un reloj y una cadena; que adornó las pecheras de sus camisas con preciosos brillantes, que se compró unos lentes y que..... — hé aquí lo mas sensible — que las cuentas crecieron y el comerciante que abonaba escribió á su padre, y que este á su vez cortó las riendas á su hijo, y dirigiéndole una carta en la que el resentimiento paternal se mostraba en toda su elasticidad, le hizo conocer una cosa bien triste : que tenia que arreglarse á las circunstancias y economizar, porque de lo contrario lo dejaria abandonado.

Emilio conoció que era mucho su despilfarro, y prometió enmendarse, y efectivamente se enmendó.

Verdad es que tenia en su baul dos levitas, un frac azul y otro negro, media docena de chalecos, seis pares de pantalones, ocho de botas y broodequeens, tres docenas de camisas de Holanda, sombreros; en fin, un equipaje digno de un recien llegado de las riberas americanas.

Emilio continuó yendo á las reuniones de la duquesa de la R., y continuó adorando á su Laura, la que no se mostraba desdeñosa á los obsequios de su adorador, digno de ella al parecer, porque contaba diez y siete años, vestia lujosamente, y á todas estas dotes reunia una bella figura, circunstancias capaces de inspirar el amor en cualquier alma sentimental, aunque sea la hija de un banquero.

Por fin, Emilio se atrevió á escribir en papel de color de rosa una poesía apasionada, que corrigió su amigo, y una noche se atrevió á dársela; esfuerzo que le costó una fiebre seguramente.

La niña abrió el papel, leyó los versos y le gustaron.

Estaban bonitos, y por otra parte ¿á quién no rinden unos versos?

Laura se ruborizó á la sola idea de tener que decirle que le correspondia, y buscaba el medio de decírselo, cuando una amiguita suya, algo experimentada, la sacó de su apuro y ella siguió su consejo, y Emilio supo que era correspondido, y Emilio escribió un himno al amor, y en doce dias no miró un libro, ni fué á clase, y en doce dias no visitó á nadie, y en doce dias no escribió mas que versos y ni contestó á las cartas de su familia.

Emilio estaba loco: no vivia sino al lado de su Laura, y todas sus composiciones, que por lo general eran sonetos, estaban inspiradas en la hermosura, en la inocencia, en el candor de su adorada.

Ahora bien, ¿porqué duró solo doce dias su delirio amoroso, su fiebre sonetística, su estabilidad y quietud en todos los asuntos que no trataran de su amor?

— Por la sencilla razon de que un dia vió entrar por las puertas de su casa á su futuro suegro, quien, con voz nada dulce, le hizo ofrecer que no volveria á ver á su hija, que olvidaria su amor y otras ofertas de esta especie, por razon de conveniencia suya, porque de lo contrario la niña partiria al extranjero, y él seria derrengado á palos.

Esta escena tan interesante de por sí y este desengaño tan fuerte — el primero que recibia — le hicieron abrir algo los ojos, darse tambien por la primera vez á un humor de los diablos, perder algunos grados de espiritualismo, y hacerse un tanto material, y por precision, por triste precision, tuvo que volver á practicar las mismas operaciones cotidianas, y como no pudo volver á ver á Laura, se fué amenguando su dolor y llegó hasta á olvidarla, pero fué creciendo su aficion á la poesía de tal modo, que llegó á constituirse en pasion.—Nuestro corazon necesita justificar sus desvaríos.

Emilio habia visto impreso su nombre al pié de una composicion, en un periódico de literatura, y aquello ensanchó su ánimo.

Aquel era el primer paso para su reputacion, para su nombre, para su gloria.

Todos sus amigos de Madrid, y muchos de los que no lo eran, sufrieron repetidas veces la presentacion de la obra y su lectura.

Pero aquí debemos detenernos en la narracion de sus progresos literarios, para mencionar uno de los acontecimientos mas grandes de su vida.

IV.

CONTRARIEDADES.

Ya habia pasado un año despues del fin de sus amores, y una mañana recibió una carta de luto, en cuyo sobre creyó distinguir la letra de uno de sus hermanos.

Antes de abrirla se estremeció, rompió la oblea y la leyó : sus ojos se llenaron de lágrimas.

Hé aquí uno de los párrafos de la carta :

« Padre ha muerto de un accidente en pocas horas, pero ha muerto cristiano y honrado, y todos los del pueblo han sentido su muerte. Ven en seguida para que nos ayudes á consolar á nuestra buena madre. »

Emilio entonces dejó correr el llanto de sus ojos, y mil suspiros exhalados de sus labios indicaron que recordaba mil situaciones en que su padre le

abrazó, le aconsejó ó le hizo reprensiones. — ¡ Oh ! entonces cada recuerdo es un puñal que nos hiere en el alma !

Emilio marchó á su país y lloró de nuevo con su familia, que estaba inconsolable; pero pasó algun tiempo, y él y su familia encontraron consuelo.

Se procedió á arreglar la testamentaría, y Emilio al cabo de tres meses volvió á Madrid con menos esperanzas de posicion, con diez y nueve años, — es decir, hecho un hombre, — con muy poca aficion á las leyes, porque estudiaba leyes, y mucha á la literatura.

Aquí es donde verdaderamente se puede decir que da principio su vida pública.

El poeta su amigo creó un periódico científico, nombrando á Emilio colaborador.

Colaborador era para él una gran cosa, pero mas que publicar sus obras, ayudó al director en los trabajos de la administracion, empleo que le obligó á perder el año que cursaba, y le hizo recibir una carta lastimosa de su madre, en la que le echaba en cara los muchos sacrificios que habian hecho por él, y en la que le anunciaba que si seguia de la misma manera, dedicado á las letras, tendria que

renunciar á sus títulos de cariño y otra porcion de cosas de este mismo jaez.

Emilio no hizo caso, continuó en sus empresas literarias, se hizo amigo de casi todos los poetas de Madrid, y, como la mayor parte, se revistió de buenas á primeras con la autoridad de crítico, y su nombre empezó á sonar en el café del Príncipe, en el de la Esmeralda, entre los bastidores de los teatros, y en casi todos los círculos de aspirantes á laureles literarios.

Año y medio despues de la muerte de su padre, casó su madre de segundas nupcias, por tener quien la administrase sus haciendas, motivo que no deja de ser justo para contraer matrimonio por segunda vez; y entonces el nuevo padre, que habia tenido en cuenta los bienes de la viuda de D. Aquilino, inclinó el ánimo de esta señora, en vista del comportamiento de su hijo, á que lo abandonase y así sucedió, cerrándole todas las puertas y dejándole en Madrid con algunos napoleones, un equipaje regular, y una pasion ardiente por las letras.

Al principio este suceso no alteró nada al jóven vate; creyó hallarse mas libre, pero no paró mientes en que detrás se ocultaba un fantasma terri-

ble y descarnado, que representaba la pobreza.

Gastó los napoleones y empeñó la mayor parte de sus prendas, cifrando sus esperanzas en la realizacion de sus obras.

Comenzó á dar los primeros pasos para especular con los productos de su ingenio, y lo que en estos tratos padeció, solo puede saberlo el que haya tenido que escribir para comer en este desgraciado país.

V.

EMILIO PRETENDIENTE.

Una mañana salió de su casa con un cuaderno de poesías, y se encaminó esperanzado á casa de un editor.

No queremos describir los sufrimientos que le costó saber que sus poesías eran cantidades negativas. Baste saber á nuestros lectores, que tuvo que seguir empeñando sus prendas y tuvo que pretender del gobierno, que es la peor situacion que hay en la vida, mucho peor que la de tener que dar de comer á cinco cuñados abandonados á la molicie y una suegra entrometida y habladora.

¡Pobre Emilio! tuvo que dejar muchas de sus visitas porque muchas lo dejaron á él: vió desaparecer los amigos como las prendas de su uso, y pasó un mes de pretension, que nosotros llamaríamos como él mes de martirio, alcanzando al final,

como corona, la *gacetilla* y el *folletin* del *Reconciliador,* periódico de oposicion, que dirigia uno de los admiradores de la condesa de..., protectora de Emilio, á la que no dejaba de ver de cuando en cuando y de acompañar en sus paseos, teniendo los honores de su secretario perpetuo, *gratis et amore.*

VI.

EMILIO PARA LA SOCIEDAD.

TEORÍA.

Ya hemos logrado ver á Emilio, periodista á los veinte años; ya le tenemos con una asignacion anual y por consiguiente con mas desahogo, con amigos en mayor número y metido en la sociedad.

Vamos á ver su comportamiento en los círculos que frecuentaba cotidianamente.

Emilio habia vivido en la opulencia, y las vicisitudes le hicieron descender, abandonándolo á la miseria. Emilio habia tenido ilusiones y las habia perdido una por una sufriendo muy crueles desengaños. Emilio, por fin, se habia figurado alcanzar en su carrera literaria puestos eminentísimos, envidiables honores, y se habia tenido que dar por satisfecho con obtener el destino de *gacetillero* y *folletinista*, con el haber de veinte y cinco duros mensuales, precio harto mezquino, pero el mayor

que á tal ocupacion se asigna en nuestro país, butaca en los teatros y espectáculos públicos, pases para todo lo reservado, billetes para todos los bailes, y otros varios gajecillos no menos apreciables.

Emilio habia subido y bajado las cuestas que todos en el mundo recorremos, pero habia empleado poco tiempo en la que casi todos emplean su existencia.

El corazon de Emilio habia probado la mayor parte de los dolores que se sufren en este *valle de lágrimas*, y aun jóven, se habia envejecido, se habia muerto, pero él mismo lo habia disecado, animándole por obra suya; y no queriendo abandonar tan pronto un mundo en donde á través de los desengaños y sufrimientos descubria algunos deleites que no habia gozado, algunos anzuelos que le detenian en su carrera hácia el sepulcro, pensó de esta manera:

— Tengo veinte años, un poco de ciencia y mucho de su madre. He amado y me han despreciado, he buscado fortuna en la carrera literaria, y solo el abandono en que me tiene mi familia es la recompensa que he recibido; he dado crédito á las palabras de los hombres, y al fin he visto que sus pala-

bras se componen de oxígeno é hidrógeno, pues como el aire azotan ó arrullan y nunca son mas que aire. — He tenido amigos, y por cada levita que he empeñado en el Monte de piedad, he visto separarse de mi lado una década de ellos; en fin, he visto cuanto se ve en el mundo, y por tanto he perdido la fe. — Ahora bien; ¿es posible vivir sin fe? — Materialmente sí, pero yo que soy espíritu todo, moriria y... por mas que el mundo sea malo, la verdad, esto de morir es algo triste...

Es preciso no morir, á toda costa.

Tracémonos un plan de vida: la base será mi destinillo de seis mil reales anuos.

Y continuó pensando:

— La amistad es uno de los goces mas fecundos, uno de los atractivos mas risueños, uno de los lazos mas dulces que nos ligan á la tierra; es la union de almas que viven sin confundirse ni tocarse, y que por otra parte está sin explotar.

Explotémosla.

Todos convienen en que la envidia es su mas poderoso obstáculo y su mas fuerte destructor.— Para tener envidia, es preciso tener las mismas aspiraciones, es preciso tener los mismos hábitos, los

mismos fundamentos. — Para tener esta igualdad, es preciso pertenecer á un mismo sexo, porque una mujer no es probable que tenga envidia de un ministro, ni un abogado de una florista; — luego entre personas de distintos sexos no cabe la envidia destructora, la envidia en cuestion; — luego la amistad puede existir y ser fecunda entre miembros de heterogéneas condiciones... — pues señor, es cosa hecha. — Adios, amigos. — Bellas descendientes de la raptora de la manzana, abridme vuestro corazon que vengo á brindaros amistad, un sentimiento que desconoceis en toda su extension, que conocido os agradará... y que para que le comprendais perfectamente, os le compararé con vuestra pulsera favorita, con vuestro traje, es decir, con el traje que usais para vuestras conquistas, porque es el que mejor sienta á vuestras mejillas sonrosadas ó á vuestro cuello de alabastro.

Emilio dejó de pensar porque creyó haber dado en el *quid,* y satisfecho de su triunfo, quedó por un instante como embriagado; pero bien pronto le presentó su imaginacion algunas objeciones.

— Cierto, continuó, que la amistad entre el hombre y la mujer es la mas positiva y la que mas

ejerce su mision, pero poco á poco. — ¿No podria llamarse á esta amistad amor? — esto es. — ¿Seria posible no traspasar la línea que separa estas dos afecciones? — Sí, tratándose de un hombre de diez y ocho y una mujer de cincuenta ó sesenta; — pero aquí ya no cabe amistad, porque el principio de la amistad es la afinidad de ideas y sentimientos, y no es posible que esta afinidad exista entre la juventud y la vejez, entre la vivacidad y la quietud, entre la construccion y el desmoronamiento, entre la cuna y la tumba, entre la vida y la muerte. — No, tratándose de un hombre de veinte y una mujer de diez y ocho, por razon de causa y efecto, de principio y de fin. Todo se hace por una cosa, y para una cosa. La amistad nace por la armonía de sentimientos y se cultiva para buscar alivio á nuestras penas, para que sirva de consuelo á nuestro corazon. — Su principio y su fin son espirituales. — Su causa es moral, y su efecto lo mismo; — pero en el mundo no vive solo el espíritu : la vida moral para casi todos está en segundo término. — Esto es una negacion de la amistad entre personas de distintos sexos, porque la mujer puede concebirla y cultivarla para dar alimento á su espiritualismo, pero la

mujer, cuando se ha quedado sola en el mundo y es pobre, no come ni se viste con la amistad, y esto es lo que primero le llama la atencion, por lo que busca siempre como su único porvenir un esposo; y un amigo siempre es un amigo, mientras que un amante puede desempeñar el cargo ambicionado.

Hé aquí un obstáculo grande para esta amistad genérica.

Sin embargo todas las reglas tienen excepcion : busquemos excepciones.

Por otra parte, los hombres tienen tambien su alma en su armario, como se dice vulgarmente, y seria muy difícil su posicion sobre el terreno por ser resbaladizo, y por aquello de que la nieve se derrite con los rayos del sol, y aquello otro de que la mujer es fnego y el hombre estopa, y á lo mejor el condenado Satanás pone los labios en forma de cañon y hace lo mismo que el fuelle de una fragua.

Hé aquí desmoronado todo mi pensamiento.

Los pensamientos son como los ministros en España, porque — los unos llegan y deshacen lo que han hecho los otros. No hay mas diferencia entre aquellos y estos, que al caer los primeros no ob-

tienen cesantía, mientras que los segundos se regalan con ella.

Adios, nueva ilusion, nueva esperanza... —Todo se perdió.

— ¿Y porqué no he de hallar excepciones? se preguntó reconviniéndose, y además, no se debe desechar un proyecto sino despues de haber tocado sus inconvenientes. — No seria malo probar...

Emilio dudó un instante, y al cabo resolvió poner en práctica su último pensamiento.

VII.

EMILIO PARA LA SOCIEDAD

PRÁCTICA.

—Probaré, dijo decidiéndose.

Y por ser ya las ocho de la noche y tener que asistir á una gran *soirée,* empezó á vestirse de punta en blanco, buscando en tanto en su imaginacion una *víctima* con quien ensayar su proyecto que él llamaba —*remedio contra los hastiados del mundo.*

Sonaron las diez, era invierno y la noche estaba lluviosa; se embutió en el Montecristo, se calzó los chanclos y llegó á casa de un rico comerciante, que celebraba el cumpleaños de su esposa Dª. Telesfora; comerciante que trataba á Emilio con las mayores deferencias, porque... todo en el mundo tiene su porqué. — Aquel buen señor comerciaba al por mayor con objetos de bisutería, y el jóven gacetillero debia anunciarlos y ensalzarlos en las columnas del *Reconciliador.*

Llegó Emilio, y saludó á la *beneficiada* mamá, al papá y á las dos niñas, de las cuales se nombraba amigo, pero amigo vulgar.

Los armoniosos sonidos de tres pianos poblaron el espacio de aquel salon, y Emilio sacó á bailar á Eladia, que era la hija menor del comerciante.

Eladia contaria diez y seis primaveras poco mas ó menos, y coronaba su esbelta figura con una cabellera rubia, naturalmente ensortijada, inundaba de una luz melancólica su semblante con sus ojos azules, decoraba sus blancos dientes con dos ligeras rayas de color de rosa, y su cuello de pórfido, sus manos de nácar y sus pequeños piés formaban una mujer á quien sin exageracion podia llamarse hermosa.

Su imaginacion despejada sugeria á sus labios frases epigramáticas, su corazon predispuesto á sentir toda clase de emociones se subyugaba á todo género de afeccion.

Emilio ciñó su brazo á la cintura de la jóven, ella apoyó el suyo sobre sus hombros, esperaron dos compases y comenzaron á bailar una linda mazorka del majestoso Goria.

Multiplicado número de parejas los confundian á cada paso.

A las dos vueltas se pararon delante de una consola de mármol de Carrara, que sostenia un magnífico espejo de Venecia, dos floreros de Sèvres y un reloj de Kejel.

Emilio habló.

— ¿Se cansa Vd., Eladia?

— No, señor; ¿y Vd.?

— ¡Oh! yo jamás me canso.

— Parece que su aficion de Vd. al baile quiere tener punto de semejanza con la mia.

— Eso podria ser si poseyera las excelentes dotes que acompañan á Vd. para el baile.

— ¿A mí?... ¡Jesús!... Vd. se burla. Apenas sé bailar.

— ¡Oh! no diga Vd. eso: baila Vd. muy bien.

— Vaya, vaya, ya veo que me trata Vd. con mucha ceremonia, y á mí me gusta la franqueza, que es la que engendra la amistad.

— Eladia, ¿puede Vd. dudar un instante de mi afecto?

— No, pero dice Vd. unas cosas...

— Pues bien, voy á decir á Vd. otras, si es que Vd. quiere que variemos de conversacion.

Eladia se ruborizó.

— ¿Cuáles son?

— Unas preguntas... una experiencia que deseo tener... — Veamos, ¿cree Vd. en la amistad?...

— Sí por cierto.

— Bien : entonces seamos francos. ¿Qué entiende Vd. por amistad?

— Toma... simpatizar y ser amigos...

— ¿Nada mas?

— ¿Qué mas?...

— Mucho mas; verá Vd. cómo yo la comprendo. — La amistad es un lazo que estrecha nuestras almas igualándolas; es una balanza en donde dos corazones se dan, para equilibrar el peso, penas ó consuelo; es las agujas del reloj que las dos se necesitan, á veces se juntan pero no se tocan; es una de las felicidades de la tierra, la mejor, porque es la mas pura. — ¿La comprende Vd. así?

— Ya lo creo.

— Tiene la dulzura del amor, pero no tiene su exaltacion : aquel es un rayo que abrasa, pero muere pronto; esta es una estrella que siempre

alumbra con la misma claridad por mas que sea tibia.

— Es el lazo que debia ligarnos en la sociedad; el trato que debia usarse...

— ¿Lo cree Vd. de ese modo?

— Sí por cierto.

— ¿Y tambien cree Vd. que *debia* usarse?..... Luego no se usa, ¿y porqué?...

— Yo me lo explico así: — porque para todo es preciso tener disposicion y fuerza de voluntad, y aun cuando muchos corazones cuentan con lo primero, lo segundo les falta.

— ¿Y á Vd. le falta?

— No, Emilio, no; — poseo esas dotes — y á Vd. solo se lo confieso con orgullo.

— Pues bien, si Vd. y yo tenemos disposicion y voluntad, ¿porqué no somos amigos?

— Amigos somos...

— De reunion, pero no de alma hasta ahora.

— Pues seámoslo.

— Pues seámoslo.

Y continuaron bailando.

A las dos vueltas se pararon.

— ¿Con que está Vd. decidida?

— Decidida.

— ¿A pesar del jóven militar que me mira con ojos de hiena porque hablamos en secreto?

— A pesar de él, con quien estoy en relaciones. Ahí tiene Vd. con esta confianza la primera prueba de nuestra amistad.

— Relaciones... murmuró Emilio, y dijo para sí: Hé aquí otro obstáculo poderoso. — Un minuto despues pensó: Pero tambien tiene excepciones. — Adelante.

— Muy bien, muy bien, repuso; esa prueba me agrada; corresponderé á ella; – y entonces se le ocurrió una idea y continuó:

— ¿No le parece á Vd., Eladia, que para ser amigos de alma nos estorba una cosa?

— ¿Cuál?

— El *Usted*, ese tratamiento frio y soso. Atrevámonos á desterrarlo.

— Emilio...

— Atrevámonos.

— Acepto.

— ¡Oh! Eladia, queridísima amiga, dijo Emilio á tiempo que el militar se le acercó diciéndole:

— ¿Me permite Vd. dar una vuelta con esta señorita?

— Sí, señor... si ella acepta.

— Con mucho gusto.

Emilio quedó solo y los dos amantes se lanzaron al baile.

Emilio dijo para sus adentros :

— Hasta ahora no vamos mal, veamos los demás pasos. Nunca hasta el fin se fué dichoso.

En esto volvió á sus manos la pareja robada, y le dijo :

— ¿Qué te ha parecido la desenvoltura de tu amante?

— ¿Y á tí?

Aquella pregunta sancionaba su acuerdo.

— A mí — pchst — regular.

— Es preciso no ser celosos... la amistad es apacible.

Para acabar : Emilio, despues de aquel primer ensayo, notó que un hombre de su temple podia vivir con su método nuevo á las mil maravillas, siendo novio de las muchachas, sin celos, ni citas difíciles, ni riñas, ni falta de apetito, ni otras mil situaciones engorrosas, siendo además su Mentor y

su consejero; alcanzando el aprecio de las mamás y el respeto de los papás por ser influyente en las determinaciones de sus hijas, captándose la admiracion y la amistad vulgar de todos los jóvenes en estado de merecer, apreciadores asimismo de su influencia con las bellas, y otros distintos privilegios que como autor del pensamiento le estaban reservados, y optó por su nuevo método de *poligamia moral,* formando una candidatura de amigas de que mas adelante daremos noticias para no faltar en nada, ni en lo mas minucioso, á nuestros deberes de historiadores.

VIII.

APÉNDICE AL CAPÍTULO ANTERIOR.

Ya conocemos la filosofía societaria de Emilio para con las bellas. Para con las mamás se mostraba á veces cariñoso, á veces duro, permitiéndose acriminar sus acciones ó enaltecerlas.

Con los papás se portaba de una manera ingeniosa, de una manera homeopática. Los trataba con su trato, les hablaba con su lenguaje, siempre por encima y haciéndoles creer que los mas principales puestos del Estado serian suyos antes de poco tiempo.

Con sus amigos usaba de la misma táctica que con los papás. Era tonto con el tonto, pero siempre con superioridad; fatuo con el fatuo, discreto con el discreto; así es que todos le querian y se disputaban el puesto para acercársele.

Sus finos modales adquiridos en la sociedad de

gran tono, su talle esbelto y elegante, su delicado gusto para vestir, su facilidad en la discusion y fraseología, mezcla de vulgar y elevado, de sentimentalismo y de vaguedad, su destreza en el trato y su despejado talento, hacia exclamar

A sus amigas genéricas :

— Es un muchacho digno de aprecio, elegante y erudito.

— Es un hombre de gran corazon.

— Es uno de los pocos á quienes se pueden confiar secretos.

— Es muy simpático.

— Tiene un carácter tan dulce y es tan amable, que á su lado no se pueden tener penas, ni dejar de quererle.

A las mamás :

— ¡ Qué buena pasta tiene !

— ¡ Qué docilidad !

— ¡ Y qué mundo !

— ¡ Con qué dulzura lo arregla todo !

— ¡ Con qué interés interviene en los disgustos y los alivia !

— ¡Con qué amabilidad y elegancia ofrece el brazo lo mismo á una jóven hermosa que á una señora de edad!

A los papás:

— Es jóven que promete.

— Y de porvenir.

— Mañana ocupará los puestos principales del Estado.

— ¡Y qué servicial!

A sus amigos cuando paseaban con él:

— Chico, mañana ó el otro tú serás diputado y ministro; no lo dudes, tú estás llamado á ocupar un buen puesto.

— A ver si entonces nos olvidas.

— ¡Qué partido tienes con las mamás y con las niñas!

— ¡Qué cuco eres!

Cuando no estaba delante, ponderaban su comportamiento, algunos le tachaban de entrometido, y cada cual, además de esto, hablaba de él lo que le parecia, como el lector habrá pensado.

A todos se presentaba, sino poderoso, acomo-

dado, y todos por su exterior le juzgaban en buena posicion: solo el director del periódico y la condesa del Clavel eran los que conocian al verdadero Emilio. Los demás le comprendian por su aspecto, y no sabian los misterios ni de su posicion ni de su alma.

Emilio con sus teorías aplicadas templaba las aspiraciones de su por tercera vez regenerado corazon, y la esperanza le hizo confirmar en su idea, de que siendo amigo de las bellas, lo podia todo, porque todo cuanto él decia se creia profético, y siendo su amante habria sufrido muchos y muy penosos desengaños, porque los papás habrian averiguado la verdad de su posicion, y conocida la realidad, en vez de ser recibido con los brazos abiertos, los brazos armados de garrotes lo hubieran echado por la escalera abajo.

De esto, como recordaremos, tenia la cruel experiencia.

Emilio habia fijado sus opiniones, se habia hecho casi materialista, y al mismo tiempo desterró de su pecho las ideas de amor por las de virtud, necesaria para el uso de su *poligamia moral*. Sin ella peligraba el proyecto realizado; el edificio caia por su base.

Hé ahí el Emilio que pasaba la mañana en su casa, en la redaccion y en sus visitas; la tarde y el principio de la noche en el café, y las noches en las tertulias, en los bailes y en los teatros.

Vamos á conocer el Emilio que habitaba en la calle de Jacometrezo, nº... etc... : el Emilio que iba á pedir al director del *Reconciliador* su haber mensual, el secretario de la condesa.

IX.

NOTICIA DE LAS AMIGAS DE EMILIO, EN DONDE PUEDEN VERSE LOS TIPOS DE CASI TODAS LAS JÓVENES CONTEMPORÁNEAS.

Abandonemos por un instante á nuestro Emilio para conocer á sus amigas, porque creemos que no disgustará á nuestros lectores ver pasar ante su vista, como en un aparato óptico, las bellas ninfas, á quienes ama, á quienes critica, de quienes se burla; y á nuestras lectoras no les causará enojo el verse retratadas como en un espejo, por mas que exclamen al recoger su retrato copiado exactamente:

— Válgame Dios, ¡ qué mal pintor ! en nada me ha favorecido.

I.

Ya conocemos á Eladia y nada necesitamos hablar de ella : pasemos á Sofía, su hermana.

II.

Sofía, como Eladia, era de una estatura regular,

de cabello rubio y tez rosada, pero con ojos negros, contraste que le daba cierto carácter de originalidad encantador.

No ignoraba Sofía los atractivos de su rostro, y sabia muy bien aprovecharse de ellos para rendir los mas empedernidos corazones, complaciéndose despues en abandonarlos.

Para conocer su carácter y sus sentimientos bastará este solo rasgo.

Sofía, entre otras varias, tenia una amiga y su amiga tenia un novio cursante del sexto año de leyes, y jóven de una brillante posicion que se llamaba Carlos.

Sofía se enamoró insensiblemente del novio de su amiga, y puso en juego algunos ardides para separar á los amantes y conquistar el corazon de Carlos.

La amiga comprendió su proyecto y le escribió una carta de rompimiento.

Sofía tuvo una entrevista con Carlos, y usando de mil mañas, logró hacer creer á su amiga por las apariencias, que su amante no era leal y la despreciaba, por ella.

Su amiga despidió al amante perjuro, y porque era sensible y buena lo sintió.

Su amante, que era jóven y guapo, sufrió un poco de tiempo, y para curarse, cayendo en la red que le tendió Sofía, la hizo una declaracion que ella rehusó, vengándose de Carlos por no haberla elegido primero que á su amiga.

Hé aquí su manera de obrar, y sin embargo Sofía comprendia el amor y la amistad, y leia Lamartine traducido y exclamaba :

— ¡ Qué bello corazon ! quién pudiera poseer un amante tan espiritual !

Y soñaba con él y se lo figuraba jóven y hermoso, por error de cronología. Y á pesar de esto tenia novios con los que cuchicheaba, y hacia limosnas donde la vieran, y se compadecia de un pajarillo preso en una jaula y cosas semejantes, complaciéndose lo mismo que con dar *calabazas* á un enamorado jóven todo corazon y todo ilusiones, ó desgarrar el alma mas tierna y mas sensible.

Su mal consistia en que juzgaba los corazones por el suyo, y su corazon era sensible cuando miraba ante su vista un pobre lleno de miseria, un padre de familia en los momentos de su muerte, pero indiferente para los achaques del alma, para

esas penas interiores que nos devoran, que nos consumen y que nunca salen al rostro, esas penas que, cuando mas, se dan á conocer por la palidez y las lágrimas. Esto pasaba así; porque ni las comprendia ni las habia padecido.

Emilio conoció su carácter, y ya su amigo quiso hacerla sentir; pero al meditar la magnitud de la obra, retrocedió contentándose con aconsejarla sobre algunos puntos.

En tanto ganaba el afecto de sus padres, y en las reuniones de la casa era el preferido. Las niñas necesitaban á su amigo, tan indispensable por la novedad, como el mejor adorno últimamente elegido por la voluble moda.

Emilio al mismo tiempo satisfacia sus aspiraciones regeneradas, sus aspiraciones de egoismo, sus aspiraciones de personalidad.

No se crea sin embargo que con todas le pasaba lo mismo: tenia algunas á quienes trataba con verdadero cariño, pero tambien con utilidad, puesto que al frecuentar su trato solo cuidaba de despertar sus aletargados sentimientos, de sentir dulces emociones que consolaran su enfermo corazon.

Estas amigas eran cuatro: Inés, María, Gabriela y Julia.

Conozcámoslas.

III.

Inés era una huérfana, hija póstuma de un pintor, cuyos cuadros, reflejando su genio, anunciaban los laureles reservados á su creador. Pero una pasion lo habia conducido al sepulcro.

Se enamoró de la hija de un conde, é Inés, que así se llamaba, le correspondió frenéticamente.

Al cabo de dos años de amor, vieron nacer una hermosa niña, ángel inocente, cuya existencia indignó á los padres de la amante — los que hicieron desaparecer al autor de su deshonra.

La pobre madre no tardó en seguir el camino de su esposo, quedando su hija sola y desamparada, como la blanca azucena en un prado erial.

Una hermana de su madre estaba unida á un rico propietario, y no tenia familia. Contempló la hermosura de Inés, y la recogió y la educó y la adoró adoptándola por hija.

Cuando cumplió la jóven quince años, le refirieron la historia de sus padres, y aquella primera

impresion en tan temprana edad despertó su alma al sentimiento y lloró mucho, y sus lágrimas empañaron el brillo de sus ojos negros y los bañaron de dulce melancolía, de vaguedad y languidez inspiradoras.

Desde muy niña se aficionó á la soledad y á la lectura, y al contemplar las magníficas obras de Murillo y Velazquez, sintió el deseo de imitarlos; estudió, y con los pinceles y los lienzos logró satisfacer las aspiraciones de su alma, y colocarse en un círculo de luz que la separaba de las demás jóvenes vulgares.

De este modo tambien imitaba al autor de sus dias, y quién sabe si abrigaba la idea de glorificar el nombre que habia heredado de su padre, ya que la muerte no le dejó lograrlo.

Inés era una jóven espiritual, una de esas *psiquis* que son el alma del sueño de los poetas, y les inspiran sus mas tiernas poesías, una flor trasplantada desde ignotas regiones.

Emilio, cuando la contemplaba en los momentos de pasion, digámoslo así, cuando con los ojos fijos en el lienzo, en la diestra el pincel y en la otra mano la paleta, se afanaba por dar expresion al

rostro de una vírgen como queriendo descubrir los misterios del Hacedor, Emilio entonces se sentia otro, y mil ideas santas, puras y espirituales bullian en su mente. Hubiera caido á sus piés y exclamado:

—Yo te adoro, mujer divinidad, ¡tú eres el alma de mi alma!

Pero entonces se acordaba de su posicion interior, de la posicion brillantísima de Inés, y de aquella desigualdad miraba surgir obstáculos inmensos; y recordando *su amistad*, que Inés pagaba de corazon, porque no desconocia el valor de Emilio, exclamaba:

— Bien, Inés, bien; tienes todo el poder del mundo, eres una mujer única, eres mas que todas las mujeres.

Y con aquella manifestacion se satisfacia y dejaba satisfecha á su amiga, la que por otra parte le confiaba sus sentimientos y sus penas, y comprendia verdaderamente la amistad de Emilio; amistad que él, como veremos en adelante, amoldaba á la persona á quien se dirigia.

IV.

María era por otro estilo: era la inocente jóven

nacida entre las flores y criada para las flores, era la realizacion del ángel del candor.

Tenia quince años y era la única hija de un médico de reputacion y de una señora virtuosa que la idolatraban con delirio.

El aspecto de María era tan grato como el de la azucena, su aliento parecia el de las rosas; sus ojos eran azules, sus mejillas de nieve y carmin, su boca pequeñita y graciosa; no muy alta su talla, su cintura delgada y airosa, y de un castaño claro su cabello.

Vestia con suma sencillez, y esto hacia resaltar su hermosura manifestando su inocencia y naturalidad.

¡Cuánto mas bella aparecia con su vestido blanco y las cintas azules con que rodeaba su cintura, que si hubiera cubierto sus bellas formas con riquísimos trajes de terciopelo ó cachemir, pañuelos de la India, pulseras de brillantes y adornos! ¡Oh! no podemos mirar con gusto á esas señoritas que, despreciando sus encantos de naturaleza, buscan en los del artificio un motivo donde cifrar su vanidad, resultando de aquí fatales consecuencias, mas delicadas y penosas de lo que pueden imaginarse cuando están en todo su brillo.

Emilio hallaba un deleite espiritual en el trato de María, pensando cuán dichosos seríamos si todas las jóvenes fuesen como su amiga, que — sea dicho de paso — no carecia de talento.

Se complacia en aconsejarla bien y la cuidaba como á una flor de rara belleza, preservándola del frio aliento de la sociedad y de los desengaños.

María no habia amado, y sus padres se daban el parabien, porque tuviese en Emilio tan buen amigo y excelente Mentor.

V.

Gabriela tenia un poderoso aliciente para Emilio: su ambicion de gloria.

Gabriela era un genio con las formas de una cantante admirable.

Poseia una voz de tiple firme y clara y de un timbre dulcísimo: su estatura era elevada, sus contornos sumamente perfectos, las facciones de su rostro divinas.

El color de su cara era blanco con ligeras ráfagas de rosa. En sus sienes se dibujaban algunas rayas azules por donde corria la sangre de sus venas. Sus ojos êran negros y grandes, su nariz griega, su boca

era muy graciosa, y sus labios de *coral* orlaban sus finísimos dientes, que no llamamos perlas porque todos los poetas los han llamado así. Su cabellera, negra como el azabache, caia en bucles sobre su cuello, que parecia de alabastro.

Generalmente vestia un traje negro, y el adorno de su cabeza era encarnado y del mismo color que su vestido.

Gabriela poseia un corazon de artista ávido de emociones, un corazon todo sentimiento y apasionado de todo lo bello con entusiasmo.

Además de su brillante voz, poseia Gabriela otras dotes no menos apreciables. Tenia un talento especial, una comprension clara y una memoria elástica. Sabia historia, geografía, y hablaba francés, inglés é italiano.

Emilio encontraba inspiracion en sus palabras, en sus acciones, en sus sentimientos, y Gabriela era amiga de Emilio porque descubria en él algo de originalidad.

Emilio con ella era el novelista inspirado y filosófico, el poeta sensible. — Con él nunca usaba Gabriela de un genio algo avinagradillo que tenia.

Este defecto no debe extrañarse, porque no somos completos.

Además Gabriela no era rica, prueba inexacta de la justicia del Todopoderoso, que pone generalmente al lado de la idiotez las riquezas, y la pobreza junto al talento, junto al genio, junto al artista.

Gabriela hallaba en Emilio un intérprete, y mas por este egoismo que por otra cosa, era casi su hermano; verdad es que si Emilio la habia escogido entre el número de sus amigas, era por el mismo motivo. — Todo en el mundo tiene su porqué. — Lo que es una lástima, es que nos engañemos y le creamos bueno siendo malo ó vice versa.

VI.

Pasemos á ocuparnos de Julia.

Julia era la mujer de sociedad, pero no la mujer de mundo, era la jóven cariñosa, amable, que, educada en la opulencia y habituada á ella, tiene esas maneras tan elegantes, tan dignas y elevadas. Era la vírgen de corazon, acostumbrada á recibir de sus amados padres lecciones de moral prácticas, ángel tutelar de los pobres y los enfermos, y el consuelo de los afligidos.

Su alma vivia, por decirlo así, en un mundo de espíritus.

Julia no hablaba con su alma sino cuando prodigaba alguna frase cariñosa á la madre que miraba á sus hijos espirar de hambre en la miseria, y con sus auxilios los veia alimentarse y vivir y besarla, cuando encontraba otra alma como la suya, lo cual era difícil en la posicion que ocupaba, y al dirigir sus fervientes plegarias al Altísimo.

Entonces era su alma la que hablaba, y su voz parecia una música celestial, el acento de un coro de arcángeles.

En la sociedad hablaba á todos con dulzura, á todos los trataba con cariño, pero á su vez no dejaban de conocer todos que era superior á ellos y la adoraban como los páganos al sol, porque la creian sobrenatural.

Su rostro ayudaba mucho á comprender la dulzura de su carácter. Su rostro era..... ¡oh! su rostro... no bastarian palabras para describirle. ¿Habeis visto una vírgen de Murillo con aquel sello de melancolía y aquella expresion y aquellos ojos celestiales? Pues Julia se parecia á una vírgen del gran pintor, si no la sobrepujaba. Su modestia era proverbial.

Sus padres la adoraban y la cuidaban como el avaro sus riquezas.

Muchos habian solicitado su amor, pero ella les decia :

— Yo no podré amar á ningun hombre, porque me parece que ninguno bastaria á contener mi amor, ni á alimentar mi corazon. Sin embargo á todos los aprecio como hermanos; — y no tenian otro recurso que ser hermanos de aquella mujer, de aquella aparicion divina.

Emilio la conoció en la misma casa donde le presentaron para que hablase á Laura y alcanzó su simpatía. Despues en los tiempos de su desgracia, fué una de las amigas que no le abandonaron.

Cuando Emilio la ofreció su amistad, Julia aceptó juzgando que aquel cariño satisfaria en algo las aspiraciones de su alma.

Emilio era el amigo predilecto de Julia, distincion que le colocaba en un rango elevado, para todas las visitas de la casa y para su familia.

Emilio alcanzaba tambien la predileccion de Julia, porque *comprendia* las dulcísimas melodías que inventaba en el piano.

Insensiblemente fueron ligándose sus corazones, y no podian pasar mucho tiempo sin verse — cualquiera se habria figurado que aquello era un amor delirante, sin embargo no era mas que amistad.

X.

CONTINUACION DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

Conozcamos á sus amigas menores de segundo órden, á sus amigas de conveniencia.

VII.

Entre todas, la primera era Eugenia, muchacha de unos veinte años, hija de un rico capitalista, de orígen ayuda de cámara, lo que indicaba su buena suerte, y de su esposa, fresca doncella de labor en otro tiempo, y entonces señora de un opulento palacio.

Ambos esposos habian pasado juntos la pobreza y la servidumbre. — La fortuna les proporcionó á un tiempo tambien sus requísimos dones. — Los dos vivian contentos sino felices.

Como todos los que de la nada han pasado á la opulencia, eran gastadores, derrochadores. — Dos dias á la semana fonda; — todas las noches al circo

de Paul; — los domingos á la Fuente Castellana; — los lunes á los Toros; — el dia de San Isidro á San Isidro, y así sucesivamente. Hé ahí el programa de su vida.

Eugenita se habia criado en esta escuela, y acostumbrada al despilfarro, á hacer viajes veraniegos á los baños y á los sitios del Real patrimonio, á todo género de diversiones, tenia una erudicion genérica y un pico tan suelto á causa de su trato, que era el encanto de sus papás, la admiracion de los amigos de la casa, entre los cuales los habia de su cuerda, y otros de otra, adquiridos por el brillo y el fausto, y muchos de la aristocracia, á quienes adelantaba el fecundo capitalista crecidas sumas que le pagaban con usura, ó que no le pagaban — porque de todo habia, — y últimamente la envidia de sus amigas por el partido que tenia con los pollos, y porque era bonita, vivaracha y habladora.

Su padre, que queria justificarse á los ojos del público por haber hecho tamaña suerte, protegia á los desgraciados y á los artistas — no mas venturosos.

Tenia su hija un profesor de piano que despues de mucho tiempo y estudio pudo hacerla tocar la

polka del *Cañon*, algunos fragmentos de zarzuelas y la nunca bien ponderada sinfonía del *Nabuco*, que maltrataba sin compasion. — El maestro se fatigó por sacar mas partido de su jóven discípula, pero al mirar lo infructuoso que era se echó en el surco abandonándola á su destino músico. El bueno del papá le favorecia con un sueldo no despreciable, comprando de este modo mas que sus lecciones su paciencia.

Tenia tambien un profesor de pintura que se mataba en balde por enseñarla á dibujar ojos y narices, mientras la niña diseñaba caras informes, cuyas orejas se estaban tocando con la boca y cuyos ojos asomaban ya en la frente, ya en las narices — á discrecion. A estas cabezas las ponia dos rayas perpendiculares que figuraban el cuello, luego hacia un círculo irregular al que llamaba cuerpo : — de cualquier parte de él tiraba una raya oblicua saliente, á cuyo fin plantaba cinco guiones, y de la parte inferior del círculo hacia salir otras dos rayas desiguales, á cuyo fin pintabá botas, y héte aquí una de las obras maestras de Eugenita, que no podia menos de hacer reir á sus papás, que las enseñaban á los contertulios, y de in-

dignar al profesor, que tenia que reir tambien. Tal es el martirio que pasan muchos artistas encadenados por la miseria, tienen que dar lecciones á personas como la amiga de nuestro Emilio.

Nuestro *amigo universal* habia alcanzado la amistad de la niña, porque le gustaba la lectura de sus folletines, y el padre de Eugenia contaba con él para cualquiera diversion que proyectasen por insignificante que fuera.

Emilio la distinguia entre sus amigas de segundo órden, porque era aficionada con extremo á sus obras, y porque su fondo no era malo y porque la sal, la *vis* cómica de sus dichos, le entretenia.

Excusado es decir que Eugenia era de las abonadas al Prado, siempre vestida con lujo churrigueresco, y que por las noches ocupaba palcos en los teatros de verso y butacas en el de la Ópera.

Era sumamente aficionada á la zarzuela, aficion que disgustaba á Emilio, que en este punto no pensaba como gacetillero ni poeta, sino como hombre de juicio y pensador. — Las rechazaba.

VIII.

Jacinta era otra de las amigas de segundo órden.

Su madre habia quedado viuda cuando apenas contaba siete años el fruto de sus amores, y desde entonces constituida en su maestra, la dió una educacion privilegiada, pero en cambio la satisfizo cuantos gustos se le pusieron en la cabeza, razon por la cual, cuando la niña tuvo quince abriles, no hacia caso de cuanto la decian, se burlaba de todos, se criticaba á sí misma, cuando no tenia á quien criticar, y por consiguiente su corazon estaba helado y su imaginacion casi vacía de ideas racionales.

Jacinta era hermosa como pocas, pero su hermosura era como la de esas flores que crecen en los verjeles con tintas y colores preciosísimos, mas sin aroma.

Su belleza fué causa de que muchos apasionados, y otros encaprichados, le dijeran dulces palabras declarándola su *atrevido pensamiento*, como suele decirse en el lenguaje de los *pollos*, y no fué óbice para que les negase su sufragio. Tenia una conciencia muy ancha.

— Dar *calabazas* es tan vulgar, exclamaba, cuando la reprendia nuestro héroe. Las dan los profesores á los discípulos en los colegios, y son una

hortaliza muy comun; den *calabazas* mis cofrades : yo no quiero ni puedo, pero tenia desfachatez para estar entre cinco amantes y hablar á todos y tenerlos contentos.

Emilio la ofreció su amistad, y ella la aceptó por tener un confidente..... un sultan..... un comodin. Con él se reia de sus amantes y de sus amigas : él era el favorito.

Emilio la estudiaba con detencion y copiaba sus rasgos en las novelas que escribia para los folletines, y en los instantes oportunos la acriminaba su comportamiento para con aquellos jóvenes que, llenos de entusiasmo y de fe, la adoraban. A lo que respondia Jacinta :

— Adorarme! si, sí... buenos son los hombres... para quien si fie de ellos. — El mejor asadito, etc. — Amor! — no creo en el amor.

Todo esto lo habia escuchado desde muy niña, y con una imaginacion pobre como la de la mayor parte, no se tomó la molestia de hacer un análisis de sus teorías, y las proclamaba porque las oia proclamar.

Como esta existen muchas que en este y otros puntos piensan de oidas y á veces contrarestan los

impulsos de su corazon generoso y leal, porque no todas pueden acomodarse á un pensamiento que contraría sus instintos naturales.

Pasó algun tiempo sin que Emilio visitase á Jacinta por sus ocupaciones, y una mañana recibió un mensaje.

— La señorita, que vaya Vd. á las cuatro, dijo un gallego á quien Emilio conocia.

— Está muy bien, iré, le contestó.

Salió el gallego, y á la hora señalada Emilio abandonó su habitacion para recibir las órdenes de su amiga.

— ¿Qué quieres? la preguntó cuando se hallaron solos.

— Te he llamado, le dijo, porque me encuentro en una situacion comprometida.

— ¿Cuál es?

— Tú ya sabes que tengo relaciones con Luis y con su primo Antonio; que el oficial de artillería me mira con predileccion, y yo le pago; que en casa de la marquesa de la P. hablo con el vizcondesito y con el hijo del banquero. Pues bien, uno de ellos ha llegado á saber que amaba á otro; estos á su vez han hablado de mí, y la voz ha corrido

de tal suerte, que los demás me piden explicaciones. Ahí tienes esas cartas; esto me tiene sin humor.

— ¿Qué hacer?

— ¿Qué hacer? repuso Emilio incomodado, debiste no haber hecho. ¡Cuántas veces te he dicho lo que iba á suceder!... ¿A qué tantos?

— Toma, por divertirme... es tan natural tener novios.

— ¡Oh! sí, es muy divertido; pero encontrarse en una situacion como la tuya tambien es delicioso.

— Tienes razon y prometo enmendarme; pero ¿qué hacer ahora?

Emilio pensó, y un minuto despues dijo:

— Toma un lápiz y escribe.

— ¿El que?

— Una circular. — « Apreciable (aquí el nombre), he sentido muchísimo que haya Vd. dado lugar á que tome una determinacion decisiva. »

— ¿Pero qué determinacion?

— Escribe. — « ..... El haberme creido capaz de

amar á otros y engañarle como Vd. supone con poco miramiento en su carta de ayer, prueba que no me ha conocido bien, en cuyo caso su amor de Vd. es mentira y no merece mi correspondencia. »

— ¡Bravo! dijo Jacinta descansando un instante, ¡cuánto vale un amigo como tú!

Emilio solo le dijo :

— Continúa. — « Hemos concluido. Devuélvame Vd. cuanto tiene mio y olvídese para siempre de quien se ofrece á sus órdenes. S. S. Q. S. M. B. »

— ¿Concluimos?

— Concluimos, esta carta se la mandas á todos, y cuidado para otra vez.

— ¡Oh! gracias, gracias. Haré lo que me dices.

— Adios... tengo que escribir mucho.

— ¿Volverás?

— Puede ser.

— Pues adios. — ¡Ah! se me olvidaba. Anoche llegaron de Granada tres amigos de la niñez, vinieron á verme, y dos se declararon.

— ¡Diablo! ¿y tú?

— Yo..... los correspondí.

Emilio se iba á incomodar, pero soltó una carcajada y salió filosofando sobre la mujer bajo la forma de su amiga.

De estas escenas tuvo muchas con ella.

IX.

Conchita era una de esas jóvenes educadas en Beaterio, las cuales pueden compararse muy bien con un teatro. — Para el público magníficas pinturas, ricos paisajes, — detrás de los telones, cuerdas, manchas de aceite y maderaje.

Conchita sabia algunas frases en latin que prodigaba á todas horas, los santos del almanaque, las fiestas movibles, las funciones de iglesia, y conocia de nombre á casi todos los predicadores.

Su erudicion era muy vasta, á cada instante sacaba á relucir episodios del *Flos Sanctorum*, oia misa todas las mañanas y se confesaba mensualmente. Vestíase con hábitos, hacia hilas para los hospitales, etc., etc.

Tanta virtud llamó la atencion de Emilio, que habia oido decir que los beatos lo eran por conveniencia ó por desengaño, y al principio quiso ex-

plorarla para tener opinion propia sobre este punto.

Se hizo su amigo presentándose como un espejo, y ella acogió su amistad con una dulcísima hipocresía.

Mas tarde supo que Conchita era fruto de un desliz, y que los que pasaban por sus padres no eran sino sus tios; supo que estaba perdidamente enamorada de un primo suyo, y supo otras muchas cosas que le hicieron no desistir de su amistad, pero sí retirarse de su compañía.

Entonces conoció que la verdadera mujer virtuosa era Julia, que dirigia al Supremo sus plegarias con el lenguaje silencioso del corazon, que consolaba al triste y remediaba al necesitado con el mayor sigilo, y al mismo tiempo se afirmó en su creencia de que la religion, la virtud no consisten en hacer novenas á los Santos, en golpearse el pecho con fervor, sino en la pureza de acciones, en la rectitud de sentimientos.

Esto es todo lo mas que se puede exigir á un jóven, que consagre en su corazon un altar á la Divinidad. Si otra cosa os ponderan es gazmoñería, hipocresía infame que Dios maldice, porque

se cubren con su manto para pecar y envilecerse.

X.

Leocadia era una de esas jóvenes de regular belleza, pero sin fuerza de voluntad, una de esas jóvenes que van donde las llevan, que nunca se mueven por sí, que nunca piensan con su pensamiento, que rara vez hablan por boca suya; en fin, uno de esos tipos que se encuentran á cada paso en las calles de Madrid y especialmente paradas delante de los escaparates de las tiendas de Modas y de los Tiroleses.

Contaba diez y siete años, y su mayor placer consistia en hacer vestiditos para las muñecas y en ataviarlas con preciosos adornos.

Si le hablaba de amor una amiga coqueta, la escuchaba con atencion y tenia sus ideas como si fuesen obra suya; si era sentimental, apetecia un amante poeta.

Generalmente le gustaban los militares, mas con dos charreteras que con una. Tampoco le pertenecia esta decision, era inculcada por sus padres.

Nunca faltaba á misa de Ingenieros, y corres-

pondia á las señas que le prodigaban los oficiales.

Cuando salia contaba á sus amigas lo que no habia pasado. Para mentir era muy á propósito. — Casi todos le declaraban su amor, todos le hacian señas, todos le daban epístolas; pero ella á nadie correspondia.

— Hoy he dado calabazas á tres, decia, y coreaba sus frases con estrepitosas carcajadas.

¡Qué desgraciada era!

Emilio la conoció en la *soirée* del comerciante, padre de Eladia y de Sofía. Las tres eran amigas, y por este solo título y por estudiarla y por divertirse con sus sandeces, la contaba en el número de sus asociadas.

XI.

Elena tenia diez y seis años, y su corazon no habia salido de la infancia.

Cariñosa con las personas que le eran simpáticas, apenàs miraba á las que no lo eran.

Sus pensamientos inocentes se parecian á los de un ángel.

La pureza de sus facciones se hermanaba con la de su alma.

Reia con entusiasmo por la cosa mas insignificante, y lloraba con todo su corazon por la muerte de un pajarillo.

De todo tenia idea, pero habia profundizado muy poco.

Elena era una esperanza: prometia la felicidad en el porvenir, la satisfaccion en el presente.

Cuando los niños la cercaban, volvia á sus primeros años y gozaba; cuando escuchaba la voz de la razon, la comprendia rindiéndola homenaje; cuando se despertaban en su alma los dulces sentimientos, sus ojos se animaban reflejándolos.

Era, en fin, una buena muchacha, á quien tenia Emilio entrañable cariño, porque miraba en ella los destellos de la inocencia de que carecen casi todas las jóvenes de la última época.

Habia en el número de sus amigas otras de tercer órden, unas tontas enteramente y otras un poco menos, coquetas de instinto y coquetas por imitacion, las unas tocaban el piano y bailaban, las otras no tenian mas habilidad que para enternecer y conquistar corazones.

Otras tenian mamás ridículas y papás avaros. Otras no tenian novios, y esto las fastidiaba; pero con todas era amable y todas le estimaban.

Emilio tenia *ángel* para con ellas, como dicen tan propiamente las hermosuras del Betis.

XI.

ADELA.

Antes de concluir el bosquejo de las amigas de nuestro protagonista, vamos á dar á conocer á los lectores otra de ellas, que hemos dejado para el último puesto, porque representa uno de los mas principales papeles de esta historia y queremos que dure su impresion.

Adela era su nombre.

No habia cumplido veinte años, y su naturaleza desarrollada con extremo la asemejaba á una mujer de veintiseis ó veintiocho.

Su arrogante figura y su talle flexible, la elegancia de sus maneras, su rostro moreno y un ligero bozo que orlaba su labio superior, sus ojos negros y sus pobladas cejas negras tambien como sus ojos y su cabello, indicaban que habia nacido bajo el ardiente sol del Mediodía : y así era la ver-

dad, porque Utrera la vió nacer y los murmullos de sus arboledas la adormecieron en las noches de estío.

Sus padres disfrutaban un pingüe mayorazgo y no tenian mas hijos, por cuya razon la mimaron en sus primeros años resabiándola para los últimos.

Ya sabemos lo que puede dar de sí un pueblo y la educacion que recibe en él una señorita cuyos padres son los mas ricos propietarios.

Llena de defectos, con una pasion decidida por la crítica personal, por la crítica venenosa, fué á pasar dos años en la corte á principios del mes de agosto de 1850.

En Madrid se fué domesticando. Cuando Emilio la conoció en una *soirée* y se hicieron amigos por ser hijos de un mismo suelo, no era la jóven que pasaba la tarde en su ventana burlándose con sus amigas de cuantos infelices acertaban á cruzar ante su vista, sino la diestra y adorable andaluza que sabia rendir corazones y hacerse admirar entre lo mas escogido de la sociedad aristocrática.

Adela fascinaba. Era una de esas mujeres que tienen su poder en los ojos sin que sea posible re-

sistir á su influjo, una de esas mujeres cuyas insinuaciones no se pueden desobedecer.

No se crea que esta disposicion era estudiada sino natural : su genio desmentia á su rostro.

Su trato era desigual y caprichoso : su corazon comprendia las mas grandes pasiones, pero se amoldaba á los mas vulgares sentimientos. Su talento, sin ser profundo, era excesivamente claro.

Antes de hablarla, comprendia lo que iban á decirla : ningun obstáculo la acobardaba, para todos los casos apremiantes hallaba solucion, y por lo general era simpática.

Emilio fué su amigo por efecto de varias combinaciones, y poco á poco por costumbre llegó á profesarla un verdadero afecto.

Adela lo sometia á su voluntad sin emplear grandes esfuerzos.

Nos faltaba decir que se habian dedicado á la jóven infinitos amantes, y que ella admitió á unos y despreció á los otros.

En los tiempos de que nos ocupamos, estaba en relaciones con un oficial de caballería llamado Federico, hijo de un brigadier muy apreciable, víctima de su patriotismo y su valor.

Emilio no ignoraba estos amores; era, por el contrario, confidente y consejero de su amiga. Por otra parte, Federico tambien le confiaba sus impresiones.

Ya conocemos el pasado y el presente de Emilio; vamos á continuar su historia, ó mejor dicho, á concluirla, porque la novela de nuestro héroe terminó poco tiempo despues de su amistad con Adela, que fué el castigo de su egoismo, y al empezar nuestro relato, solo nos hemos prometido trazar la vida pintoresca de nuestro héroe.

XII.

UNA EXIGENCIA FEMENIL.

Una mañana estaba nuestro héroe muy pacíficamente sentado en su bufete apurando el clásico desayuno español, la consabida jícara de chocolate, cuando el criado le entregó una carta del correo interior.

La abrió y era de Adela.

« Hoy me va á suceder alguna cosa extraordinaria, le decia. Mi novio me ha pedido, y mi familia me ha negado. Esto me desespera y voy á ser capaz de hacer una calaverada. Te lo prevengo para que estés alerta y me prestes auxilio si fuese necesario. »

— Esta mujer es loca, se dijo Emilio, tomándose de un sorbo el chocolate que quedaba en la jícara. Todo lo espero de ella : veremos luego por dónde sale.

Aquella carta le puso triste, taciturno, y lo que fué peor, le hizo olvidar lo que tenia que hacer.

— Este *ex abrupto*, dijo, ha trastornado mis ideas; yo sé que hoy tenia que hacer algo, pero ya no me acuerdo de lo que era. En fin, cómo ha de ser! no ha de ser todo tortas y pan pintado, el que está á las maduras debe estar á las duras.

Se conformó con esta reflexion, encendió un cigarro habano que la noche anterior le habia regalado uno de los aspirantes á una de sus amigas, se recostó en su butaca y esperó resignado los sucesos.

Llegó la hora de comer y comió.

Dieron las ocho de la noche, y cuando ya cansado de esperar se disponia á marcharse, llegó un coche á la puerta de su casa, sonó la campanilla, y un instante despues entró en su cuarto una jóven cubierta con un velo, con un bulto en la mano, y azorada y convulsa.

Era Adela.

— ¿Qué te pasa?... qué es eso?... la preguntó Emilio ofreciéndola una silla.

— Vengo volada... exclamó la jóven... se ha burlado de mí, me ha vendido... él me las pagará...

— ¿Pero quién?

— ¡Ah! el infame... ya te lo contaré todo. Ahora no hay tiempo que perder. Coge el dinero que poseas, tus alhajas, tus ropas, mételo todo en un saco de noche y sígueme.

— ¿Pero á dónde, mujer?

— Ya lo sabrás.....

— Eso es una locura. Serénate, no te arrebates, díme lo que te pasa.

— Tú quieres verme muerta.

— No tal, pero.....

— Pues vamos.

— ¿Pero á dónde?

— Muy lejos, donde nadie lo sepa, donde mi familia no pueda encontrarme, al extranjero, á China.

— ¿Me propones huir?

— Sin dilacion.

— ¡Bah! bah! no seas loca..... reflexiónalo bien.

— Está reflexionado. Mi novio, el militar, al ver que mi familia no le aceptaba para esposo mio, me propuso una fuga, un rapto. « Al dar las siete y media te espero junto á la fuente de la Cibeles, tomaremos el ferro-carril y huiremos. Cuando sea-

mos esposos ya no nos podrán separar. » Esto me escribió el pérfido, yo le creí y he acudido á la cita; pero ha faltado, son las ocho, mi familia me andará buscando y no hay tiempo que perder : vamos... vamos...

— Yo, francamente, no...

— ¿Qué es eso? ¿tú tambien me abandonas, tú mi mejor amigo... y las promesas que me has hecho al pedirme amistad?...

Emilio descubrió otro lado malo de su sistema.

— No te acompañaré, la dijo resolviéndose á tener carácter.

— Bien está : entonces esta noche dormirás en la cárcel. Voy á tirarme por el balcon.

Al decirlo, se dirigió hácia las vidrieras, pero Emilio la detuvo.

La conocia y sabia muy bien que era capaz de realizar su amenaza.

Se resignó á darla gusto, cogió el dinero que tenia, y creyendo que su viaje no podria durar mucho tiempo, salió con ella, diciendo á su patrona que se marchaba por dos dias.

Una hora despues salieron de Madrid en el tren

de Alicante, y á la noche siguiente llegaron á esta ciudad, instalándose en una fonda.

Durante el viaje no hablaron ni una sola palabra. Lo que Emilio pensó, las maldiciones que echó á su sistema, bastaria por sí solo para formar un libro.

Pero todavía no habian empezado los apuros de los jóvenes viajeros.

Al llegar á la fonda eran las dos de la mañana.

— Dos cuartos, dijo Emilio al primer mozo que encontró.

— No hay mas que uno, pero es grande y en él hay cama de matrimonio, contestó el fámulo.

Habian tenido la debilidad de decirle al principio que eran esposos y ya no se podian desdecir.

— ¿Qué hacer? exclamó Adela.

Emilio se encogió de hombros, y el criado abrió una puerta y les hizo entrar en un gran cuarto.

— Pasaremos la noche en vela, dijo Emilio.

El criado les preguntó si querian cenar; respondieron que no, y salió cerrando la puerta.

Nuestros dos héroes se quedaron solos.

— Ves lo que has hecho con tu falta de juicio, dijo Emilio al ver á Adela silenciosa y ruborizada.

La jóven, que habia reflexionado, comprendia cuánta razon tenia su amigo y no sabia qué hacer. Un llanto copiosísimo nubló sus ojos.

— Soy una loca, exclamó, y tú eres un verdadero amigo, cuando tanto te has expuesto por mí.

Emilio, enternecido, fué á sacar el pañuelo y encontró un nudo en él.

Aquel nudo era un recuerdo.

Dos noches antes de salir de Madrid con Adela se habia atrevido á decir á Julia, á su amiga Julia, algunas frases algo mas que amistosas. Se habia decidido á amarla y se lo habia dado á entender prometiéndola ir á confiarle su secreto dos noches despues.

Aquel nudo fué otro nudo para su corazon, y hubiera deseado que lo hubiese sido para su cuello.

— Estoy decidida, dijo Adela de pronto, estoy decidida á volver á Madrid. Pediré perdon á mi familia; mi arrepentimiento será eterno, se apiadarán de mí y me perdonarán.

Esta resolucion tranquilizó su alma; pero no mitigó su tenaz sueño.

La noche anterior no habian dormido, y el rubor de hallarse solos, lejos ella de su familia y con un

hombre que no era su marido ni su hermano, la hacia luchar para no dormirse.

Emilio estaba tambien avergonzado.

Pero Adela no pudo mas, y á instancias de su amigo se recostó en el lecho.

— Yo me pasearé, la dijo; yo seré el ángel de tu guarda.

Adela se acostó, y el arrepentimiento aumentó su llanto y sus sollozos.

— Emilio para consolarla se sentó á la cabecera de su cama, cogió su mano cariñosamente, y un cuarto de hora despues, los dos quedaron profundamente dormidos.

XIII.

LAS APARIENCIAS.

A las siete de la mañana llegó á la fonda un caballero ya de edad, el gobernador y dos municipales.

Dieron las señas de los dos jóvenes, y el mozo de la fonda les indicó su cuarto.

Llamaron á la puerta, y el matrimonio fingido, sobresaltado al oir los golpes, se despertó y se avergonzó de nuevo al verse allí.

— Abran Vds. en nombre de la ley, dijo el gobernador.

Esta frase heló la sangre de los dos jóvenes.

— Somos perdidos, exclamaron.

— Abre, hija ingrata, abre, añadió el caballero.

Emilio abrió. La escena consiguiente fué muy original.

El padre furibundo, la hija á sus piés implorando

perdon, el gobernador apostrofando al seductor, Emilio protestando, los dos municipales á la puerta, este cuadro trágico-cómico fué digno del pincel de Goya.

Pasado el primer ímpetu, la primera explosion, comenzaron las negociaciones.

El padre, que creia hallar con su hija al militar, se asombró al reconocer á Emilio.

Nunca hubiera podido imaginárselo; pero el honor de su hija estaba perdido, y era preciso recuperarlo.

— Ha pasado una noche con mi hija, á los ojos del mundo está deshonrada, y esto no puede quedarse así. Tendrá que ser su esposo.

El gobernador declaró que este era su deber.

Adela y Emilio no se atrevieron á mirarse cara á cara.

La lógica de sus aprehensores era contundente: las apariencias los culpaban, y Emilio era ante todo un buen muchacho.

Renunciamos á referir todo lo que pasó: nuestros lectores pueden figurárselo.

Hija y padre, acompañados de Emilio, salieron por la tarde de Alicante, y á las doce del dia siguiente entraron en Madrid.

Esta aventura se comentó en los círculos que frecuentaban, y á cada instante se hacia mas precisa la union de los dos prófugos.

Solo á este precio volveria á ser admitida en la familia la hija pródiga.

— ¿Y qué vamos á hacer? la dijo Emilio, á quien aquellos sucesos habian trastornado completamente.

— Yo... le respondió Adela ruborizándose... yo, si tú quieres, me casaré contigo.

— Pecho al agua, se dijo Emilio para su coleto, recordando los olivares de Utrera. Pondremos fin á la novela de nuestra vida.

XIV.

UNA BODA INESPERADA.

Emilio y Adela se casaron, y el militar al saberlo se desesperó por no haber acudido á la cita.

Emilio no se dió cuenta de lo que le habia pasado hasta el dia siguiente de su boda, pero dió por bien empleado todo lo sucedido, y por la última vez renegó de sus teorías.

Adela — ¡ lo que son las mujeres ! — estaba loca de contenta. Lo inesperado de su enlace agradaba á su imaginacion novelesca y la hacia augurar un porvenir risueño.

Las amigas de Emilio le rechazaron indignadas por su apostasía.

Los amigos le envidiaron.

El padre de su mujer se los llevó á Utrera, y Emilio se puso al frente de los negocios de la casa.

XV.

CONCLUSION.

Hace muy poco tiempo que Emilio escribió una carta á uno de sus amigos de Madrid. Hé aquí uno de los párrafos de la indicada epístola :

« Mi mujer es un ángel, y eso que parecia un demonio antes de ser mi mujer. Me cuida mucho, me quiere mas y ya me ha dado dos herederos. Lo extraño de mi boda, la conducta de mi esposa y mi actual posicion me prueban mas y mas que yo, uno de los mas grandes pensadores de mi época, era un solemne loco, que el destino se reia de todas las teorías de los hombres, de todos los sistemas, y que entre un puñado de mujeres puede hallarse una buena en la que menos lo parece.

» Por tanto te aconsejo que no profeses mas que una teoría, la de no profesar ninguna.

» Buena suerte y á vivir. »

Concluiremos diciendo que estamos muy de acuerdo con el héroe de nuestra historia.

UN

PROTESTANTE... MUSICAL.

Las artes son á la vez la causa y el efecto de la civilizacion : influyen poderosamente en el esplendor de los pueblos y son en la esfera moral una necesidad, un elemento de vida.

Una nacion que rinde culto á las artes, llega á ser grande y poderosa.

Pero con esto no decimos nada nuevo, y un artículo sin novedad es lo mismo que un orador sin entusiasmo, que un poeta sin númen : no es nada.

Vamos á evitar este escollo.

Noches pasadas nos hallábamos muellemente sentados en la butaca de un amigo que nos habia abierto las puertas de su casa, para que asistiéramos á un concierto de aficionados.

Acababa de cantar una señorita la cavatina de la « Lucía, » y al interpretar las expresivas frases que el maestro Donizetti puso en los labios de la desposada de Lamermoor, estuvo inspiradísima. Todos los que la oyeron, la aplaudieron con entusiasmo.

— ¡ Qué voz tan pura !

— ¡ Qué expresion !

— ¡ Cómo dice esas notas ! exclamaron unos.

— ¡ Y qué música la del maestro Donizetti ! añadió otro.

— ¡ Cómo ha descrito en esa cavatina la locura !

— ¡ Qué gran conocimiento del corazon humano : no hay un solo eco del alma que no se escuche en esas frases !

Estas apreciaciones hacian en torno nuestro unos cuantos aficionados, cuando uno de los que se hallaban en el grupo exclamó :

— Poco á poco, señores : están Vds. insoportables. ¿ Si querrán Vds. hacerme creer con tanta exclamacion que la música es un lenguaje, y que con un *do, re, mi,* por ejemplo, se dice *yo te amo,* con un *fa, mi, sol, mi alma sufre,* etc. ? Seria preciso que fuera loco como Vds., para creerlo así. La

música es un ruido mas agradable que otros, y nada mas.

Semejante teoría, lanzada á quema-ropa en un círculo de entusiastas admiradores del arte músico, produjo en ellos una verdadera conmocion.

— ¿Pero es posible que lleve Vd. hasta ese punto su materialismo? exclamó uno.

— ¡Que la música no dice nada! prorumpió otro, estupefacto.

— ¿Quién da valor al soldado?

— ¿Quién hace mas solemnes los ritos religiosos?

— ¿Quién ha hecho sociables á los hombres?

— ¿Qué es lo que mas entusiasmo inspira?

— ¿Cuál es el arte que mayores riquezas ofrece á los que le cultivan?

— ¡Eh, señores! exclamó nuestro protestante musical; poco á poco, no pretendan Vds. convencerme á fuerza de gritos; en ese caso solo conseguirian que odiase lo que tan solo no me agrada. Mas que voces, razones querria yo; mientras que no las den Vds., pensaré, como siempre, que la música es un ruido y que no dice nada.

¿Qué han juzgado nuestras lectoras de esta opi-

nion, expuesta con una franqueza tan adorable?

Si les preguntásemos, y quisieran contestarnos, estamos seguros de que dirian:

— Ese hombre no siente.

Y sin embargo, se equivocarian de medio á medio. Ya que su obstinacion os le ha hecho interesante, vamos á bosquejaros su retrato con cuatro pinceladas.

Es un poeta, y un poeta muy distinguido: en sus composiciones, templadas todas en el sentimiento, resaltan imágenes bellísimas, ideas atractivas. Acaso con solo nombrarle le conoceriais; pero no haremos tal, porque, como dice Chateaubriand, lo mas interante es lo mas misterioso.

A estas cualidades reune otras que le distinguen sobremanera. Su claro talento, su vasta erudicion, su gran conocimiento del corazon humano, le han adquirido en nuestra sociedad un nombre respetable. Además comprende como pocos los encantos de la familia, vive para ella, y tiene el sentimiento de lo bello como Lamartine.

El retrato es una copia exacta del original, y sin embargo, tendréis necesidad de creernos bajo nuestra palabra para no dudar del parecido, despues de

conocer su modo de pensar respecto de la música.

El debate empezado terminó separándose los contendientes.

Los defensores de la música se contentaron con exclamar:

— ¡Parece mentira!

Nosotros hubiéramos querido decir mas, pero llegó la hora de abandonar la casa en donde nos hallábamos, y aunque con la humildad que nuestra escasa autoridad nos obliga á tener, nos prometimos dedicar algunas líneas á nuestro protestante musical.

Nô abordaremos la cuestion, porque nos queda poco espacio: solo diremos que la música es un lenguaje convencional, como lo son las palabras, con la diferencia de que el primero lo ha impuesto la naturaleza y el segundo los pueblos; por eso aquel habla á todas las almas, y cada nacion ha formado el segundo para su uso particular.

Si grandioso es el análisis de un período oratorio, no lo es menos el de una composicion musical, y por nuestra parte creemos que es infinitamente mas maravilloso el mecanismo, si así puede decirse, de la música, que el de la poesía.

Todas las artes hablan al alma, y su lenguaje se comprende por el efecto que causan en la misma.

La pintura, la música, la poesía no forman mas que un solo arte, inmenso, universal, sujeto á las mismas leyes, con el mismo fin, y con iguales resortes : el poeta da colorido á sus versos, el músico presenta cuadríos animados.

Schlegel ha dicho que la arquitectura era una música solidificada. Nosotros, invirtiendo esta proposicion, podríamos añadir que la música es una especie de arquitectura flotante, porque ella deja ver á nuestra imaginacion los mas grandiosos monumentos; pero no queremos probar con hipótesis lo que es real y verdadero. Figuraos una nacion sin cantos populares, una nacion en donde no se escuchase una sola melodía, nada mas triste ni mas monótono. La música, inspirada por la naturaleza al hombre, es una necesidad de la misma naturaleza. No es que un *do, re, mi,* quiera decir *yo te amo,* por ejemplo; no : es que esa combinacion de sonidos produce el efecto de la indicada frase. Y esto, que al principio ha sido convencional, es hoy un principio fijo. Esto, considerando la música filosófi-

camente. Bajo su punto de vista artístico, es lo mas grandioso que puede darse. Siete sonidos han creado un nuevo mundo para el alma, nutrido de sentimientos y bellezas, un mundo de consuelos. En él es donde se inspiran los pueblos para llenar su historia con virtudes heróicas, con hechos gloriosos.

EL

PRIMER ANIVERSARIO.

Muchas veces he oido murmurar á las mujeres de los hombres, y muchas tambien he visto asomarse á sus labios una sonrisa de incredulidad ante las promesas de constancia de algun amante, por mas que la patente de su conciencia no estuviese muy limpia de pecadillos amorosos.

Ellas y ellos tienen mucha razon al juzgarse recíprocamente, pero es preciso que confiesen las primeras que cuando el hombre ama, su amor es mas duradero, mas inmenso que el de la mujer. El hombre no ama mas que una vez, las mujeres muchas. Lo que estas tienen de variedad, lo tiene aquel de intensidad, y váyase lo uno por lo otro.

Pero vamos á comenzar la historia de nuestro primer aniversario.

Hoy hace un año que Diego de Pereda, jóven elegante y simpático, escuchó de los divinos labios de la señorita Clotilde de Sepúlveda el dulce *sí*, esa fórmula que tantas veces produce la ventura ó la desgracia — por escrito — de los amadores aspirantes.

Y como Diego amaba á Clotilde con toda su alma, y despues de un año de merecimientos habia escuchado despierto el monosílabo de sus sueños, su felicidad fué inmensa.

Me acuerdo que la casualidad nos reunió algunos instantes despues en el paseo de la Castellana.

Eran las diez de una noche de primavera, y al confiarme su felicidad juró no amar mas que á Clotilde durante el resto de su vida, y seguir adorándola ultra-tumba; ser parco de existencia para consagrársela á su media manzana — que no ha de ser siempre naranja cuando muchas mujeres son discordia, — y qué sé yo los demás juramentos y protestas que hizo.

No me dió compasion su estado lastimoso, porque comprendí su locura : por el contrario, le escuché con atencion, y él, que necesitaba desahogarse, me

contó minuciosamente la historia de sus amores y hasta el mas insignificante detalle de la escena que habia precedido á nuestro encuentro.

Entonces me convencí de que el amor era verdad, de que se amaba mucho, de que amando es indispensable ser virtuoso, y de que siendo virtuoso por el amor, se podia llegar á ser feliz; y hubiera querido amar, pero estoy seguro de que desde la Fuente Castellana hasta la calle de Alcalá hubiera desistido de mi propósito. Algun dia diré porqué.

Por último asistí al espectáculo de un amor naciente que prometia mucho.

Diego fué venturoso un mes.

Los juramentos de Clotilde, sus cartas amorosas, sus citas á escondidas de la mamá, sus obstáculos antes y despues de ser vencidos, todo entretuvo la ilusion del amante, y — adios Madrid — Diego de Pereda olvidó á sus amigos, abandonó la sociedad, pensó en el matrimonio, cambió el Prado por la Montaña del Príncipe Pio, se hizo egoista de su felicidad, y me decia, cuando me encontraba, que habia tocado el cielo con las manos, me incitaba á seguir su ejemplo y me confesaba que era el mas venturoso de la tierra.

Un dia vino á buscarme.

Su rostro estaba pálido, sus ojos húmedos.

Habia llorado y sufria.

Clotilde se habia levantado un dia con la idea de estrenar un vestido en el Prado, y Diego la habia pedido que eligiese aquella tarde otro paseo.

Ella pesó por un lado el amor que sentia, y por otro el efecto que podria hacer con su vestido nuevo.

Al pesar ambas cosas se probaba por última vez el traje, y un espejo, enemigo de Diego, la declaró que estaba encantadora.

Con este motivo se decidió á ir al Prado.

Allí encontró otro mundo del que se habia olvidado con su amor, mundo tan nuevo para ella como su vestido; y las quejas de su amante le parecieron impertinentes, y convino en que la razon estaba de su parte, y le escribió una carta desmintiendo las anteriores, y el lazo de sus almas se rompió, y ella siguió bajando al Prado, y él, que habia llorado porque la amaba, se desesperó cayendo en el mas doloroso abatimiento.

¿Porqué pondria toda su alma en un juego, en el que únicamente se debe arriesgar lo que se gana,

y socorrer con todo al que todo lo perdió jugando?

Pero los hombres aman una vez, y aquella fué la vez de Diego.

. . . .

Desde entonces se separó para siempre de Clotilde, y aunque sus penas se aliviaron, nunca pudo olvidarse de ella para maldecirla y amarla á un mismo tiempo.

— Pero la habrá olvidado ya!

— Y habrá tenido otros amores.

— Y habrá engañado á otras despues.

Poco á poco, bellísimas lectoras.

Oid á Diego.

Si es verdad que la amó, y que cuando se ama de veras no se olvida, sus palabras os lo dirán.

— «Era de noche — me decia, — la misma hora en que, hace un año, escuché su primer juramento de amor..... Los recuerdos me hacian sufrir. La amaba y deseaba odiarla, porque habia destrozado mi corazon con su fria indiferencia. Pero no era posible resistir, y si hubiera clavado un puñal en mi pecho, hubiera muerto bendiciéndola y amándola... — De pronto llega una carta á mis manos, reconozco la letra, la abro, la devoro... Era de ella...

sentia lo mismo que yo, estaba arrepentida, me amaba; nuestras almas, como dos impetuosos torrentes comprimidos por mucho tiempo, habian dominado la fuerza que los detenia, y se iban á lanzar con mas ímpetu hasta encontrarse y confundirse remontándose al cielo..... Deseaba verme...... corrí á su lado... sus ojos conservaban las huellas de las lágrimas..... apenas podia hablar. Nuestras manos se enlazaron, un purísimo beso confundió nuestros labios... ¡Oh! cuánta felicidad! ¡Bendita... bendita ella!... »

— ¿Amaba ó no?

Entretanto Clotilde — y digo entretanto porque habréis comprendido, mis queridas lectoras, que Diego me referia el último de sus delirios, vulgo ensueños — entretanto Clotilde estaba en el salon del Prado, contenta porque á la luz de los faroles podia dejar admirar un rostro bello y un vestido de glasé azul y blanco, y un diminuto y atreviduelo pié; porque detrás tenia á un jóven de hermoso bigote, que la decia palabras amorosas, y porque todos los que pasaban á su lado rendian á su belleza el mas espléndido homenaje.

Y aunque estas bagatelas proporcionaban á Clo-

tilde la mas completa satisfaccion, era una buena muchacha, incapaz de desobedecer á su padre, de negar una limosna ni de dejar de visitar á un enfermo.

¿Qué os parece el primer aniversario del amor de mi amigo?

A mí me hace creer lo que antes os he dicho: que el hombre no ama mas que una vez, pero mucho; que las mujeres aman muchas, pero poco.

EL EMBUSTERO.

TIPO.

Vamos á bosquejar un tipo cosmopolita, un tipo que se reproduce en todos los pueblos y en todas las épocas; que lo mismo ha vivido bajo la guerrera cota de malla que bajo el diplomático frac de nuestros dias.

Este personaje universal, de quien nos proponemos hablaros, es el *embustero* cuyas mentiras no perjudican.

¿Cuál de nuestros lectores no ha conocido á uno de esos hombres que á todas horas tienen la lengua en movimiento, que para todo género de conversaciones encuentran en su historia sucesos que referir, que tratan ó han tratado á todo el mundo, lo mismo á las personas que vivieron en el siglo pa-

sado que á los que vivirán en el venidero? No creemos engañarnos al asegurar que todos habeis hallado en vuestro camino al *embustero* cuyo retrato nos proponemos dibujar.

¡Hay tantos en el mundo!

Nosotros conocemos á uno que nos atreveríamos á llamarle el rey de todos.

Como la mayor parte de los que figuran á su lado, posee una memoria privilegiada, una imaginacion vivísima.

El tiempo se hace corto mientras habla: con su animada conversacion hace olvidar los pesares mas tristes, y por mas que se conozca la falsedad de sus relatos, interesan y no se cansa nadie de escucharle.

Es un hombre feliz, que hace felices á cuantos le rodean.

Si hubiera escrito novelas con la facilidad que inventa episodios, hubiera dado envidia á Dumas padre, y se hubiera hecho popularísima la lectura de sus libros.

A todas horas se encuentra dispuesto á hacer uso de la palabra: todo lo sabe.

Nosotros hemos llegado á persuadirnos de que

conserva en su memoria una edicion completa de todas las enciclopedias que han visto la luz pública.

Él es amigo de todos los ministros, de todos los partidos: los embajadores le consultan, los diputados le buscan para oir sus consejos, para que les corrija sus discursos; ha recibido cartas de todos los monarcas de Europa; Maizguz y el Príncipe de la Paz fueron sus mejores amigos; la Malibran García llegó á una gran artista, porque él la oyó cantar y la dijo:

— Tu garganta es un tesoro; aprende música, canta y adquirirás una fortuna inmensa.

Tiene mucha influencia con los grandes de España; por su consejo se construyó el museo de pinturas; todos los dias habla al señor alcalde corregidor de las mejoras que debe introducir; él ha tomado parte en todos los trabajos gubernamentales que se han hecho en España; ha sido casado, soltero y viudo: su esposa ha tenido todos los caractéres imaginables.

Ha podido llegar á ser millonario por diversos caminos, y siempre ha despreciado las riquezas; ha hecho todas las calaveradas posibles, y ha practicado todas las virtudes: ha estudiado todas las

carreras científicas, se ha batido con casi todos los generales de Europa; en fin, ha sido todo cuanto hay que ser, ha poseido todo cuanto puede alcanzarse en el mundo; y sin embargo, la triste realidad le ha condenado siempre á vivir de un empleo de seis mil reales al año.

Hé aquí un verdadero modelo de hombre feliz.

Cuando cumple sus penosos deberes delante de una mesa extractando expedientes ó sumando guarismos, está contento porque es honrado y gana honradamente sus veinticinco duros; pero cuando abandona su tarea para entrar en la sociedad, entonces no es venturoso, es venturosísimo.

Eterno soñador, visionario de objetos agradables, narrador chispeante, no hay conversacion en la que no tome parte.

La última vez que nos favoreció con una de sus prolongadas visitas, nos hizo comprender de nuevo los títulos que tiene para ser retratado y conocido.

— ¿De dónde viene Vd., Dominguez? le preguntamos.

— Acabo de llegar de la Granja, me dijo. El ministro de Hacienda ha querido escuchar mi dictá-

men sobre una cuestion muy importante, y me mandó llamar.

— Vamos, me alegro; ¿y qué ha visto Vd. de bueno en el Real Sitio.

— Calle Vd., si me ha pasado la cosa mas graciosa del mundo. Figúrese Vd. que antes de ayer me paseaba yo por los jardines de Palacio, cuando oigo pronunciar mi nombre detrás de mí. Vuelvo la cabeza y veo á un caballero respetable, y que tendiéndome una mano me dice :

— ¿Ya no se acuerda Vd. de mí, Dominguez?

— Francamente — le respondí — no recuerdo.

— Poca memoria tiene Vd.

— Es cierto; pero...

— ¿No ha viajado Vd. por Italia?

— Sí, señor; ya hace años.

— ¿Y no ha sufrido Vd. en el mar los horrores de un naufragio?

— Sí tal.

— ¿Y no se acuerda Vd. de un Español que, despues de haber corrido con Vd. los peligros de la tormenta, le ofreció su amistad al encontrarse en tierra?

— Ya caigo... ¿con que Vd. fué?...

— Sí, yo fuí... yo soy su verdadero amigo : ahora estoy muy de prisa, añadió; vaya Vd. á verme, aquí en esta tarjeta están las señas de mi habitacion.

Deja en mis manos la tarjeta, desaparece, y yo, que deseaba recordar el nombre de mi compañero de viaje en el Adriático, la leo y... ¡oh sorpresa! era el infante D. Sebastian.

— ¡Qué casualidad!... Es Vd. un hombre afortunado.

— Despues le he visto muchas veces. ¡Qué bueno es, qué amable, qué entusiasmo le inspiran los hombres de talento! A propósito, ¿sabe Vd. quién ha estado en mi casa esta mañana?

— ¿Quién?

— Hombre, ¿quién habia de ser? Breton de los Herreros. Ha concluido una comedia, y no ha querido darla al teatro sin saber mi opinion.

— Sí, ¿eh?

— Lo que Vd. oye... Por supuesto que mi opinion fué favorable. ¡Qué chispa, qué talento el de Breton! Siempre se lo decia yo cuando estudiábamos, porque los dos nos hemos criado juntos. — Déjalo todo — le decia yo — y escribe comedias : tú has nacido para eso.

— Y de los negocios de Italia, le preguntamos, ¿ha sabido Vd. algo, le ha escrito á Vd. Garibaldi?

— No : y me ha extrañado, pero ya se ve, tendrá tanto que hacer!

— Es natural — ¿y piensa Vd. salir este verano?

— Quisiera hacer una visita á Eugenia. Como antes de casarse con el emperador de los Franceses estaba acostumbrada á verme todos los dias, ahora que no nos vemos, deseamos la temporada de baños en Biarritz para saludarnos. ¡Qué mujer tan feliz y qué digna es de serlo!

Nuestro hombre nos refirió mil cosas parecidas á las que hemos apuntado, nos contó infinitas historias y se despidió de nosotros con esta frase :

— Me voy, porque he ganado diez mil duros al alza ; quiero emplearlos en fincas, y me estará esperando un agente para tratar de este negocio.

Nuestro omigo nos abandonó, y hasta llegar á su casa, creyó en todo lo que nos habia dicho : cuando empezaba á comprender la triste realidad, era ya de noche y se durmió.

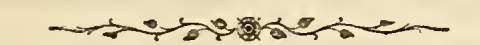
Habia ganado diez y seis reales en todo el dia, y habia vivido con diez mil duros en aquellas veinticuatro horas.

¿No es cierto que un hombre como el que acabamos de bosquejar, que sueña con los reyes, con los infantes, con los ministros, con los hombres mas eminentes, es digno de las líneas que le hemos dedicado?

Nosotros creemos que sí. Este hombre es un tipo, y los tipos merecen ser estudiados.

LA VELADA

DE SAN JUAN EN SEVILLA.



Sevilla, la voluptuosa sultana que llora sus perdidas glorias en un templo de flores, la ninfa del Guadalquivir, es uno de los mas bellos florones arrancados al Árabe por las vencedoras armas del Rey santo.

Sus mil jardines de rosas y claveles, de nardos y azucenas, exhalan un suavísimo aroma que embalsama el ambiente.

Nos encontramos en la noche del 23 de junio, víspera de San Juan y noche de velada.

¿No habeis sentido desarrollarse en vuestra alma esa facultad creadora innata en todos, despues de haber leido una balada de Ullam ó Víctor Hugo,

escuchado una fantasía de Mendelshonn ó admirado una vírgen de Murillo? Pues venid con nosotros á la velada de San Juan en Sevilla, aspirad el perfume de aquellas flores, sentid la melodía de aquellas frases que se cambian ó se pierden, contemplad aquellas mujeres hijas del Sol, escuchad aquellos cantos que pueblan el aire, aquellas notas arrancadas á la dulce guitarra, y sentiréis elevarse vuestra alma, y os sentiréis poetas y anhelaréis crear; porque la noche de la víspera de San Juan es una balada, es una fantasía, es un cuadro cuyos detalles son obras maestras de grandes pintores reunidas en un mismo lienzo: cada pincelada es un tesoro de bellezas. Solo de este modo podréis formaros una idea de lo que es la velada de San Juan.

Figuraos una extensa alameda, á cuya entrada se levantan majestuosas dos columnas de piedra que son el pedestal de los famosos Hércules: esta alameda, rodeada por una guirnalda de luces, que á cierta distancia no parecen otra cosa que una corona de fuego, los cien aguaduchos y puestos de flores y buñuelos que se levantan al rededor de las calles de árboles.

Acercaos mas y veréis al lado de cada reverbero

mujeres hermosísimas, negras algunas como la noche; veréis ojos de fuego, y en cada mirada tesoros de pasion; veréis labios mucho mas rojos que los claveles que os ofrecen las lindísimas ramilleteras; sonrisas aun mas dulces que los reflejos de la luna sobre las aguas de un tranquilo lago, manos mas torneadas que las que sueña el escultor en sus momentos de entusiasmo, cinturas mas airosas que las de las sílfides; veréis allí tambien las pintorescas figuras de los majos y los gitanos, con el sombrero calañés graciosamente inclinado hácia adelante ó hácia atrás, segun la expresion amorosa ó provocativa que quieren dar á su semblante; veréis su cintura rodeada por una faja de seda azul ó roja que hace resaltar la blancura de su bordada camisa y su rizada chorrera; veréis rostros morenos casi cubiertos de patillas negras, al lado de rostros mas blancos y mas finos que el de un aristócrata bien conservado. Escuchad un instante sus palabras y las veréis engalanadas con la poesía mas espontánea: hijas de su imaginacion, tienen mil formas distintas y bellas, como son bellas y variadas las flores que se crian en sus verjeles.

Si cantan, admiraréis sus trinos, que, como los del

ruiseñor, son un privilegio que deben á los cielos; si tañen la guitarra, no solo os hechizarán con los sonidos que produzcan, os extasiará la gracia de su actitud, los movimientos de sus dedos, la expresion de su cara.

Andalucía, Andalucía, tú eres el *oasis* del alma: quien tenga penas que se aduerma una vez bajo tus naranjales, que cruce sobre endebles barquillas tus caudalosos rios y escuche el canto de tus barqueros, que contemple la aparicion del sol en tus campiñas, que pase una noche, una siquiera al pié de una ventana sintiendo las miradas de una de tus hijas predilectas, y se consolará y se renovará, y volverá á su alma la fe si la ha perdido, y creerá en el cielo, porque tú, Andalucía, sabes inspirar la esperanza al corazon, como la mujer hermosa de ojos apasionados, que deja adivinar al amante que sepa comprenderla los tesoros de amor y de ternura que reserva en su pecho.

Grupos en donde alternan los alegres hijos del pueblo con los mas encopetados señores, la mas desenvuelta gitanilla con la señorita mas remilgada, colocados aquí y allá con abandono, aumentan la belleza del gran cuadro.

Aquí se oyen las voces de una riña que va á acabar en casa de Juanillo el montañés de la Alameda, mas allá las canciones de los *mositos* que festejan á sus queridas como Lindora á la pupila de D. Bártolo; en otro lado el confuso griterío de las gitanas que han cogido por su cuenta á *un señó de futraque* y quieren á la fuerza hacerle tomar flores, buñuelos y todo cuanto venden.

— Ven acá, jermosísimo, ojiyos de mi alma, tómame de mi hacienda, que los ricos debeis jaser argo po los probes.

— Ven conmigo, horniyita de mi amó, yo aviyelo pa tí toitas las frores que se crian.

— ¡Eh! muchachos... mirar aquí er generoso, que va á yevarse toos mis guñuelos, pa que yo me vaya escuidiá con mi curro.

— ¡Eh! no le quites la voluntá... er señó es marqués... ma conosío en pañales y ha vinío á darme prata por mis craveres y mis riquierbos. ¿No es verdá capuyito de mi jardin?

Y le cogen y le llevan de un lado á otro, y le meten por los ojos su *hasienda,* y no tiene mas remedio que comprarla, porque sino... ¡Ay! es menos horroroso escuchar el Simoun bramador del

desierto que los gritos y maldiciones de aquellas hidras.

— Anda, Macabeo; premita Dios que ar dar un paso se escantiye el terreno y te se quee enterrá una pata.

— Premita Dios que te cases con una esaboria y tu mugé te arrepeyizque.

— Y que te sarga un burto en el cobote.

Si vais con una jóven, entonces les teneis que comprar racion doble, porque ellas á su vez os saludan con dobles requiebros. Si sois amantes gozaréis con las predicciones que os hacen, si sois indiferentes excitarán al menos vuestra sonrisa; pero si por vuestra mala suerte acompañais á un siglo menos cuarto... ¡ay! huid, huid, porque á vuestra pareja la dará un desmayo abrumada de sátiras, y á vosotros la intencion de pegaros un tiro.

Este es el aspecto de la Alameda de los Hércules de Sevilla en la velada de San Juan.

Abandonemos el bullicio, dejemos aquella atmósfera impregnada del aroma de las flores que hay en los puestos y del aceite de las calderas, aquel espacio poblado de gritos, de murmullos, de cantos, y recorramos algunas calles de la ciudad.

Aquello es otra cosa.

Las ventanas están llenas de jóvenes hermosas con trajes blancos ó de colores claros, sentadas en los alfeizares: sus cabellos graciosamente peinados sostienen preciosas dalias y olorosos claveles. Sus rostros respiran pureza y frescura; algunas, heridas por los rayos de la luna, parecerian hermosas esculturas si no se movieran tanto y con tanta gracia; pero es vano desearlo, porque pedir á una andaluza esa quietud, es pedir á la alondra que no abandone su nido al nacer el alba, es pedir al arroyo que no murmure al deslizarse por el prado, es un imposible.

Pero ¡qué encantadoras con la sencillez de su traje! ¡qué ojos aquellos que ruedan, por decirlo así, en sus órbitas despidiendo rayos de luz! ¡qué bocas tan graciosas, entreabiertas como las flores antes de amanecer y exhalando el perfume de las rosas! ¡qué movimientos tan donosos, qué risas, qué secreteos al ver pasar á los gallardos jóvenes! ¡qué expresiones en su rostro, de alegría, de duda, de amor, de celos!... ¡Ah! no hay mujeres como vosotras para ostentar los atractivos que recibísteis de la naturaleza!

Aquellas mujeres en las ventanas parecen otras tantas flores de jardines fantásticos.

Las feas se esconden esta noche en lo mas retirado de la casa : esta fiesta no es para ellas, es para las hermosas.

Los jóvenes, cargados con cartuchos de dulces, recorren las calles, se detienen ante las mas hermosas vírgenes, y las ofrecen dulces y flores, que ellas aceptan con gusto, si les agradan los obsequiosos mancebos.

Aquella prueba es el barómetro de su simpatía.

Cambian frases apasionadas, chispas que algunas veces suelen prender la llama del amor, ya en el pecho de una tímida jóven, ó ya en el de un atrevido doncel.

La solemnidad de la fiesta aleja el insípido *Usted* por el dulce *tú*, y esta franqueza les hace confiarse, conocerse y amarse mutuamente.

Los que han pasado una velada de San Juan en Sevilla ¿han podido olvidar sus impresiones? ¡Ah! nosotros, que hemos gozado deliciosos momentos en aquellas calles, escuchando aquellas frases dulcísimas de las mujeres andaluzas; nosotros, que

hemos aspirado aquel ambiente en una noche de velada, jamás olvidaremos las delicias que sintió nuestro corazon.

Aquel cuadro renueva la fe y la esperanza, aquellas mujeres hacen creer en la felicidad.

UN JUEGO DE PRENDAS.

¿No habeis asistido á esas reuniones casi familiares que se celebran en las noches de invierno como un preservativo de la melancolía que infunde en ellas la soledad y el aislamiento? ¿No os habeis visto en una sala modestamente decorada, formando un ancho corro al lado de apuestos jóvenes, decididos á haceros el amor en todos los tonos imaginables, y presididas por las complacientes mamás y su estado mayor de rezagados solterones, de militares retirados y de maridos doceañistas? ¿No recordais vuestras proposiciones inocentes, cuando por acaso ha faltado el jóven pianista que produce sonidos celestiales, para que vosotras, apoyadas en vuestros amantes, todavía incógnitos, voltijeeis al rededor de la sala; ó cuando una de vuestras compañeras de reunion se siente algo indispuesta y no

quiere tocar, para que no baile con vosotras su novio, de quien aquella noche le separa una borrasca... de verano? ¿No recordais aquella posesion completa que alcanzais de los momentos en que vivís, las purísimas alegrías de vuestro corazon, la felicidad momentánea que disfrutais durante las tres horas de tertulia, que son el prólogo de vuestros sueños de ventura, de los capítulos fantásticos de la novela de vuestra vida?

¡Ah! sí, vuestra amable sonrisa me revela que mis palabras despiertan en vosotras dulcísimos recuerdos de las infinitas noches de vuestros veinte inviernos; vuestras miradas quieren decirme que será poco nuevo para vosotras cuanto yo pueda revelaros de estas escenas en las que todas habeis desempeñado un papel importante; pero no importa, no son vuestras historias las que voy á deciros, voy á confiaros solamente la de Felicia de Somosa y Juan de Puerto Llano, á quienes conocí en una de esas reuniones que os acabo de recordar, y con los que he jugado á prendas ni mas ni menos que como vosotras.

Felicia tenia diez y nueve años el 14 de enero de 1857, y ya hacia tres que vivia en la corte con

su hermana Teresa, y con el marido de su hermana, abogado del ilustre Colegio.

Felicia habia nacido en Córdoba y pasado en Sevilla, hasta la muerte de sus padres, las dos terceras partes de su vida. Era bastante rica, se habia quedado huérfana, y su hermana mayor se la llevó á su lado para velar por ella.

Al año de vivir en Madrid, abandonó sus trajes negros por otros menos tristes, y como era jóven y hermosa, quiso frecuentar la sociedad, y su hermana la presentó en varias casas donde, una noche á la semana, se abrian las puertas á los amigos para ofrecerles agradable solaz con el baile y la música, con la conversacion y agua y azucarillos.

Felicia penetró tambien en los salones de la baronesa del Mármol, en los *Thés dansants* del banquero Berolles, y aun asistió á los bailes de Palacio; pero modesta en sus aspiraciones, se divertia mas en casa de la viuda del brigadier Quintana, madre de dos pimpollos de quince á veinte años, señora amabilísima, que habia dado á su reunion un carácter heterogéneo en la calidad de las distracciones, y tipo de esa franqueza bien educada, tan necesaria para los que odian las fórmulas inútiles

de la etiqueta incómoda de los salones del gran mundo.

La brigadiera recibia los martes y los viernes, y Felicia acudia á tan entretenidas recepciones, sin que en dos años consecutivos cometiese una sola falta.

El motivo de esta puntualidad era que..... ya lo habréis comprendido, era que amaba siendo amada de un jóven, á quien habia conocido en aquella casa.

Juan de Puerto Llano era un buen chico, tenia fortuna, y por aficion se habia dedicado á la música, logrando ser un hábil pianista y un distinguido compositor.

La historia de sus amores es como la de todos, y llegaron á prohijarse por aquella sociedad, que profesaba á ambos amantes la mas cariñosa simpatía.

Ella era buena, y en su dulce mirada descubria toda la pureza de su alma. Sus ojos azules eran tan expresivos, su talle tan esbelto, sus cabellos tan finos y tan graciosamente arreglados, sus manos tan suaves, tan blancas, su voz tan dulce... Vamos, Juan la amaba mas que á su vida, y hacia bien porque sin ella no podia vivir. ¡Qué venturosos eran! Se

amaban y el Cielo bendecia su amor, y la sociedad lo acariciaba...

En dos años, solo ligeras nubecillas oscurecieron momentáneamente su felicidad; pero en cambio ¡cuántos dulcísimos sentimientos se despertaron, cuántas apasionadas frases se dijeron, cuántas dichosas esperanzas abrigaron!

Sin embargo, un dia se mezcló la envidia en su felicidad y los separó *para siempre* – al menos así se lo prometieron los dos.

Esta separacion penosa para entrambos, aunque trataban de ocultar su pesadumbre, duró bastante tiempo.

La sociedad de la brigadiera, interesada por los dos jóvenes, trató de reunirlos, pero fueron inútiles sus esfuerzos.

A pesar de esto, asistian los dos con mas puntualidad que nunca á las recepciones de los martes y los viernes, y muchas noches, cualquiera hubiera dicho que Felicia habia llorado antes de presentarse en público; y al ver ensimismado á Juan algunas veces, todos hubieran creido que un pensamiento doloroso le atormentaba.

Pero Felicia bailaba con todos y Juan con todas.

Felicia tomaba parte en todas las conversaciones que se suscitaban y Juan la contradecia.

La primera hacia la apología de los trajes de última moda, de las mujeres veleidosas, y el segundo se declaraba adversario del matrimonio, y no tocaba en el piano mas que walses y polkas, y se burlaba de las historias sentimentales con pasmosa locuacidad.

Así pasaron cuatro meses, y Felicia descuidaba su *toilette* y algunos dias se quedaba en el lecho enferma con esa enfermedad que se llama noches de insomnio : en tanto Juan adelgazaba, estaba pálido, muy triste y hacia frecuentes visitas á la brigadiera, para quien no tenia ningun secreto.

Llegó una noche en que la concurrencia á las reuniones de la amiga de Juan fué menos numerosa que de costumbre.

Habia muchas muchachas, pero pocos muchachos.

— ¿Qué hacer? dijeron las señoritas de la casa.

— Que toque Juan alguna de sus composiciones.

— ¡Oh! no, por Dios... es muy viejo mi repertorio, y hace ya *cuatro meses* que no toco el piano.

— Pues leeremos poesías.

— ¡ Qué horror ! dijo Felicia, queriendo demostrar, aunque en vano, un adorable escepticismo. Demasiadas mentiras escuchamos á todas horas, añadió, ¿ para qué buscarlas engalanadas ?

— Pues algo hemos de hacer.

— Pasar la noche mano sobre mano es horroroso.

— Y no hay esperanza de que vengan muchachos. Hay baile en el teatro de la plaza de Oriente, y no querrán faltar.

— ¿ Porqué no jugamos á prendas ? dijo la hermana de Felicia.

— ¡ Ay ! sí... sí... á prendas, repitieron todas.

— Apurar una letra.

— No... no... no... eso es muy feo : juguemos al anillo.

— Mejor es adivinar por música.

Hubo infinitos pareceres : las mamás tomaron parte en la eleccion del juego, y jugaron, pero á nosotros nos interesa mas asistir á la sentencia de las prendas.

No hay para que decir que no faltó el consabido *soy, tengo* y *quiero*, ni las socorridas comparaciones, ni los divertidísimos *sies* y *noes*, ni el *¿ qué me*

da Vd. para mis ojos? ¿y para mi boca? ni el *¿porqué estoy en berlina?* ni *el favor y el disfavor,* ni *el consejo, la confianza y el secreto.* Cada cual fué pagando sus prendas, y por fortuna Felicia y Juan no tuvieron que hablarse *tête à tête.*

Llegó la última prenda y allí fué ella. La hija menor de la brigadiera impuso al sentenciado *el suspiro,* y el sentenciado suspiró por Felicia, y Felicia por un solteron de cuarenta años, que por falta de gente tomó parte en el juego, y el solteron suspiró por una deliciosa rubia que amaba á un militar allí presente, y el militar por otra jóven de quien su amada tenia celos, y la jóven por un estudiante de cuarto año de leyes, y el estudiante por la hija menor de la brigadiera, y esta por Juan y Juan por su hermana, y las demás señoritas tuvieron que suspirar por las de su sexo que estaban sin parejas.

Terminado el suspiro, se dió lugar á la cadena de secretos, que harto conocen mis lectoras.

Felicia temblaba y decia vulgaridades á todos los que acercaban el oido á sus labios.

Juan ideaba frases insulsas para decirlas á Felicia

cuando tuvieran que hacerse la obligatoria confianza, y deseaba y temia aquel momento.

Llegó por fin, y Felicia á media voz le dijo:

— Ingrato... no tienes corazon.

— Porque tú le has matado, repuso Juan.

El juego concluyó.

Felicia tenia encendido el rostro.

A Juan se le saltaban las lágrimas por mas que procuraba sofocarlas.

Aquella noche cambiaron algunas palabras antes de separarse.

Era martes, y el viernes se colocaron *casualmente* uno cerca del otro, y estando juntos *para no hacer mal papel,* les fué preciso hablar y comenzaron ocupándose del tiempo, y continuaron... continuaron, y las tres horas de la noche les parecieron un minuto.

Al levantarse todos para irse, Juan tocó en el piano — sin sentarse por supuesto — una preciosa melodía, la primera que le habia inspirado su amor.

El martes siguiente continuaron hablándose, y ocho dias despues hizo la hermana de Felicia una importante concesion.

Al cabo de una semana se celebró en casa de la brigadiera una boda de la que fué madrina.

. . . .

. . . .

Hace muy poco tiempo que entrando en el Retiro, ví salir á dos jóvenes esposos acompañados de una niñera que llevaba en sus brazos un hermoso niño, al que su madre contemplaba con entusiasmo, confiando sus impresiones á un jóven marido.

Yo iba con dos amigos.

Al ver pasar al matrimonio en flor, exclamó uno de ellos.

— Todavía es posible la felicidad.

— ¿Y quién lo duda? respondí yo.

— Todos los que no son visionarios, repuso el tercero.

— Voy á probarte que te equivocas, añadió mi amigo el optimista, y nos contó la historia que yo os he referido.

Los esposos á quienes acabábamos de ver, eran Juan y Felicia.

Aquel fruto de bendicion que tanta felicidad les ofrecia, era el hijo de *un juego de prendas*, al menos así le llaman sus amorosos padres.

LA MEDITACION.

La meditacion es el oasis mas delicioso del alma, cuando se tiene la fortuna de verlo todo color de rosa.

Pensad sobre cualquier objeto en vuestros momentos de tranquilidad, apreciadle en conjunto y buscad sus detalles.

Cada impresion despertará en vosotras un pensamiento.

Cada pensamiento dejará un recuerdo dulcísimo en vuestro corazon.

Hace muy pocas tardes que al dar las siete nos encontrábamos en la Fuente Castellana.

Aquel paseo, solitario en verano, melancólico por la ingratitud de los que le buscan en los helados dias del invierno y le abandonan en la estacion de las brisas ardientes, inspira un vivo deseo de meditar.

Una lujosa carretela cruzó delante de nosotros: era una de esas carretelas aristocráticas, tirada por briosos caballos, guiados por jokeis distinguidos, una de esas carretelas con fondo azul, con filetes plateados.

Una sola persona iba en ella.

Era una mujer elegante y graciosa, que, muellemente reclinada sobre los almohadones del carruaje, parecia con su flotante traje blanco uno de los delirios de la mitología: Venus saliendo de la espuma del mar.

— ¿Y qué tiene de extraordiňario que una mujer hermosa, con su correspondiente miriñaque y su lujoso traje de doble falda, cruzase en una elegante carretela el paseo de la Fuente Castellana? nos preguntarán nuestras amables lectoras. ¿No lo vemos esto todos los dias y á todas horas?

— Sí por cierto, contestaremos; nada de extraño tiene si pasa desapercibido; pero fijaos un instante; pensad en lo que representan esa carretela y esa mujer, meditad sobre todo lo que veais, y cuando para muchos se hayan concluido los goces, se abrirá para vosotras una senda desconocida que os ofrecerá momentos felicísimos.

Nosotros, al ver pasar la carretela, y en ella la elegante dama de que os hemos hablado, descubrimos lo que os vamos á confiar con el mayor secreto.

El carruaje solo encerraba para nosotros una historia llena de episodios sentimentales y de alegrías sinceras.

Buscando su orígen, comprendimos una debilidad de corazon humano y otra de cuerpo.

La opulencia y la comodidad.

Se apareció á nuestra vista el infeliz jornalero separando el tronco de la raíz para buscar la madera, uno de los mas importantes materiales que entran en la composicion del carruaje. El árbol nos hizo adivinar una madre guareciendo á su hijo de los rayos del sol bajo las ramas, á una amante escribiendo en la corteza del tronco el nombre de su amado; vimos al carpintero aserrando la madera, y este operario nos reveló su deseo, el de aumentar, aunque modestamente, su fortuna, tal vez para dar alimento á su anciana madre, para proporcionar el bienestar á su familia, para adquirir los medios de unirse á la mujer que amaba; se dibujó ante nosotros el constructor, gozando interiormente con las

ganancias que su obra le ofrecia. Por otra parte, vimos á los mineros extrayendo el hierro, la plata, del seno de la tierra, y las operaciones que para llegar á formar parte del carruaje habian tenido que sufrir estos minerales; y los hombres que las habian ejecutado, y los distintos caractéres de cada uno, y sus deseos, y sus lazos con la sociedad, y como en un panorama pasaron á nuestra vista escenas interesantísimas.

Ya veis cuánto dice uno de los objetos que á todas horas mirais con indiferencia; ya veis que es una serie de historias enlazadas; ya veis cuánto tiempo puede ocupar la meditacion, y cuán agradables instantes puede proporcionar el objeto mas frívolo.

Pues ¿y la elegante dama?

¿No os figurais, al verla, su nacimiento, el amor de sus padres, sus juegos inocentes, la formacion de su carácter, sus sueños, sus deseos, sus caprichos, sus intrigas, sus impresiones? ¿No adivinais al verla lo que siente, lo que es? Su aficion á la crinolina, el color de su vestido, que dice ser su color favorito; su peinado, su mirada, su fisonomía, su soledad entre el fausto y el lujo, ¿no os revelan toda su

existencia, todo su presente; no os hacen adivinar todo su porvenir?

Pues aplicad este espíritu observador á cualquier otro objeto, y obtendréis los mismos resultados.

Distraeréis vuestra imaginacion sin hacerla sufrir; recibiréis lecciones saludables, que os agradarán, por ser vosotras mismas vuestras Mentoras, y pasaréis el tiempo entretenidas.

Si es cierto que la vida es una peregrinacion — así al menos lo creemos nosotros, — ya sabeis lo que son los viajes sin distraccion.

Os hemos confiado esta opinion, para daros un remedio contra el fastidio, y un medio de que os comprendais, y comprendais cuanto os rodea.

DE CERCA Y DE LEJOS.

UNA OVACION.

Los periódicos de Madrid anuncian la próxima representacion de un drama nuevo original, primera produccion de un jóven poeta.

Los carteles de uno de los coliseos mas favorecidos del público habian puesto una nota á su fin dando cuenta de que estaba en ensayo la obra.

En los círculos literarios se preguntaban unos á otros el nombre del autor, y ninguno lo sabia. Los mas allegados al teatro pronunciaban con sarcasmo un nombre que todos olvidaban apenas lo habian oido, y auguraban mal éxito á una obra que no llevaba en garantía un nombre cotizable.

El título del drama habia llegado á todas partes, habia sido escrito por muchas plumas. Todos le esperaban: unos con buena fe por asistir á una no-

vedad teatral, lo que ha llegado á ser un semi-fenómeno en estos últimos tiempos; otros porque se proponian dedicarle severas críticas, ó reirse á costa del atrevido neófito que se lanza á presentarse en el palenque donde tan victoriosas luchas sostuvieron los insignes poetas que honran la parte histórica de nuestro país.

El tiempo pasaba con mucha rapidez, y al fin sonó la hora señalada para la representacion del drama.

El teatro estaba magnífico, los palcos atesoraban cuanto mas bello, cuanto mas elegante, cuanto mas burocrático contiene la corte de España. Las butacas estaban ocupadas por las notabilidades españolas de todos géneros, y esto no debe parecer inverosímil á nuestros lectores, porque no deben ignorar que nuestro país es país de las notabilidades. Todas las demás plazas del teatro estaban invadidas, y en todos los semblantes se descubria animacion y movimiento.

Los gemelos, esos tercios de la sociedad elegante, movidos por finísimas manos, recorrian los palcos, las butacas, escudriñaban en todas partes. A las miradas artificiales seguian las sonrisas y las señas; á estas los pensamientos íntimos.

Resonó el primer preludio, y la orquesta comenzó á ejecutar la sinfonía de la *Norma*. Si hubiérais podido dirigir vuestras miradas á uno de los oscuros rincones de la ignominia, hubiérais podido descubrir una jóven que al lado de un anciano parecia extraña á todos los demás. Sus facciones delataban sus sentimientos, una agitacion casi febril estaba apoderada de ella, y las sublimes notas del inmortal Bellini caian en su alma como otras tantas gotas de rocío que consolaban el ardor de su calentura, que apagaban su sed devoradora.

Pero olvidadla por un instante y escuchad los dulcísimos versos que modula la inspirada actriz trasformada en la creacion del poeta. Olvidaos del dolor verdadero de aquella jóven por el que expresan los labios del amante despreciado por su pobreza y abrumado por los desengaños con que paga la sociedad al que dándola un alma pura y generosa solo recoge en cambio insultos ó indiferencia..... Fijad vuestra atencion en los cuadros que os ofrecen el pincel del artista que retrata la sociedad. Admirad la verdad del colorido, la belleza de los detalles, la armonía y grandiosidad del conjunto. La lucha está trazada magistralmente... el pensamiento de la

obra, sencillo en su manifestacion, refleja esa moral aprendida en el infortunio; y bastaria para inmortalizar á un hombre... Las situaciones son del mayor efecto. Aplaudid... aplaudid...

Habia terminado la representacion, y desde su comienzo habia sido acogida con grandes muestras de entusiasmo la primera obra del escritor novel. Habia arrancado lágrimas y aplausos, exclamaciones de admiracion y dolor.

Al terminarse, la ovacion fué completa. El teatro resonaba en un solo y frenético aplauso; de todas partes salian voces declamando al autor y llamándole á recibir el premio de su talento; hasta las elegantes damas aplaudian, los severos críticos agitaban tambien sus palmas.

La hora suprema del triunfo habia llegado..... El genio iba á alcanzar la sancion de su poder. Las voces se aumentaban y crecian.

— ¡El autor!... ¡El autor!...

Uno de los artistas salió á decir su nombre, que fué repetido instantáneamente en todos los ángulos del teatro al compás de nuevos y atronadores aplausos...

— ¡Que salga... que salga! gritaron de nuevo.

Pasaron algunos segundos, las voces se prolongaban, y cada vez eran mas atronadoras.

El poeta se presentó en el palco escénico tembloroso y vacilante.

Todas las miradas se fijaron en él; si al mirar hubiesen visto, habrian hallado en sus ojos algunas lágrimas que pasaron desapercibidas. Los bravos, las palmadas crecieron, el entusiasmo llegó á su colmo... una... dos... tres... cuatro veces fué llamado de nuevo, y de los palcos y las butacas cayeron á sus piés ramos de flores y una corona de laurel que arrojó una señora que se hallaba en un palco á donde instantáneamente se dirigieron todos los gemelos.

Terminaron los aplausos y aun no habia concluido la excitacion. A los bravos unánimes siguieron las ventajosas apreciaciones de la obra en particular. Nadie olvidaba el nombre del poeta, todos lo repetian y lo admiraban. Todos aseguraban guardarle en su memoria como un tesoro; unos enaltecian su pensamiento de los infinitos que llenaban la obra, otros comentaban la mágica versificacion con que habia dado formas al magnífico asunto, otros repetian algunos fragmentos bellísimos por la poe-

sía de las imágenes, todos á una reconocian en el jóven debutante dotes privilegiadas, y cualquier detalle de su vida, que alguno inventaba ó referia, era escuchado con respeto y con vivo interés.

¡Ah! qué triunfo! qué triunfo! Pero dejad la sala del teatro, y venid con nosotros al escenario. El telon os oculta un cuadro mas grandioso que los que tanto habeis admirado y aplaudido, un cuadro que nadie podria bosquejar, porque mayor que el sentimiento apenas podria sentirse.

El poeta laureado recibe los plácemes de los artistas que han dado vida á su pensamiento, los estrecha en sus brazos, quisiera darles los tesoros de la tierra, porque le han alcanzado un nombre glorioso, y solo les da lágrimas. Sus amigos le rodean; ¡sus amigos, que ayer eran muy pocos, y casi indiferentes á su desgracia y que se han multiplicado maravillosamente, corriendo á felicitarle, á abrazarle, á ofrecerle el *desinteresado* testimonio de su admiracion y su entusiasmo! Todos los que se encuentran en aquel paraje, teatro de los primeros y mas queridos triunfos del genio que se levanta, se acercan á él, y sin conocerle le manifiestan su satisfaccion y su júbilo... Todos le rodean,

le estrujan, le estrechan contra su corazon, y las felicitaciones resuenan por todas partes, formando un confuso murmullo, ensordecido por el ruido de los que fuera comentan el talento del ser privilegiado de aquella noche.

— Paso... paso... grita un anciano que llega al palco escénico, abriéndose camino por entre la muchedumbre que se encuentra apiñada en torno del poeta.

— Paso... paso... grita con balbuciente voz aproximándose mas y mas al centro del gran grupo.

Su voz domina á la de los demás, y llega á los oidos del jóven victorioso.

Al escucharla se separa de los que le cercan y corre al encuentro del anciano, que viene acompañado de una jóven.

Se hallan, se abrazan y confunden sus lágrimas, exclamando á un tiempo :

— ¡ Padre mio !

— ¡ Hijo mio !

La situacion cambia, y aquel nuevo grupo fija las miradas de todos. Algunos ojos dejan escapar furtivas lágrimas que no ha podido contener la emocion.

La jóven besa las manos del hijo afortunado, y cayendo en sus brazos y en los del anciano, aumenta el interés.

— Hermana mia,... hermana mia, dice el jóven lloroso y asomando á sus ojos nuevo llanto; los tres confunden sus suspiros y sus palabras, sus palpitaciones y sus lágrimas.

¡Oh! este momento debe valer los crueles martirios. Esta felicidad debe ser la mas grande de la tierra.

Se nace á otra vida, esa vida de la gloria que todos hemos soñado sin realizarla mas que unos pocos. El mundo, que ayer nos despreciaba porque nos habia visto en la pobreza y en el abatimiento, hoy se para á fin de abrirnos camino, y nos saluda y nos respeta; nuestro nombre, desconocido ayer, corre hoy de boca en boca, sale de la ciudad y llega á las provincias, y pasa fronteras y resuena en los mas remotos países; los que ayer ni siquiera se dignaron dirigirnos una mirada compasiva cuando llegamos á sus puertas á pedirles trabajo para llevar el sustento á nuestro anciano padre, á nuestra enferma madre, á nuestros huérfanos hermanos, hoy nos brindan su proteccion y nos ofrecen sus servi-

cios; las damas que ayer se rieron de la humildad y de los anacronismos de nuestro traje, hoy se apresuran á colocarse á nuestro lado y á consultarnos sus sentimientos y á depositar en nosotros las fórmulas galantes que los autómatas de los salones les han hecho escuchar. Todo se cambia para nosotros, el cielo y el campo son nuevos, los objetos aparecen mas bellos de lo que son en sí; porque les prestamos el destello de la felicidad que arrulla y llena nuestra existencia.

Y aquel jóven habia logrado todo esto, habia ordenado á su varita mágica que trocase en ventura su infortunio, y el talisman habia obedecido, y el mundo y el cielo sonreian para él.

Al abandonar el teatro habia encontrado á la puerta de su modesta habitacion un lacayo lujosamente ataviado que deseaba entregarle una elegante carta.

Aquella carta era otro triunfo.

Una jóven de jerarquía elevada, quien habia demandado sin éxito seis dias antes una mirada de amor, le daba la enhorabuena mas cordial y le citaba para el siguiente dia...

¿Qué mas ventura podia alcanzar? ¿No debia

hallarse satisfecho de su ovacion? ¿Podria cualquiera imaginarse que un jóven de su genio durmiese aquella noche sobre un pobre colchon de paja en un reducido sotabanco de un apartado barrio de Madrid? ¿Podria cualquiera figurarse que al despertar al otro dia hallase los mismos muebles míseros y destruidos, las mismas paredes desnudas, la misma pobreza del dia anterior? ¡Ah! no, esto seria horrible. No hay uno solo que no juzgase al laureado poeta en un suntuoso palacio, rodeado de todos los atractivos de la opulencia, no hay una sola señorita que no le viese con todos los encantos que hace presentir aun á los mas inexpertos esa vida de gloria que habia abierto sus puertas al novel escritor dramático. Era dichoso... Nadie hubiera creido en su desdicha.

—¡Qué feliz es! se decian todos creyéndolo á puño cerrado. ¡Qué feliz es!

Y sin embargo no lo era, habia logrado fijar la atencion de algunos miles de personas, habia logrado realizar los sueños de su fantasía, su suerte en adelante no podia menos de cambiar otorgándole cuantos dones puede ofrecer en su mayor estado de prodigalidad, muchos editores dramá-

ticos le habian esperado en el pórtico del teatro y le habian ofrecido muchos miles de reales por su obra; ¿qué mas podia esperar?

Con todo, si algo os ha interesado un jóven que en alas de su genio se ha remontado á una envidiable altura, ha conseguido ceñir á sus sienes la inmarcesible corona de la admiracion y el entusiasmo, y ha dominado al parecer á la fortuna, si habeis sentido por él siquiera un vago deseo de su felicidad, compadecedle como nosotros. Es verdad que ha conquistado mucho, pero si viérais su fiebre, cuántos desprecios, cuántas horas de desaliento le ha costado, no solo le admiraríais, os prosternaríais ante él, porque es un mártir de su genio y ha alcanzado la palma de su martirio...

¡Ah! por desgracia no son mentira nuestras palabras.

No es solo desdichado por los dolores que han martirizado su alma en la espinosa senda que ha terminado. El triunfo se ha resarcido de todos ellos; pero el triunfo ha enjugado sus lágrimas, ha desterrado sus dolores, ha sido el arco iris de su desgracia.

No; despues de haber velado muchas noches tra-

bajando, despues de haber sostenido mucho tiempo una lucha cruel entre las esperanzas y el desaliento, despues de haber sufrido el escarnio y la mofa de los que le veian trabajar con su noble y grandioso despecho, porque en su pequeñez no podia acostumbrarse á la idea de que otro pudiera ser grande y glorioso; despues de haber implorado por caridad que leyesen su obra sin conseguirlo, despues de infinitos dias de fiebre y hambre, despues de haber tenido que soportar la vergüenza de retirarse á su morada con su manuscrito condenado sin haber sido juzgado, y el dolor de tener que confesar á su mísero padre y á su tierna hermana su derrota cruel; despues de verse sepultado en el aislamiento, porque el que mas le creia un pobre loco, porque despues de tantas pruebas, solo habia conseguido treguas á costa de la mitad de su triunfo...

Habia tenido que vender la mitad de su triunfo, de su felicidad.

Un dia amaneció, y su hermana, enferma, no pudo trabajar como tenia de costumbre para aliviar la pobreza de su padre... la enfermedad continuó muchos dias y los recursos se acabaron. La

miseria era extrema, y sin embargo aquella familia indigente guardaba un tesoro en el drama del jóven poeta. Pero aquel tesoro no tenia valor ninguno para nadie, mas que para aquellos tres seres desgraciados. En la mas crítica situacion el jóven quiso trabajar aun en el oficio mas vejatorio; buscó, y no halló... La necesidad le obligó á dar un paso muy cruel. Un año antes habia estado su obra en manos de un editor dramático, este le habia hecho proposiciones insultantes, el jóven le abandonó y esperó... ¿Y su gloria? ¿Y las riquezas que su drama le proporcionaria? Pero un año despues su pobreza era mas apremiante, todas las puertas se habian cerrado y corrió á casa del editor.

Aquel mismo dia llegó á su casa con un puñado de duros. Gozo, ¡ay! gozo, porque á sus padres se le saltaron las lágrimas de júbilo, y porque aquella mezquina cantidad era la primera que ganaba en el mundo y le abria un porvenir, sino de riqueza, al menos de un mediano pasar.

Desde entonces no se cuidó de su drama que permanecia en manos del editor, y trabajó no por la gloria, en la que, ya desengañado, no esperaba, por el dinero que mitigara las penalidades de sus

dos mas queridos seres, de su padre y de su hermana.

Un dia recibió una esquela del editor, en la que le rogaba fuese á verlo.

Cumplió su deseo y supo que su drama iba á representarse, gracias á su influencia, pero le rogó que no pareciese por el teatro hasta la noche de la representacion.

Prometió darle gusto y salió ebrio de gozo. Se despertaron en su alma sus ideas de gloria y voló á participar la nueva á su padre.

Ocho dias despues anunciaban los carteles su drama. Pasados algunos mas, dejó al anochecer su pobre vivienda acompañado de su padre y su hermana. Lo habeis visto aclamado por el público, cordialmente abrazado por sus amigos en el regazo de su padre y su hermana, perseguido de los editores que se disputaban la adquisicion de su obra... Sus pesares han desaparecido, pero su triunfo no es completo. Tiene gloria, pero las riquezas que debia alcanzar, al mismo tiempo que su renombre, se las arrebató un negociante que, por un pedazo de pan que dió ayer, llena hoy sus arcas.

El poeta es universalmente admirado, todos le

creen dichoso, y ya no puede pedir para comer. Sin embargo, al dia siguiente de su triunfo no ha variado su posicion. Esto amarga su dicha. La empresa gana con su talento, el editor se enriquece á su costa. El poeta ha alcanzado el derecho de que lean sus producciones, y dado por su primer triunfo, por un deseo legítimo, el oro con que podria satisfacer sus mas precisas necesidades.

De lejos os ha parecido feliz, de cerca ya veis cuán desgraciado es!

Y con todos pasa lo mismo; el que no ha tenido que vender á un editor su primer trabajo, ha tenido que regalarlo á un teatro despues de haber sufrido mil vejámenes.

Cuando asistais al triunfo de un poeta, si os inspira el afecto que despierta el genio, no le juzgueis dichoso, alguna espina tiene en su alma.

Por cada uno que llegue á la cima, perecen ciento en el camino. Amad y venerad á los poetas. Su gloria simboliza los mayores sufrimientos y la mayor resignacion.

EL

REGALO DE BODA.

Si la vida es una novela, como ha dicho Feuillet al escribir la de un jóven pobre, preciso es convenir en que la novela de la mujer tiene dos partes.

El último capítulo de la primera es el matrimonio.

El primero de la segunda es el amor maternal.

Nosotros conocemos á una que ha puesto el fin á la primera parte de su novela.

Hasta el fin nadie es dichoso, dice un axioma, y si se le pregunta á nuestra conocida hasta qué punto es cierto, responderá sin duda alguna que es verdadero en todos sus puntos.

Muchas de nuestras lectoras conocerán, por la ligera historia que vamos á trazar, á la heroína de nuestra crónica, y estamos seguros de que aquellas

que no la reconozcan, leerán con gusto el último capítulo de la primera parte de su novela.

La escena pasa en Madrid, y en uno de los bailes de beneficencia dados el carnaval último en el Teatro Real.

Entre las infinitas mujeres que se dejaban conocer, á pesar de llevar cubierto el rostro con la seductora careta, habia una muy jóven, de diez y nueve años, interesante por sus maneras distinguidas, por su animada conversacion, y sobre todo por sus ojos negros, grandes y húmedos como los de esas hermosas hebreas que tan admirablemente han descrito Walter Scott y Víctor Hugo.

Era la primera vez que asistia á un baile de máscaras, y al hallarse entre la multitud escuchando confusamente y á un mismo tiempo el ruido que producian las locuaces beatas, los bromistas dominós, las carcajadas de los embromados y los fuertes sonidos de la grandiosa orquesta dirigida por el maestro Sckodopole, se olvidó de su historia y de sus esperanzas. Aquella emocion llenó su alma, y abriéndola como las flores su cáliz en las mañanas de primavera, exhaló en sus palabras suavísimo perfume y recogió el rocío vivificador en las pri-

meras frases amorosas que murmuraron á su oido.

Un jóven la vió y la siguió á todas partes. Adivinó en ella una mujer distinguida, y queriendo distinguirse entre sus amigos con su conquista, fué al guarda-ropa, pidió un dominó, y colocándose con este disfraz al lado de la jóven, comenzó á hacerla el amor en toda regla.

Ella le escuchó embebecida y se convenció de que su galan era un verdadero galan.

Pasaremos por alto los detalles de la primera conversacion amorosa.

El resultado de ella fué que uno y otro pasaron la noche muy entretenidos, que ella se prometió consagrar un amor secreto y eterno á su doncel, que le dejó como un recuerdo un ramo de flores; y que él la ofreció no olvidarla jamás, y, para que recordase su nombre, la dió la tarjeta de un amigo suyo que por casualidad tenia en su bolsillo.

Acabó el baile, y cada cual buscó el dulce descanso.

Ella soñó con su primer amante.

Él durmió bien, pero al despertarse notó que se acordaba mas de lo regular de su bella incógnita.

Pasaron algunos meses, y en todo este tiempo no se volvieron á ver.

Él se hizo doctor en la facultad de derecho, y ella, que asistió al acto de la solemne investidura, no sospechó que el investido era el objeto de todos sus pensamientos.

Durante el verano último volvió la casualidad á reunirlos en Deva. Allí se hablaron, y aunque no se reconocieron, él se enamoró de ella hasta el extremo de pensar seriamente en hacerla su esposa.

La pidió en toda regla á su familia antes de contar con su amor, y se la concedieron, porque ofrecia todas las garantías que con tanta razon exigen los padres á los aspirantes á sus hijas.

Cuando llegó á noticia de la interesada el destino que la reservaba su familia, lo sintió mucho, porque todavía no habia olvidado á su incógnito del baile de máscaras; pero sus padres emplearon toda la lógica con que en tales casos se prueba la conveniencia de un enlace, y la jóven consintió en sacrificarse por darles gusto.

Convinieron las familias en que las bodas se celebrarian en Madrid á mediados de setiembre, y el novio anticipó su regreso á la corte para tener la

casa dispuesta, para arreglar todo lo necesario. En los primeros dias del mes, recibió una carta muy extensa de su próxima esposa. En ella le descubria su secreto. Entre otras frases habia la siguiente :

« Yo llevaré con gusto el nombre de Vd., y yo no faltaré á mis deberes; pero Vd. me consentirá que ame en secreto al jóven á quien, como antes le he dicho, dí en prenda de mi aprecio un ramo de flores. »

— ¡ Será posible! exclamó el afortunado novio; con que mi próxima mujer es la que..... con que me amaba desde entonces como yo á ella y..... ¡ bravo! magnífico!

El 17 recibieron la bendicion nupcial á las seis de la mañana, y dos horas despues se hallaban instalados en una preciosa casa de la calle de Fuencarral.

El marido habia tenido mucho gusto para adornarla, y la jóven, despues de haber visitado todas las habitaciones, entró en su gabinete, donde se hallaban sobre un velador los regalos de boda.

— ¿Qué contiene esta caja de nácar? preguntó á su marido.

— El regalo mas precioso que he podido hacerte.

Inmediatamente la abrió, y encontró dentro de ella un ramo de flores marchito.

Su esposo pronunció el nombre escrito en la tarjeta que la dió en el baile de máscaras.

— ¿Con que eras tú? dijo ella.

— Yo, sí, que desde aquella noche no he podido olvidarte.

A costa de este pecadillo ha conseguido su felicidad y la de su esposa.

Como habrán visto nuestras lectoras, esta primera parte de novela ofrece una continuacion muy interesante..... para sus protagonistas.

DELIRIOS Y REALIDADES.

I.

Comenzaba la noche de uno de esos dias que inundan de tristeza nuestro corazon, que nos recuerdan los placeres perdidos, que despiertan fatídicas ideas en nuestra mente, que nos predicen infinitas desgracias para lo sucesivo; y en los que sin embargo otros muchos mortales gozan, rien y bailan, y se atreven á concebir risueñas esperanzas, y se dejan arrullar por las ilusiones que nos abandonan para correr á fascinarlos.

Aquel dia fué el primero en que salí del lecho despues de una penosa enfermedad que habia gastado mi espíritu; y por primera vez despues de mucho tiempo estaba mi cabeza firme, y me sentia con un vivo deseo de volver á enlazarme á la vida,

de la que me habian divorciado los padecimientos.

Me hallaba en mi gabinete delante de la chimenea, en cuyo centro consumian las llamas algunos pedazos de un viejo tronco de encina, derramando en toda la habitacion un fulgor sombrío.

Habia mandado que pusieran cerca de mí los enseres de mi escritorio.

Tambien pedí una caja de caoba, en donde yo guardaba mis cartas y papeles reservados, y una vez satisfechos mis caprichos, me quedé solo y abismado en algunos recuerdos dolorosos.

La debilidad de mi espíritu llamó bien pronto al sueño, y cuando desperté dos horas despues, el resplandor de una bujía iluminaba el aposento, y las hojas de la ventana estaban herméticamente cerradas.

Dirigí una mirada en torno mio y ví que estaba solo.

Nueve vibraciones metálicas me anunciaron la hora en que vivia, y las que habia dejado de vivir, en los brazos del sueño.

Abrí entonces el cajoncito donde guardaba mi correspondencia, y con el fin de recordar ho-

ras pasadas, saqué un paquete en cuyo rótulo decia:

Cartas de Federico.

— ¡Mi buen Federico! exclamé con sentimiento, abriendo la primera epístola y acercando la luz para dar principio á mi lectura.

No es justo que yo prive á mis lectores de registrar conmigo aquellos manuscritos, íntimos confidentes de una franca amistad. Por desgracia puede hoy pasar su contenido al dominio del público, sin que cometa por mi parte la mas ligera indiscrecion.

Hé aquí lo que decian aquellas cartas, fechadas un año antes de mi convalecencia:

CARTA I.

Sevilla, 10 de mayo.

« ¡Oh! mi querido amigo, cuán egoistas somos! Hace tres meses que nos hallamos separados, tres meses en los que no te he escrito, porque en ellos me ha seguido la dicha y me han halagado dulcísimas impresiones; pero ahora que no soy bastante para contener la emocion de mi alma, me he acor-

dado de tí. Ya ves que estoy arrepentido, puesto que te confieso mi flaqueza.

» Tengo que hacerte una revelacion importantísima.

» Se ha verificado en mí una variacion notable desde que no nos vemos, y empiezo á comprender aquellos goces de que me hablabas y que sufrian mi mas amarga crítica.

» El cielo no es ya para mí un sueño delicioso de la imaginacion : la mujer se ha despojado á mi vista de sus formas y la he contemplado ángel. Mi pié, que antes hollaba sin temor las inocentes flores, se detiene á su lado, y sus matices hablan á mi alma con un lenguaje misterioso, pero dulcísimo; y respiro en su perfume el suavísimo aliento de las vírgenes.

» ¡ Ah ! mi querido amigo; he visto á María, y ella ha cambiado mi carácter, me ha dado otra existencia, ha despejado las nieblas de mi mente, ha purificado mi corazon como las auras purifican los valles, me ha hecho bendecir la luz como el ciego á quien vuelven la vista, ha despertado en mí ese sentimiento que engrandece el espacio de nuestra fantasía, que anima nuestros goces espirituales.

» La he visto y vuelvo á verla, porque el tiempo es precioso á su lado.

» Adios : presto te escribiré. »

CARTA II.

11 de mayo.

« Nada, querido amigo : no he podido sentir el dulce fuego de su mirada.

» Pero voy á decirte cómo la he conocido, porque te he hablado de ella y todavía no sabes quién es.

» Pocos dias despues de mi llegada á Sevilla encontré á una señora, antigua amiga de mi familia. ¡ Cuánto se alegró al verme ! No solo me hizo acompañarla y á su hija jóven de diez y seis años, sino que me llevó á su casa y allí me prodigó los mayores obsequios.

» Despues de aquel recibimiento tan cariñoso, comenzamos á hablar, y cuando mas entusiasmado la confiaba mis proyectos, los proyectos de que tú te reias, como yo de tu espiritualismo, una visita inesperada nos vino á interrumpir.

» Una visita — siempre molesta cuando estamos abandonados á esa confianza, á esa intimidad ce-

lestiales, verdaderos lazaretos de la epidemia social — alegró con extremo á mi amiga.

» Bien es verdad que la visita que nos interrumpió, aumentaba, segun me dijo, el número de los refugiados, sin disminuir los saludables efectos del refugio.

» Pero aun no te he dicho que María, acompañada de su madre, de su bondadosa madre, fué la que cortó el hilo de nuestra animadísima conversacion.

» Pues sí, era ella : María, María, ¡oh qué hermosa! ¡qué pureza en su rostro! ¡cuánta dulzura en sus melancólicos ojos azules!

» Algunos minutos despues de haber entrado supieron quién era yo, porque la señora de la casa me presentó á ellas como un íntimo amigo. ¡Con qué interés oyó María mi nombre! ¡qué celestial mirada me dirigió para reconocerme!

» Su madre me hizo algunas preguntas afectuosas, y durante algun tiempo sostuvimos una conversacion franca como pocas; significativa por mi parte, como ninguna.

» Yo no sabria explicarte la impresion que hizo en mí la vista de María.

» Estaba á mi lado, su voz dulcísima sonaba en mis oidos, sentia su respiracion y sin embargo me parecia que soñaba.

» La amable hija de mi amiga y María bajaron al jardin, y la madre de esta última aprovechó su ausencia para pagar un tributo á su virtud, refiriéndonos los desvelos y el cariño que la habia dispensado en su enfermedad; porque la madre de esta mujer á quien adoro, hacia poco que habia dejado el lecho y se hallaba en la mitad de su convalecencia.

» ¡Qué de amorosos cuidados con su madre cuando sufria víctima de la fiebre!

» Ella probaba las medicinas de su enferma, apaciguaba sus dolores con narraciones inocentes y entretenidas, pasaba al lado suyo horas enteras distrayendo su temor y sus penas con la descripcion ideal de sus esperanzas.

—» Tú, madre de mi alma, la decia, no te separarás de mí, porque aunque alguna vez llegue á alcanzar el título de esposa, el hombre á quien yo quiera te amará como yo y vivirás á nuestro lado: sí, la Vírgen se apiadará de nosotros y nos protegerá...

» ¡Ah! María... María... divina... divina...

» Continuó refiriéndonos cuanto habia hecho por ella, y cada frase suya despertaba en mi alma un nuevo sentimiento.

» Cuando acabó su narracion — porque se acercaron las dos jóvenes, — entonces ¡ ay ! entonces ya la amaba con delirio.

» Quise adivinar en sus ojos cuánto necesitaba para mi felicidad, y nuestras miradas se encontraron.

» ¡ Ah ! la amo, la amo con frenesí.

» Pasó el inexorable tiempo y fué preciso separarnos.

— » Adios, Federico, dijo al partir tendiéndome su mano virginal.

» ¿Lo oyes? ella ha pronunciado mi nombre y lo ha guardado en su memoria; ella ha estrechado mi mano... yo he tenido la suya entre las mias.

» Todo cuanto toca, pronuncia, mira ú oye la mujer que adoramos, lo purifica y lo embellece.

» Desde que recibí aquella impresion, querido amigo, no la he vuelto á ver, y no vivo sin verla.

» Compadécete de tu pobre enamorado, de tu pobre amigo,

» *Federico.* »

Al llegar al final de esta carta, no pude menos de sonreirme; hice un esfuerzo de abnegacion y continué leyendo.

CARTA III.

16 de mayo.

« He paseado muchas veces su calle y no la he visto.

» No me atrevo á confiar á nadie mi amor.

» Hace algun tiempo que no sale de casa, pero yo la amo con toda mi alma. »

CARTA IV.

17 de mayo.

« No pudiendo soportar su ausencia, he visitado á mi amiga y la he preguntado por ella.

» María está enferma.

» ¡Dios mio, Dios mio!..... ¡no me quiteis su vida!.....

» A todas horas pregunto y quisiera no separarme de su lado, cuidarla mucho mas que ella cuidó á su madre.

» El doctor que la asiste me ha hecho concebir esperanzas, me ha prometido que la salvará.

» He besado su mano con veneracion, y él..... ¡pobre anciano! él se ha compadecido de mí.

» No estoy tranquilo, ni puedo coordinar mis ideas.

» Voy á ver cómo sigue. »

CARTA V.

25 de mayo.

« Se han realizado las promesas del doctor : la salud reanima su semblante por momentos.

» ¡Gracias, Dios mio, gracias!...

» Todos los dias de su enfermedad, á la caida de la tarde, he pasado por delante de su reja, y he depositado en ella un ramo de pensamientos.

» Cuando volvia ya no se hallaba allí, pero encontraba en cambio, ya marchito, el del dia anterior.

» Todos, todos los conservo mojados con mis lágrimas y quemados con mis besos.

» Amo á María con un delirio que me avasalla; cada instante que pasa se lleva una esperanza de mi alma y la hace concebir otra mas bella.

» Dentro de pocos dias se levantará.

» Me lo ha mandado á decir con su doncella, porque ha sabido que eran mios los ramos que la han acompañado en su enfermedad, y espero que premiará mi amor.

» ¡Qué feliz voy á ser!... »

CARTA VI.

9 de julio.

« Perdóname si no te he escrito en tanto tiempo, pero la dicha me ha embriagado.

» María me ama... me lo ha confesado, y nuestros juramentos se han confundido.

» No podemos vivir sin amarnos: nuestro amor es la vida con que vivimos... ¡Oh! no hay mas felicidad que amar.

» Ama, ama y comprenderás á Dios y serás bueno.

» Soy el hombre mas venturoso de la tierra; ¡cuánto me alegraria de saber que eras tan feliz como yo!

» ¡Ah! si llegase á perder el amor de María, solo en la muerte podria hallar consuelo.....

— » ¡Pobre loco! exclamé abandonando la lectura de sus cartas; y todavía se quejará de no haber disfrutado un solo instante de felicidad.

» La lectura de aquellas confesiones comunicadas al papel con tanto desórden, habia despertado en mí recuerdos adormecidos, y como todavía estaba débil, sentí un ligero malestar.

» Procuré tranquilizarme, y recostando mi cabeza en la butaca, se cerraron mis ojos, y el sueño se encargó de reparar los estragos que habia hecho en mí el deseo de no aburrirme.

» Dormí, pero mi inquieta imaginacion trajo á mi vista un bellísimo cuadro. »

II.

Una jóven hermosa y cubierta de un largo velo negro salia, recatándose, de una casa de campo situada en la pendiente de una colina que dominaba un anchuroso valle.

Era de noche : el firmamento rociado de estrellas estaba sereno.

La luna, suavemente inclinada sobre un grupo

de nubes, difundia su claridad con una dulzura indefinible.

La campana de una ermita vecina anunció la hora de ánimas.

La jóven dió algunos pasos, se detuvo de pronto y fijó su mirada en un castillo que elevaba sus torres hácia el ocaso. Sus labios, apenas entreabiertos, exhalaron un hondo suspiro, y asomó á sus pupilas una lágrima.

Yo la ví y la seguí procurando ocultarme de sus ojos.

La jóven penetró en el santuario, dobló sus rodillas ante una imágen de la Vírgen y oró.

Una mujer jóven y hermosa, elevando sus tiernas súplicas á la Madre de los Ángeles, es una de las figuras mas bellas de la creacion.

Poco despues salió del templo.

Yo necesitaba escuchar su voz, cambiar con ella algunas frases, legar á su memoria algun recuerdo mio.

Mi acento la detuvo; me permitió acompañarla hasta su albergue y llenó mi alma con la esperanza de que nuestra separacion no seria eterna.

A la siguiente noche nos volvimos á ver, y entré

en su casa. Un venerable anciano, acostado en un lecho, parecia aguardar con la mayor resignacion el último momento de su vida.

Nos dirigió una mirada llena de tristeza y cariño.

La hermosa jóven le habia confiado nuestro encuentro, y el anciano, que temia dejar abandonada á su hija, creyó encontrar en mí un amigo, un hermano para ella.

Volví á verlos muchas veces.

Poco tiempo despues se agravó la enfermedad del pobre anciano.

Sentia llegar el último momento, y sus ojos preñados de lágrimas, y su pálido rostro, y su apagada voz, infundian á un tiempo compasion y tristeza.

La inocente jóven lloraba, iba á encontrarse sola, sin padre, sin hermano, sin un alma que viviera para la suya.

Por la primera vez la confesé mi amor, y los dos caimos al pié del lecho del anciano. Nos bendijo y espiró. . . . .

. . . .

Pasó un año. Abandonamos el campo y recorri–

mos las ciudades recibiendo grandiosas emociones, que aumentaban nuestro cariño.

¡Cuánta felicidad!

Mi corazon no era bastante para contenerla.

Yo amaba á aquella jóven con delirio... la estrechaba en mis brazos... sus ojos encendidos de amor cegaban los mios... los latidos de nuestros corazones, que palpitaban juntos, se multiplicaban y se engrandecian... apenas sentia la vida... una opresion horrible me debilitaba... mi voz se extinguia antes de resonar... me ahogaba. Desperté agitado por aquel éxtasis amoroso que destruia mi espíritu, y me hallé envuelto en una densa nube de humo, que oscurecia la luz de la bujía y que llenaba toda la habitacion.

Me levanté súbitamente, corrí hácia la ventana, la abrí de par en par, y poco despues, gracias á la ventilacion, logré ahuyentar el tufo, que me hubiera matado á no darle salida con tanta prontitud.

Poco á poco volví en mí; recordé las cartas de mi amigo, y comprendí, al hallar sus cenizas, que durante mi sueño habian caido en el fuego y producido el humo que habia comenzado á asfixiarme al perder para siempre mi encantadora aparicion.

Sin embargo, todavía se conservaba incólume la última de aquellas epístolas.

La recogí, me acerqué á la luz, y leí lo siguiente :

« Estoy desesperado, y solo la muerte bastará á consolarme.

» María, aquel ángel de pureza, aquella mujer que juró amarme eternamente, ha faltado á sus promesas, ha olvidado sus juramentos y me ha abandonado, sin excusarse por su conducta.

» Nuestro amor llegó á noticia de su familia, y esta se opuso á su realizacion, pero María prometió amarme y vencer los obstáculos.

» La creí y esperé.

» Hace tres meses que ha llegado á Sevilla un jóven de veinte años, sobrino de un ministro, empleado con veinte mil reales y dueño además de una inmensa fortuna; pues bien, la vió, se enamoró de ella, y anoche se casaron. ¿Lo oyes? ¡Se casaron!!! ¡Maldicion!. . maldicion!...

» Reniego de las mujeres y renuncio á la vida.

» Cuando recibas esta carta, habré dejado de existir, víctima del amor mas funesto del mundo...»

Al llegar á este punto, oí detrás de mí una carca-

jada, y al volverme pude reconocer á Federico, que habia venido á hacerme una visita, que como amigo íntimo no habia necesitado pedir permiso para entrar en mi cuarto, y que al verme leyendo y distraido se habia aproximado, reconocido el manuscrito que yo tenia delante, solemnizó su vida, á pesar de las protestas de su carta, con aquella carcajada que me anunció su presencia, y que me hizo tenderle los brazos con el mayor afecto.

Impresionado con la lectura de su última epístola, me figuré que le salvaba de la muerte; pero bien pronto sus palabras me hicieron descender de la altura á donde me habian llevado todos los acontecimientos de aquella noche.

Federico, el amante de María, el moderno Abelardo, vino á proponerme que formase parte de una sociedad de minas: me habló del estado en que se hallaban otras empresas; disertó sobre el plomo argentífero y los productos de las minas de azogue, se desesperó por el triste estado del bolsin, y me confesó que *su felicidad* dependia de una jugada de Bolsa que habia hecho, y cuya solucion estaba aplazada para el dia siguiente.

Cuando se separó de mí no pude menos de me-

ditar en su cambio de ideas. Ví la realidad y me acordé de la ventura de mi sueño, decidiéndome á dormir; pero instantáneamente recordé el peligro en que me habia hallado de perder la vida cuando tenia en mis brazos la felicidad; y me resigné á llamar á mi criado, á pedirle una cena abundante y á formar parte de la empresa minera.

Desde entonces creo en la dicha del que espera, del que padece resignado y del que no altera la paz de su conciencia con los pecados de que nos hace cómplices la sociedad.

Y desde entonces me encuentro mas contento con la vida, porque ella me concede lo que me negaria si se lo suplicase.

EL CALOR.

La humanidad, dentro de las formas sociales, necesita algo en que ocuparse para pasar el tiempo distraida.

Cuando es niña, este algo es un aro ó un volante, el corro ó la gallina ciega.

Cuando es jóven, varía el juguete de forma, pero no de fondo. El amor es el entretenimiento de la juventud.

Cuando ya ha recibido las primeras impresiones, cuando ya conoce el valor del dinero, cuando no ignora lo que son escrituras de venta y sabe á cómo están los precios del mercado, el entretenimiento que mas le agrada es la conversacion.

Figuraos lo que seríamos sin esta grán conquista de la voz, debida á la reproduccion de las palabras, y dad gracias á la Providencia porque os ha concedido la facultad de hablar y con ella la de expresar

todos los afectos de vuestra alma. Si viviérais condenados al silencio como los pobres mudos, vuestro tormento seria indescriptible.

Confesad al menos que la palabra, produciendo la conversacion, ahorra á la sociedad un doscientos por ciento de víctimas.

Allí donde no hay medios de persuadir, se emplea la accion violenta, y esta á su vez produce resultados fatales.

Con que queda convenido que la conversacion es una gran cosa, y por tanto de la mayor importancia y trascendencia.

No creemos necesario explicar las distintas clases de conversacion que hay en uso; cuando nosotros os dirigimos la palabra, no hacemos mas que entablar con vosotros una conversacion.

Como no es íntima, no es importante; pero ¿dejará por eso de interesaros?

Podria calificarse de frívola, pero ¿acaso la frivolidad, cuando es solo una máscara, no es una belleza mas que añadir á las innumerables que ostentais? ¿no es un nuevo encanto que seduce?

Ya veis que para nosotros, lo que casi todos miran como un defecto, es un atractivo.

Acoged con la misma benevolencia nuestra conversacion, y si os parece frívola, pensad como nosotros de la frivolidad, para que de este modo estrechemos mas y mas los lazos que nos unen.

Decíamos al principio de estas líneas, que conversando se pasa el tiempo y se recrea el ánimo.

Hace cuatro ó seis dias que el termómetro de Reaumur marcaba 34 grados. ¿Y era este suficiente motivo para ponerse de mal humor? Considerado físicamente sí, moralmente no.

Era un pretexto para hablar, un recurso para sostener la conversacion.

¡Cuántos matrimonios se han consumado á causa de la influencia de las estaciones!

Hé aquí un ejemplo.

Una mamá, acompañada de su hija, baja al Prado en una noche calurosa. La hija es bella, y por poco dinero en la actual estacion se la puede añadir la belleza de un traje de varés aéreo y vaporoso.

Las dos se sientan, y á su lado hay un jóven que dos horas antes ha pronunciado entre hombres un discurso terrorífico contra el matrimonio.

Pasa una aguadora.

— Agua fresca, agua y azucarillos.

— ¡Eh! aguadora, venga Vd. acá. ¡Uf! hace un calor insoportable, dice la mamá tomando un vaso de agua y un esponjado, y volviéndose á su vecino, añade como una muestra de su finura :

— ¿Gusta Vd., caballero?

— Tantas gracias, señora : el agua fria no es lo mejor en este tiempo.

— ¿Cómo que no?

— Lo que Vd. oye; he leido en un periódico que es muy perjudicial.

— Yo tambien lo he leido en el *Conciliador,* añade la niña.

— ¿Están Vds. suscritas á ese periódico?

— Nosotras, sí. ¿Y Vd.?

— Yo tambien.

— ¡Qué casualidad! y ¿dice Vd. que es mala el agua fria?...

— Yo la respeto mucho.

— Y yo, dice la niña encontrando simpático á su adlátere.

Una vez empezada la conversacion, hablan del mismo tema y recorren las aguas de todos los países, hasta llegar á las aguas minerales. Continúan disertando sobre las casas de baños de Europa, y,

de uno en otro motivo, vienen á ocuparse de las ventajas que trae á un hombre el tener una esposa que le cuide. Sin que uno quiera, cae en este lazo que le tiende la mujer; pero con tal ingenio, con tal donosura, que es preciso agradecerla una conversacion siempre peligrosa para el hombre.

Por último la madre le pregunta :

— ¿Es Vd. casado?

— ¡Ay! no, señora, no lo soy, y creo que seria mi mayor felicidad el tener una esposa.

— Pues no es difícil encontrarla.

— Qué quiere Vd., yo soy muy exigente.

La madre presenta con tristísimos colores la vida del hombre soltero; hace la apología de Picon, á quien todas las mujeres profesan un afecto sin límites desde que en su *Solteron* ha hecho ver los inconvenientes del celibato, y el jóven que poco tiempo antes hablaba mal del matrimonio, seducido por la lógica de su interlocutora, se despide de ellas preguntándolas si volverán á la noche siguiente, y diciendo una flor á la niña, que á su vez le paga con una mirada cariñosa.

Vuelven á verse varias noches, y cuando la madre quiere recordar es tarde, los muchachos se

aman. Da la casualidad de que él es un buen partido y ella una muchacha virtuosa, y una conversacion empezada por un vaso de agua concluye por una bendicion nupcial.

Ved una fase buena del calor; y no creais que es una hipótesis lo que os acabamos de referir, porque es un hecho consumado recientemente.

Nada mas natural: los mas trascendentales acontecimientos de la vida han sido motivados por la conversacion; y esta toma su orígen de todas partes.

Los cuatro elementos son su mayor recurso.

No sabemos si despues de estas observaciones os parecerá menos cruel el calor: por nuestra parte, al hacéroslo grato, hemos tratado de reconciliaros y reconciliarnos con él.

HISTORIAS Y ANÉCDOTAS.

UNA MUJER COMO POCAS.

La baronesa de R., á quien toda la elegante sociedad de Madrid conoce y admira como una de las mujeres mas espirituales y bellas, acaba de hacer una obra de caridad, valiéndose para ello de un medio ingeniosísimo.

Figuraos que durante el invierno la ha perseguido en todos los salones uno de esos pollos que, cansados del amor, solo buscan, por lo que tiene de arriesgado, la amistad íntima de una mujer casada. La baronesa, que reune á su belleza una virtud digna de la mayor veneracion, y que ama á su marido con toda su alma, quiso dar una leccion de moral á su perseguidor, y se la ha dado en toda regla.

— Baronesa, dijo el almibarado doncel, Vd. se va á marchar á baños, y necesito antes que Vd. me otorgue una entrevista. Del resultado de ella de-

pende que yo sea el mas feliz de los mortales, en cuyo caso iré á donde Vd. vaya, ó el mas desgraciado, en cuyo caso tomaré el camino de París para arrojarme al Sena, porque seria de mal tono ahogarme en el Manzanares. Respóndame Vd.; ¿puedo aguardar, ó no?...

— ¡Qué malo es Vd., Federico! respondió la baronesa con un aire de coquetería fingido, capaz de hacer creer al mas acostumbrado que estaba á punto de ser vencida; ¡qué malo es Vd.! ¡Tratar de verme para declararme su amor por la milésima vez! No sé si debo; pero en fin, puesto que Vd. se empeña, tome Vd. esta tarjeta y vaya Vd. mañana á las doce del dia al lugar que indican esas señas. Allí estaré yo, y si no puedo ir recibirá Vd. una carta mia confesándole mis sentimientos.

La baronesa se alejó, y Federico, ebrio de gozo, corrió al dia siguiente al lugar de la cita.

La casa era de pobre aspecto, y el cuarto que indicaba era muy alto.

— ¡Qué prevision la suya! dijo el jóven mientras subia todo sofocado; ¡quién puede imaginar que ella está aquí!

Llegó, llamó, y una anciana mujer abrió la

puerta. Detrás no habia mas que una sola habitacion miserable y en un lecho una jóven enferma. Federico se conmovió ante aquel cuadro: la anciana le entregó una carta; en ella habia estos renglones:

« Para que pueda perdonar á Vd. la ofensa que me ha hecho declarándome un amor censurable, necesito que se purifique Vd. á mis ojos. Su corazon de Vd. es bueno, y solo una imitada fatuidad puede inclinarle al mal. La caridad, que no es sin embargo una penitencia, es el medio que propongo á Vd. para alcanzar mi amistad. Esta pobre jóven necesita los auxilios de un alma caritativa para restablecerse. Adios: en este momento salgo con mi esposo para Biarritz. A mi vuelta sabré si es Vd. digno de que me llame su amiga...

» La Baronesa. »

Federico comprendió la leccion, se avergonzó, y anteayer ha salido para los baños de Trillo la pobre jóven enferma.

Confesad que estas lecciones, dadas por la virtud en beneficio de la caridad, hacen la apología de la mujer.

*
* *

En uno de nuestros anteriores artículos hemos dicho que el hombre amaba pocas veces, pero mucho; que la mujer amaba muchas, pero poco.

Despues de haber publicado como un axioma esta opinion, nos hemos arrepentido.

La mujer que ama, ama muchísimo.

La que ama muchas veces no es mujer, es coqueta.

Esta aclaracion, que hacemos con el mayor placer, era en nosotros un deber de conciencia. De hoy mas, cuando hablemos de la mujer será para enaltecerla, porque ya tendremos cuidado de separarla de cuantas, perteneciendo á su sexo, no puedan llevar este título, que es para nosotros emblema de amor y de virtud.

Despues de este preámbulo, vamos á referiros otro rasgo de la baronesa de R., á quien ya conoceis por la leccion que dió á su constante perseguidor, á su sombra del invierno pasado, y de quien podemos decir que es una de las mujeres que mas honor dan á su sexo.

A su buen corazon reune un talento superior y una aficion inmensa á la pintura. Su esposo, que la adora, la da gusto y satisface sus mas leves caprichos; así es que la coleccion de cuadros que posee la baronesa, es una de las mas notables de Madrid.

No contenta con haber cambiado sus billetes de banco por las obras de muchos jóvenes artistas, ha hecho recientemente una nueva obra de caridad, al mismo tiempo que ha conquistado para España un pintor que será con el tiempo nuestro orgullo.

Una mañana de primavera salió de su palacio y llegó en coche hasta las puertas del Retiro. Allí descendió del carruaje, para pasear por las extensas alamedas de este delicioso jardin, y en uno de los bancos de piedra vió un jóven, pobremente vestido, que tenia en las manos una especie de álbum, en el que dibujaba.

Mas adelante halló á un mendigo, en cuyas manos depositó una moneda de plata.

No sabemos cómo el jóven dibujante podria averiguar el nombre de aquella dama caritativa, pero lo cierto es que seis dias despues se presentó en su casa, pidiéndola permiso para verla.

Un lacayo le condujo á la habitacion en donde estaba.

— Señora, dijo el jóven, perdóneme Vd. si me he atrevido á molestar por un instante su atencion, pero he deseado ofrecer á Vd. uno de mis primeros trabajos.

La baronesa recibió de sus manos una lámina. En ella aparecia admirablemente copiada la figura de la aristocrática señora que dió al pobre una limosna en el Retiro. Ella en primer término, y á su lado el pordiosero, formaban un cuadro conmovedor.

La baronesa recordó entonces al jóven que habia hallado en su paseo.

— Este regalo tan precioso que acaba Vd. de hacerme, le dijo, lo acepto con placer, pero no se lo pago á Vd. mas que con mi amistad. La finura, la delicadeza, el talento que representa, no se puede pagar con algunos billetes de banco.

— Ha adivinado Vd. mis deseos, señora; gracias, gracias.

La baronesa lo presentó á su marido, y hoy el jóven artista, pensionado por el baron, á ruegos de su esposa, recorre los pintorescos valles de la Suiza

y Alemania, reproduciendo aquellas preciosas vistas para enriquecer el museo de la baronesa.

Algun dia os diremos el nombre de este afortunado pintor.

Hoy solo tenemos elogios para su protectora de qué siempre que da una leccion, consigue hacer con ella un beneficio.

*
* *

La señorita M... me refirió una noche lo que voy á deciros.

Una de sus amigas de colegio se enamoró de un jóven que era muy digno de su amor, pero á quien nada, al parecer, logró inspirar.

Ella espiaba los pasos de él, pero él ni tan siquiera reparaba en ella.

La niña sintió esa melancolía que produce en el alma un deseo que tarda en realizarse, y para consolar su pena, iba todas las mañanas con su doncella á una iglesia vecina de su casa, y allí rezaba con la mayor fe del mundo, ¿á quién diréis? No es difícil adivinarlo. Una niña enferma de amor pide consuelo á santa Rita, protectora de todos los que aman.

— Pero ¿qué tendrá esta muchacha? decia á todas horas su bondadosa madre. ¿Qué tienes, hija mia, que estás tan triste y rezas tanto?

La niña amaba á su madre y la confió su secreto.

Pocos dias despues se celebró en la iglesia de los Italianos la solemne funcion que varios jóvenes congregantes dedican á la santa bendita, y la niña acudió á la funcion.

Estaba tan hermosa orando, que todas las miradas se fijaron en ella.

A su lado se hallaba por casualidad el objeto de su cariño : sorprendió en su rostro los destellos de su alma purísima, y la Santa, apiadada de su devota, comenzó á realizar su esperanza.

Un mes pasó, y la jóven, acompañada de su madre, entró un dia en la platería de Pizzala y encargó un precioso collar de perlas. A poco de salir madre é hija, entró un jóven en la misma joyería y encargó un aderezo de brillantes.

Cuando estuvieron concluidos, el primero fué colocado en el cuello de la Santa, y la jóven cumplió una promesa que la habia hecho, y el segundo se lo regaló su marido, realizando sus mas vivos deseos.

Santa Rita habia hecho felices á dos almas virtuosas.

*
* *

Una señorita, muy estimada en las provincias Vascongadas, hizo un viaje á Madrid y consiguió muy pronto llamar la atencion de la alta sociedad por su privilegiada belleza.

A los cuatro dias de su llegada fué á la primera representacion de *el Saltimbanco*, á la fila tercera de butacas; allí logró tambien ser admirada como en todas partes. Pero no es de ella de quien deseo hablaros, sino de un jóven diplomático que, desesperado de no encontrar butaca para la primera representacion de la ópera de Paccini, iba á marcharse, cuando un revendedor le ofreció la localidad apetecida.

El jóven entró en el teatro, miró su número, y vió que tenia su asiento á la fila tercera — junto á la jóven vascongada.

Al verse el diplomático y la recien venida, el carmin encendió sus mejillas. Se reconocieron, porque no habian podido olvidarse desde hacia dos años, que en las riberas del Rhin, á donde ella habia ido

á pasar un verano, y en donde él desempeñaba un cargo diplomático, habian comprendido los misterios del amor, amándose con toda su alma.

Un incidente inesperado rompió sus relaciones, y en dos años no se habian vuelto á ver.

La novedad del encuentro, el Teatro Real, las melodías de Paccini, la belleza de ella, la posicion brillante de él, todo contribuyó á reunir de nuevo sus corazones.

Al dia siguiente pidió el novio á la novia, y recibieron la bendicion nupcial ocho dias despues, á los diez dias de la llegada de la jóven.

Ninguna como ella puede decir, volviendo por pasiva las célebres palabras de César :

« Llegué... me vieron... y me vencieron. »

*
* *

Todos los dias aparecen nuevas poetisas.

Esto me recuerda un chiste del inolvidable Nicasio Gallego.

Una señora le presentó una novela, obra suya y titulada el *Hilo del Destino*, para que la juzgase.

— ¿Qué le parece á Vd. mi libro, señor Don Juan? le preguntó la novelista

— Señora, me parece, la contestó con la mayor seriedad, que en vez de hacer el *Hilo del Destino,* debia Vd. saber el *destino del hilo.*

*
* *

Dos hombres disputaban sobre las excelencias del sol y de la luna.

El que opinaba en favor de esta, fundaba su superioridad en que al menos era útil.

— La luna, decia, sale cuando hace falta, para alumbrar de noche; mientras que el sol solo aparece durante el dia, que es cuando justamente no son precisos sus fulgores.

Al oir esta opinion, no pudo menos de reirse un provinciano.

— ¡Qué candidez! exclamó; ¡como si el sol no estuviese á todas horas en el zenit!

— ¡Qué me cuenta Vd.! le dijo uno que le escuchaba; ¿y en qué consiste que por la noche no se le ve?

— ¿En que ha de consistir? en qué las noches son oscuras.

*
* *

Dos escritores españoles, afiliados á la prensa científica, sostenian una polémica muy acalorada.

Tan incansables uno y otro, tan encarnizados en la arena periodística, como buenos amigos en la vida social, redoblaban sus argumentos, y su controversia parecia ser interminable.

Uno de ellos, el que representaba en la cuestion los intereses de la juventud, habia alcanzado ya gran parte de la victoria, cuando su contrincante ideó un ingenioso medio de vencerle.

El primero era estudioso, no frecuentaba la sociedad, vivia retirado y entregado á los libros, tenia grandes ventajas sobre su adversario; pero este no queria sucumbir, y sus brazos se iban debilitando, y sus armas se gastaban por momentos.

¿Qué hizo entonces? Una tarde encontró en paseo á su rival y discutieron como periodistas, pero como amigos; le invitó á que asistiera en su compañía á una brillante reunion que dos dias despues debia tener lugar.

Resistióse nuestro hombre, pero poco fuerte en

la lucha social, comenzó á ser vencido, y aceptó.

Fué presentado á la reunion y particularmente á una jóven de veinte años, de ojos azules, de completa hermosura y de un talento nada vulgar.

Antes de conocerle personalmente, la habian hablado de su mérito. Su rival habia hecho de él los mayores elogios.

¿Qué resultó de esto?

No es difícil adivinarlo. Salió por un instante del mundo de la ciencia, halló muy grato el mundo del amor, y amó á los veintiocho años por la primera vez.

Tardó en ser correspondido, y los obstáculos le empeñaron mas en su nueva lucha amorosa.

Entretanto continuaba la polémica científica, y su enemigo le asestaba terribles golpes, á los que apenas podia contestar por falta de tiempo.

Hubo semanas en las que no cogió ni un solo libro. Dos meses despues, hasta dejó pasar sin verlos los artículos que en contra de sus ideas escribia y publicaba su antagonista.

La polémica cesó, y aunque sin razon, que preciso es confesarlo, la perdió el jóven enamorado,

pero á los pocos dias pudo llamarse esposo de la mujer que amaba.

Entre los convidados á su boda se halló su vencedor.

— Amigo mio, le dijo, he tenido el gusto de vencer á Vd. dos veces, haciéndole esclavo del amor, y logrando apagar su entusiasmo científico; pero estoy seguro de que me agradece Vd. la victoria.

El jóven estrechó su mano con reconocimiento.

— Vd. ha vencido, le dijo, y yo he ganado.

Si este sistema se pone en uso para ganar en toda clase de polémicas, desde luego abro discusion sobre todos los puntos que se me propongan, y anuncio de antemano que me gustará ser derrotado.

*
* *

No recuerdo dónde he oido la siguiente anécdota.

Un jóven escribió un libro, y deseando imprimirle, preguntó á un literato :

— ¿Cuántos ejemplares debo tirar?

La respuesta fué muy láconica.

— Con tirar el original, le contestó, tendrá Vd. bastante.

*

* *

Salieron de una *soirée* de verano dos jóvenes, de esos que poseen frac negro y guantes blancos, pero á costa de un eclipse total de bolsa.

Ninguno de los dos llevaba un solo maravedí, y ambos deseaban por lo menos una modesta jícara de chocolate.

— Vamos al Suizo, dijo uno de ellos.

— Vamos y cenaremos.

Entraron en la pastelería, y Mayer les sirvió chocolate.

Despues de haberlo tomado, el mas listo de los dos, que habia fingido distraerse, se volvió de pronto y dijo á su compañero :

— Hombre, ¿qué es lo que ha hecho Vd.? eso es tratarme con cumplido.

— Yo...

— En fin pase por hoy, pero otra vez me ha de dejar Vd. pagar.

Un instante despues, pretextando una cita amorosa, se despidió de su anfitrion *malgré lui*, quien

tuvo que apelar á la generosidad del mozo del café para poder ir á su casa.

Todavía no se le ha quitado el asombro que le causó la desvergüenza de su compañero de cena y de bolsillo.

*

* *

En una aldea de España vivia un matrimonio rico á fuerza de ahorrar con veinte años de méritos, y dos hijas, de diez y nueve abriles la primera y de diez y ocho la segunda.

Esto no tiene nada de particular, pero lo extraordinario es que la primera de las dos hijas, contrariada en sus amores con un jóven de escasa posicion, muriera de pesar, como las últimas flores del estío al soplo de las brisas del otoño.

El sentimiento de sus padres fué inmenso, y se prometieron dar gusto á la segunda si por acaso llegaba á verse en el estado de la primera; aunque pedian á Dios que nunca sucediese. Pero aconteció á su pesar, y diez y ocho años se enamoran perdidamente de veinticuatro, empleados en la lectura de las novelas d'Arlincourt, ricos de poesía, pobres de vil moneda.

Los padres se oponen; pero la niña empieza á enfermar, y los padres consienten.

El novio pide á la novia, se la otorgan, todo favorece á su amor; y en medio de tanta fortuna, solo echan de menos que no los persiga la desgracia.

Un amor sin oposicion es indigno de sus románticas ideas, es vulgar y no pueden consentirlo.

— Tus padres acceden á nuestra union, la dice él, pero esto mata toda la poesía de nuestro amor.

— ¿Y qué hacer? pregunta ella.

— Una vez que no ponen resistencia á nuestro enlace, yo debo arrebatarte de su lado.

La consecuencia no era muy lógica, pero ella accedió, y al dia siguiente envió á su padre una carta dictada por su novio y concebida en estos términos:

«Papá: Su consentimiento de Vd. para mi enlace es una tiranía que Vd. ejerce en nuestras almas. Nosotros no nos amamos como todo el mundo, nos amamos mas y deseamos dificultades que vencer. Vd. no nos proporciona este gusto, y nosotros lo

hemos supuesto. Cuando reciba Vd. esta carta habré abandonado el hogar paterno. Perdóneme Vd. y bendiga á su desgraciada hija,

» ARTEMISA (nacida PASCUALA). »

Al instante se despacharon propios en todas direcciones para detener á los fugitivos. El padre se dirigió tambien en su busca, y él fué quien tuvo la suerte de encontrarlos.

¡ Cuál seria su sorpresa al hallarlos á media legua de su pueblo, en una carreta tirada por dos bueyes, único carruaje que encontró el novio para llevar á cabo el rapto de su amada !

— ¿ Qué haceis, hijos ingratos ? les dijo el padre al verlos.

— Perdon, señor ! exclamaron los dos cayendo de rodillas á sus piés.

Interrogado el novio acerca de su extraña determinacion, confesó que aquella misma madrugada habian recibido la bendicion nupcial y que se dirigian al extranjero para pasar allí los venturosos dias de su luna de miel.

Nosotros creemos que al paso que llevaban se les

habria acabado la luna algunos años antes de cruzar la frontera.

*

* *

Hallábanse en la mesa de un café un caballero de alguna edad y dos jóvenes oficiales. Estos últimos hablaban de su porvenir, y uno de ellos dijo al otro :

— Chico, tendria una satisfaccion en que me enviaran al Norte de España.

La casualidad hizo que diez minutos despues tropezase el oficial con el pié del caballero, el cual le apostrofó de una manera inconveniente por el pisoton que habia sufrido.

El oficial se exasperó, y despues de un serio altercado cambiaron sus tarjetas.

Al dia siguiente, cuando el caballero se habia olvidado de la escena del dia anterior, se encontró con la visita de dos compañeros del ofendido que venian á pedirle en su nombre *una satisfaccion.*

¿Cómo negarse á darla? ¿Cómo arriesgar la vida por un motivo tan pueril?

— Se la daré, contestó á los padrinos : dentro de media hora estaré á sus órdenes.

Inmediatamente salió de su casa, puso en juego sus relaciones, y veinte minutos despues escribió al oficial lo siguiente :

« Vd. ha querido que yo le dé *una satisfaccion*, y se la mando adjunta. Soy de Vd. afectisimo, etc. »

El documento á que aludia, era un oficio destinándole á un regimiento de guarnicion en el Norte de España.

El oficial le dió las gracias, y quedó *satisfecho*.

*
* *

Zabalza, el pianista mimado de la escogida sociedad de Madrid, y un pianista ruso sostuvieron un dia una acalorada lid delante de un numeroso auditorio.

Los dos ejecutaban con maestría las piezas mas difíciles y ninguno ganaba, cuando sentándose al piano el músico español ejecutó con solo la mano izquierda una fantasía que dejó admirados á los asistentes.

Aquella prueba los puso á sú favor.

— Me ha vencido, exclamó el pianista ruso, pero eso no tiene nada de particular. Zabalza carece de mano izquierda : sus dos manos son derechas.

*
* *

Un tutor habia descubierto en su pupila una voz asombrosa acompañada de un talento nada vulgar, y queriéndose aprovechar de estas brillantes dotes, él que conocia el arte, la separó del mundo encerrándola entre cuatro paredes en un cuarto piso de una calle muy retirada.

Nadie podia verla mas que su tutor y su maestro, que, como saben mis lectores, eran una misma persona.

Pasaron dos años y la jóven llegó á los diez y ocho, recibiendo cada dia los mas preciosos atractivos que ofrece la belleza á sus favorecidas.

No deseaba nada que pudiera explicarse, pero su encierro la aburria. El tutor, que no habia hecho buen uso de sus derechos como tal, soñaba en los millones que una vida de ahorros puede dar á una artista; pero aun cuando esperaba de su bella pupila estas pingües ganancias, no procuraba darla

gusto, haciendo con ella lo que el *celoso extremeño* de Cervantes con su cara mitad.

Un dia sin embargo salió el tutor de casa muy temprano. La criada era nueva.

A poco llama un jóven á la puerta, la doméstica abre y le lleva á la sala.

Antes de entrar se detiene.

Una voz dulcísima resuena allí, y el jóven permanece arrobado escuchándola.

La doméstica interrumpe el canto, abre la puerta, entra el jóven, se admira al contemplar á la hermosa pupila, y á todo esto sucede una escena de excusas.

El jóven se habia equivocado de cuarto, pero no salió de su equivocacion hasta que la criada anunció á su señorita que el amo habia aparecido en la esquina de la calle.

Ocho dias despues fué depositada la pupila en casa de la marquesa *, protectora del jóven equivocado, que es un artista distinguido y que, enlazándose con la pupila, fué un desengaño para el tutor y una esperanza de felicidad para su esposa.

*
* *

Hé aquí una escena ocurrida al aire libre entre un gallego, mozo de cordel y una paisana suya, criada de servicio.

— Pues sí, muchachu, decia la segunda al primero : tengu tal aficion á bailar, que dejaria el cumer pur darme gustu.

— Comu yu te cugiera pur mi cuenta, ya te cansarias ya, la dijo su paisano.

— Nun lu creas : yu he bailadu toda una noche desupues de haber andadu cuatru leguas.

— Pero cun todu, nun me ganas, ni eres capaz de hacer las mudanzas que yu.

— A que sí.

— A que nun.

En estos dimes y diretes se quedaron cuando yo, que los habia escuchado, los dejé convencido de que el mozo de cordel haria mas *mudanzas* que su paisana.

Reparen mis lectores, como tambien se hacen equívocos en las esquinas.

*
* *

Todos los dias nos lamentamos de la falta de buenos actores que se nota en la escena, y sin embargo abundan en las calles, en los cafés y en los paseos.

Hallándome en un café, se me acercó un muchacho á pedirme limosna.

Su frase, ahogada por un bostezo de esos que significan necesidad, me descubrió grandes disposiciones artísticas en el infantil pordiosero.

Por su desgracia no pudo realizar sus deseos.

Descubrí la falsificacion, y al advertírselo exclamó con el mayor desenfado:

— Toma, esta vez se ha conocido porque lo he hecho mal. ¿A que ahora no se conoce?

Repitió su demanda de limosna en la nueva forma de que he hablado, y efectivamente me dió pruebas de ser maestro en el arte de fingir.

Pero sus pocos años le hicieron traicion, y en vez de inspirar caridad solo despertó en mí desprecio y lástima.

¿Qué opinan mis lectores de muchos de los po-

bres de Madrid que se asemejan al confeccionador de bostezos?

Estoy seguro de que al pensar en ellos, consagrais un recuerdo á las autoridades, que tan descuidado tiene á esos industriales de la caridad.

*
* *

En un corro de gente, puso un pintor que acababa de salir de su *taller* para ver lo que todos veian, su sucia mano sobre el codo de un elegante que se hallaba á su lado.

— Caballero, le dijo este, mire Vd. que mi codo no es *rodilla.*

Este equívoco hizo alejarse al pintor avergonzado.

*
* *

Para concluir, os contaré lo que ocurrió á un jóven de una aldea de Castilla que fué á Madrid á pasar unos dias.

Su padre, que era rico, le dió el dinero necesario para el viaje y le aseguró que en la corte podria

pedir cuanto le hiciese falta á su corresponsal, que tenia *casa abierta.*

Le dió las señas de este, la bendicion paternal, y lo puso en camino.

Llegó, y á poco tiempo se vió en la precision de visitar al corresponsal de su padre, pero halló la puerta de la casa cerrada, y viendo que sus monedas se acababan, tomó la diligencia y volvió á su país.

— ¿Cómo es que te has venido? le preguntó su padre.

— Porque me iba quedando sin dinero y no hay tal *casa abierta,* en donde Vd. me dijo que me lo darian. Con que así facilíteme Vd. algunos cuartos, y volveré á Madrid.

Falta le hace volver para domesticarse.

POESÍAS Y BALADAS.

PLEGARIA.

Señor, á tu acento la mar se enfurece,
El sol oscurece su ardiente fulgor,
El trueno retumba, el ábrego brama,
Del lampo la llama difunde terror.
Piedad para el pobre marino que cruza
Las ondas del mar,
Que espera su madre tenderle los brazos.
Señor, ten piedad.

El cielo se cubre de negros crespones,
Tan solo oraciones se escuchan do quier;
Revuelcan las olas el frágil navío:
Tú solo, Dios mio, las puedes vencer.
Piedad para el triste que busca su patria
Cruzando la mar;
En ella su esposa, sus hijos le esperan.
Señor, ten piedad.

El ay! del que espira se apaga en el viento;
De mando el acento no es mas que un rumor.
La ruina es segura, la nave perece,
La muerte aparece sembrando el dolor;
Castiga al malvado, mas ¡ay del que llora
Su triste orfandad!
Del alma que cifra su bien en otra alma,
Señor, ten piedad.

Señor, ya sus iras las olas refrenan,
Los vientos resuenan en otro confin,
El iris extiende sus bellos colores,
El sol sus fulgores comienza á lucir.
Calmó la tormenta: tu nombre bendito
Saludan, Señor,
El hijo, la madre, la esposa, el amante
Con férvido amor.

MELANCOLIA.

Ondas del lago, que en la blanca arena
Morís gimiendo vuestro amor perdido,
Suave murmullo que en el bosque suena
Como el eco de un pecho dolorido,
Himno de amor que ensaya Filomena
De la arboleda en el hervoso nido;
Si es triste vuestra dulce melodía,
Mayor tristeza siente el alma mia.

La flor con su perfume y galanura,
El valle con sus claros arroyuelos,
La hermosa reina de la noche oscura,
Los brillantes del manto de los cielos,
El prado con su pompa y galanura,
De la aurora gentil los albos velos,
De la tarde la mágica belleza
Bañan mi alma en mares de tristeza.

¡Ah! ¿porqué sus encantos no me ofrecen
Ni el campo, ni las aves, ni las flores?
¿Porqué las esperanzas no adormecen
Del corazon herido los dolores?
¿Porqué en mis tristes sueños no aparecen
Vírgenes á brindarme sus amores?
¿Porqué, porqué si sufro tanto,
No hay quien enjugue mi copioso llanto?

Será que el que nació con ansia ardiente
De amar y ser amado con delirio,
Solo ha de hallar tras de su afan ardiente,
Donde soñó placer, hondo martirio.
Tendrá que vivir eternamente
Como en el valle solitario lirio,
Que nace y vive y muere abandonado
Sin haber una lágrima arrancado.

¿Quién como yo, en su hermosa primavera,
Libre dejó la ardiente fantasía
Pasar los bordes de la humana esfera,
Poblar de seres la region vacía?
¿Quién como yo del aura pasajera
Comprendió la apacible melodía

De las ondas tranquilas el murmullo
Y de la ausente tórtola el arrullo?

¿Quién como yo, del sol de la mañana
Los rayos al sentir, alzó la frente,
Tendió al espacio la mirada ufana,
Y hermosa aparicion forjó en su mente?
¡Ay! aquella ilusion, rosa temprana,
Al primer beso de la brisa ardiente
Se marchitó al nacer entre las flores,
Robándome el amor de mis amores.

Y si tanto soñé, si fuego tanto
Ardió en mi corazon, ¿porqué, afligido,
Alivio busco á mi funesto llanto
En este valle de dolor perdido?
¿Porqué si penas en mi lira canto,
Nadie responde al mísero gemido
Que lleva el viento en su fugaz carrera?
¡Ay! ¡cuán dichoso con amor viviera!

Amor, prisma de mágicos colores,
Que al niño corazon por un momento
Ofreces tus encantos seductores
Para aumentar mas tarde su tormento,

No me fascinan ya tus resplandores,
Aunque tu ausencia con delirio siento;
Que si hoy mis ilusiones arrebatas,
Con falso halago al que adormeces matas.

No, no, sombras quiméricas que un dia
Ánimo al corazon dísteis traidoras,
No ya, no alucinais mi fantasía
Con vuestras falsas risas seductoras.
Hoy hácia el infinito el alma mia
Tiende su vuelo y ve cruzar las horas
Del cielo con la mágica belleza;
Sí, mi amor y mi bien, dulce tristeza.

LOS ANGELES.

I.

La niña que jura
Su amor á un amante,
Y aunque él la abandone,
No cesa de amarle
Y anhela su dicha,
No es niña, es un ángel.

II.

La niña que sirve
De apoyo á su padre,
Que guia sus pasos
Y endulza sus males,
Que vive contenta,
No es niña, es un ángel.

III.

La niña que al pobre
Consuelos reparte,
Que vela al enfermo,
Que á todos bien hace,
Que llora si lloran,
No es niña, es un ángel.

IV.

La niña inocente
Que vive en el valle,
Y al pié de una losa
Que guarda á su padre
Sus lágrimas vierte,
No es niña, es un ángel.

V.

La niña á quien amo,
De célica imágen,
De blondos cabellos,

De labios corales,
La de ojos de cielo,
No es niña, es un ángel.

POR COMPASION.

BALADA.

— Madre, yo no quiero
Ir á misa sola,
Porque hay un mancebo
Que á la puerta ronda
Y al pasar me dice :
« Niña, niña hermosa,
Bien hayan tus ojos,
Bien haya tu boca;
¿Quién, al contemplarte,
Díme, no te adora? »
Y el rubor la cara
Me la pone roja.

— Madre, madre mia,
No me dejes sola,
Porque hay un mancebo
Que viene á la choza

Y al llegar me dice :
« Niña, niña hermosa,
Bien hayan tus ojos,
Bien haya tu boca;
¿Quién, al contemplarte,
Díme, no te adora? »
Y el rubor la cara
Me la pone roja.

— Madre, madre mia,
La angustia me ahoga
Porque me dejaste
Ir á misa sola,
Porque abandonada
Dejaste la choza,
Que el tierno mancebo
Viniera en mal hora,
Y al verme me dijo :
« Abre, niña hermosa,
Ábreme las puertas;
Te hablaré de historias,
De amorosos lazos
Con que el alma goza. »

— ¿Y le abriste?

— ¡Ay! madre,
¿Qué hacer del que implora
Si matarse jura?
— ¡Cándida paloma!
— Le entregué mi alma.
— ¡Ay hija!
— En mal hora
Me dejaste, madre,
Ir á misa sola.

NUESTRA ESPERANZA.

BALADA.

La inocente Rosalía,
Gentil y bella aldeana,
Entre sus manos tenia
Una rosa, con que ufana
Engalanarse queria.

Pero al mirar su hermosura,
Dulce emblema de su amor,
Cruzó por su mente pura
Esa ráfaga que augura
Al que es feliz el dolor.

La flor suavísima esencia
En torno suyo exhalaba,
Pura como su inocencia;
Mas á alejar no bastaba
Sus dudas y su impaciencia.

¿Qué hacer en tanta congoja
Sino á la flor preguntar?
Ella que en su postrer hoja
Puede el misterio aclarar
Que á su corazon enoja.

La niña saber ansiaba
Si venturosa seria,
Y hoja por hoja arrancaba:
Una que sí le decia,
Otra su dicha negaba.

Cuando sin hojas quedó,
Supo que al fin venturosa
Seria — mas ¡ ay ! lloró
Porque deshojó la rosa
En que su encanto cifró.

Así todos deshojamos
La flor de nuestra existencia;
Como ciegos caminamos,
Y en el porvenir buscamos
Alivio á nuestra impaciencia.

Y cuando marchito vemos
Nuestro triste corazon,
Es ¡ay! cuando comprendemos
Que una ventura perdemos
En cada muerta ilusion.

La inocente Rosalía
Lloraba la triste suerte
De la flor, y aunque sufria,
Una esperanza tenia.....
Nuestra esperanza es la muerte.

LA NEVADA.

Cae la nieve en blancos copos,
La bruma entolda el espacio,
Las verdes ramas blanquean,
El huracan silba airado.

Holmann, el hijo de Rudeus,
Cruza el valle en su caballo,
En su Fralik valeroso,
Aun mas ligero que el lampo.

Hay una cruz en el valle,
Triste cruz de hierro y mármol;
Desde allí ve la cabaña
De sus infantiles años.

Su padre, su noble padre,
Que camina hácia su ocaso,

Se encuentra en grave peligro
Y se apresura á salvarlo.

« Ánimo, caballo mio;
Corramos, Fralik, corramos;
Un esfuerzo mas, que llevas
La dulce paz al anciano. »

El frio hiela su sangre,
Su acento se va apagando;
Apenas ganan terreno...
« Corramos, Fralik, corramos. »

El caballo se detiene
La negra crin erizando :
Holmann moribundo cae,
Cárdenos están sus labios.

« ¡ Padre mio, padre mio !
No puedo mas, no te salvo;
Muero sin verte... — y sus ojos
Le saltaban de los párpados.

¡ Pobre Fralik ! raudo el viento
Le azota cruel, en tanto

Que con su aliento quisiera
Volver la vida á su amo.

¡Pobre Holmann! yerto en la nieve
Sucumbe, y el pobre anciano
Le espera como á la aurora
El peregrino en el campo.

¡Ay! Rudeus, nada te queda,
Cierra los amantes brazos;
Si quieres ver á tu hijo,
Camina al cielo á buscarlo.

LA NIÑA ENFERMA.

BALADA.

— Dí, madre, ¿porqué la flor
Que hoy nace pura y lozana,
Al amanecer mañana
Perderá aroma y color?

— Hija mia, el alto Ser,
A quien adoras rendida,
Los misterios de la vida
No nos deja comprender.

Hoy vives, pero mañana
Puedes, hija de mi amor,
Perder la vida, el color
Como la rosa temprana.

— ¿Y el alma que siento en mí?
— Es de la flor el perfume.

— ¿El viento lo lleva?
— Sí,
Pero jamás lo consume.

Muere la flor, y su esencia
Del mortal para consuelo
Huye como la existencia
A su patria, que es cielo.

— ¿Y no se extingue?
— Jamás,
Ni volver al mundo ansía.

— Si me muero, ¿me verás?
— En el cielo, nada mas.
— Hasta el cielo, madre mia.

AMOR.

Los dos á un tiempo gozamos
Al confundir nuestras almas,
Y separarnos no pueden
Aunque de tí me separen.

Los que una vez confundieron
En una dos gotas de agua,
Aunque á desunirlas vuelvan,
Lo que desean no alcanzan.

Harán dos de la primera,
Mas despues de separarla,
Una tendrá de la otra
Lo que tienes de mi alma.

EL MAS DESGRACIADO.

Me separé de su lado,
Llevándome herida el alma;
Y un pobre niño andrajoso,
Al pasar por una plaza,
Detuvo mi paso errante
Y me dijo estas palabras :
— Una limosna, por Dios !
El frio, el hambre me matan;
Yo soy el mas desgraciado
Del mundo si no me ampara.
Iba á darle una moneda,
Se hallaron nuestras miradas,
Y en sus ojos descubrieron
Los mios una esperanza.
— No, pobre niño, le dije,
No eres tan digno de lástima;
Tú no sabes todavía
Que las mujeres engañan.

BIEN POR MAL.

Los juramentos del alma
Son en el mundo quimeras;
Por eso el cielo ha cerrado
Para las almas sus puertas.

« Vivo de tí, me decia,
Tu mirada es mi existencia;
Donde tú no estás, la muerte
A mis ojos se presenta.
Sueño con tu amor un mundo
De dichas que me embelesan,
Y cuando estrecho tu mano,
Creo en Dios y el alma espera.
Dices que has vertido lágrimas
Dudando de mí; por ellas
Juro ser tuya y amarte
Mas que á mi madre pudiera.
Ayer al estar en misa

Con las rodillas en tierra
Mientras alzaban el cáliz,
Juré ser tuya ó ser muerta.
¡ Ay ! no te vayas, bien mio,
Porque sin vida me dejas,
Y pide como yo pido
Su amparo á la Providencia. »

Así con llanto en los ojos
Me dijo; ¡ quién lo creyera !
Ayer su amor me juraba
Y hoy olvida sus promesas;
Y cuando yo sufro y muero,
Ella vive y goza y sueña.

Dios mio, por estas lágrimas
Que mi corazon anegan
Te pido que la des goces
Tantos como me das penas.
Y si para los perjuros
Las puertas del cielo cierras,
Te pido con toda el alma
Que las abras para ella.

INDIFERENCIA.

Tibia la luz de sus ojos,
Indecisa la mirada,
El labio inferior caido,
Serena la frente blanca :

Vedla allí, dulces caricias
Con indiferencia paga,
Y el fuego de amor deshace
Con la nieve de su alma.

Ni un pensamiento dichoso
Ni un sentimientó la embargan,
Y ni el porvenir la inquieta,
Ni los recuerdos la halagan.

Ni el dulce canto del ave
Ni el tierno beso del aura

A su corazon de piedra
Con dulce lenguaje hablan.

Ni espera de grato ensueño
La realidad adorada,
Ni de las horas se cuida,
Ni al cielo sus ojos alza.

Pobre niña, los suspiros
Del infeliz que te ama
Son para tí yertas flores
Que suave esencia no exhalan.

Ni amor te inspiran sus ojos,
Ni tienes sus esperanzas,
Ni con sus ensueños sueñas,
Ni con sus amores amas.

¡Ay! de apagar los latidos
De tu pecho en vano tratas,
La alegría de tus ojos
Nublarán pronto las lágrimas.

Teme que en tu pecho vírgen
La ardiente pasion renazca,
Y no olvides para entonces
Que tambien muere quien mata.

Luzca otra vez la sonrisa
En tu boca sonrosada,
Vuelva la luz á tus ojos
Que dan la luz á mi alma.

Llora de amor, que mas vale
Amando derramar lágrimas
Que gozar indiferente
En medio del mundo calma.

Hay jardines que sus flores
Te ofrecerán perfumadas,
Y hay arbustos que tu sueño
Arrullarán con sus ramas.

Y hay corazones que dieran
Por verte amorosa y blanda

Sus mas dulces ilusiones,
Sus mas puras esperanzas.

Deja la dura cadena
Que al fiero dolor te ata,
Mira que es el mas dichoso
El que mas sufre, si ama.

ALMA Y CUERPO.

Sus ojos y mis ojos se encontraron,
    No sé lo que sentí;
Mis tristes pensamientos se borraron,
    Solo esperanzas ví.

Mi amor la dije, y con ferviente anhelo
    Su voz grata escuché;
Y al prometerme su cariño, un cielo
    Encantador soñé.

Era feliz, y al estrechar su mano
    Sentí extraña emocion;
A un tiempo del invierno y del verano
    Gozó mi corazon.

Besé su frente de sin par belleza,
    Y ante mí ví cruzar

Un arcángel, emblema de pureza.
¡Cuánto me hizo gozar!

Despues sus labios, de pasion henchidos,
Con los mios besé,
Y al perder para siempre mis sentidos,
..... Solo su cuerpo hallé.

UNA MADRE.

BALADA.

I.

— ¿A dónde vas, hijo mio?
¿Porqué tan sola me dejas?

— Ya los clarines me llaman
Con ronco son á la guerra.
Dejadme partir, que anhelo
Ver pronto mi cabellera
Ornada de los laureles
Con que al valeroso premian.

— ¡Ay, infeliz! corre, corre
En pos de esa ilusion bella,
Mientras una triste madre
Pide á la Vírgen clemencia

Para el hijo de su alma
Que abandonada la deja.

— No temais, madre, yo siento
Encenderse el pecho, apenas
Traen los ecos á mi oido
Esas músicas guerreras,
Y venceré, los laureles
Alcanzaré en la pelea.

— Esos laureles que osado
Ver en tus sienes quisieras,
¡Ay! no sabes, hijo mio,
Cuánta, cuánta sangre cuestan.

— ¡Oh! sí, mas el triunfo es grande,
Se adquieren glorias, riquezas,
Las mujeres nos adoran,
Y los hombres nos veneran.

— ¡Las mujeres! las mujeres,
Que son la perdicion vuestra,
Por cada existencia suya
Arrastran cien existencias.

— No, madre, son en la vida
Consuelo de nuestras penas.

— Despues de habéroslas dado,
Alguna vez os consuelan.

— Ellas el valor inspiran,
La felicidad dan ellas.

— Pues corre, corre, hijo mio,
En pos de tu loca idea.
Quiera Dios que el desengaño
Jamás tu corazon hiera.
Corre, corre los honores
A buscar en la pelea,
Que yo pediré á la Vírgen
Que en la lucha te proteja.
Parte, parte, que contigo
Llevas mi triste existencia.

Partió el hijo valeroso,
De entusiasmo el alma llena,
Mientras su madre decia
En tierno llanto deshecha :

— Dejas mi amante regazo
Por los lauros que deseas.
¡Ay! ¿qué va á ser de tu madre?
Sin tí ya nada le resta.

Pero el hijo caminaba
Buscando ansioso la guerra,
Y le miraba su madre
Partir llena de tristeza.

II.

Pasó algun tiempo: un guerrero
Cubierto de negras armas,
Llevando en su rico casco
Magníficas plumas blancas,
Seguido de cien jinetes,
A un castillo caminaba.

Numerosa comitiva
De caballeros y damas
A recibir al caudillo
Solícitos se aprestaban,

Y al sonido melodioso
De las dulcísimas arpas,
Penetraron del castillo
En una lujosa estancia.

Al lado del altanero
Capitan Nuño de Vargas,
El caudillo victorioso
La tersa frente levanta.

Al punto con agasajo
La varonil Castellana,
Y por órden de Don Nuño,
Le habla con estas palabras :

— Siempre alcanzó los laureles
Quien, como vos, con la lanza
Mostró arrojo y bizarría
En la lucha encarnizada.
Hoy recibidlos; mi hija,
A quien amais y que os ama,
Para galardon, doncel,
Os ha bordado una banda,

Que ceñirá á vuestro pecho :
El valor su premio alcanza.

— ¡ Ah ! por mostraros, responde,
Cuánto agradece mi alma
El premio que me ofreceis,
En vano frases buscára.
Mas os dice mi silencio,
Que mas siente, quien mas calla.

Entonces con leve paso
Llegó una jóven gallarda,
Y colocando en su pecho
De seda y oro una banda :

— Tomadla de amor en prueba,
Y como prenda guardadla,
Dijo; y el guerrero amante
Besó su mano nevada.

Concluyó la ceremonia,
Y con voces y algazara
Ensalzaron los sirvientes
Al caudillo y á su dama.

III.

Llegó la noche : el guerrero
Buscaba dulce descanso,
Y entrando en su camarin
Durmióse en un lecho blando.
Sus ideas de ventura
Mágicas formas tomaron,
Y á su vista aparecieron
De dicha el alma inundando :
El laurel de la victoria
Era su mayor encanto;
El tierno amor de su amada
Su corazon extasiando,
Felicidad le ofrecia
Como don celeste y grato.
Era feliz, cuanto ansiaba
Lo miraba realizado.

Mas de pronto su escudero
Hasta su lecho llegando,
Temeroso así le dice :

— Señor, traicion, peligramos;
Contra vuestra vida atentan.

— ¿Contra mi vida?

— He escuchado
Hablar de vos con sigilo
A el infame Castellano :
Envidioso de la gloria
Que habeis valiente alcanzado,
Quiere daros muerte.

— ¿A mí?

— El plan estaba tramado.
Os ha traido, señor,
Con cautela, con engaño,
Para vengarse : ese premio
Que Doña Blanca ha bordado,
Es, como el traidor decia,
Solo para alucinaros.
Hasta el amor de su hija
Es mentira.

— ¡Cielo santo!
¿Será verdad?

— Os lo juro.

— ¡Ah! de este peligro huyamos.

IV.

Su amor y la gloria mia
Son mentira! ¡Oh desengaño!
Vistióle el paje sus armas,
Y con secreto marcharon.

— Ayer en amor y gloria
Con entusiasmo creia,
Mas ¡ay! que gloria y amores
Son mentira.

Luché con valiente brazo
En la aterradora liza;
Vencí, y un mal caballero
Me vendia.

¿Qué es la amistad? — Solo sueño.
¡Ay! la ambicion la asesina.
¿Quién, pues voy desengañado,
Quién me auxilia?

Así con hondos suspiros
Un triste jóven decia,
Al ver trocada en dolor
Su dulce dicha.

Y por una estrecha senda
Que á una choza conducia,
Marchaba con lento paso.
— ¿Dónde iba?

V.

¿Quién es aquella anciana que en sus brazos
Estrecha á un jóven que abatido llora?
¿Porqué cubre de besos con sus labios
Aquellos labios que el suspiro ahogan?
Es una madre á quien dejó su hijo
Por alcanzar amor, honor y gloria,

Y que hoy, al contemplar que son mentira,
Vuelve á sus brazos y su amor implora.
¿Qué basta á consolarnos en el mundo?
Solo una madre tierna, cariñosa:
Ella solo nos quiere, porque somos
El alma de su alma á quien adora.

LA AMBICION.

BALADA.

I.

En la ribera del Tajo
Está una pobre aldeana,
Y su tristeza descubren
Los suspiros y las lágrimas.

Cerca de ella un gentil paje,
Cubierto de todas armas,
Tambien triste y pensativo
Con llanto la contemplaba.

El paje la amaba bien;
La jóven con toda el alma
Y haciendo un terrible esfuerzo
Le habló con estas palabras :

— Gonzalo, Gonzalo mio,
¿Así dejas á tu Blanca?
Por ir en pos de riquezas
Me abandonas y te marchas.
¡Ay! bien decia mi madre
Que con tu amor me engañabas.
— Blanca, Blanca, vida mia,
Imágen de mi esperanza,
No con tus tenaces dudas
Robes la paz á mi alma.
Si hoy de tu lado me ausento,
Es porque á lidiar me llaman,
Que va á conquistar Colon
Otro mundo para España.
En él inmensos tesoros
A los valientes aguardan,
Mientras que la gloria teje
Para sus sienes guirnaldas.
Iré, venceré, y amante
Presto volveré á tus plantas
Para ofreçerte de nuevo
Amor y joyas preciadas.
— Para vivir venturosa,
Gonzalo, tu amor me basta.

— El amor, ¡ay! no lo creas;
Díjome una bohemiana
Que con el oro en el mundo
Cuanto se quiere se alcanza.
— Mintió, que el oro no compra
Los sentimientos del alma;
Pero no escuches mis ruegos,
En pos de tu ambicion marcha,
Que yo sufriré contenta
Porque realices tus ansias.
— Blanca, Blanca de mi vida,
Primero la luz faltara
Al sol, que yo á mis promesas;
Te lo juro por mi espada.
— Dios oiga tu juramento.
— Él te inspire la constancia.

Besó Gonzalo su mano,
Y en una yegua alazana
Partió á unirse con la hueste
Que á la conquista marchaba.

En tanto Blanca á la Vírgen
Con fervorosa plegaria

Que protegiera su anhelo
Le pedia arrodillada.

Se alzó, y tendiendo la vista
Por la anchurosa comarca,
Vió á su amante, y un suspiro
Lanzó, suspiro del alma,
Y dijo triste, enjugando
De sus pupilas las lágrimas :

— Quiera Dios que no me olvide,
Que si me olvida me mata;
Antes en su turbio seno
Sepúltele la mar brava.

II.

— Madre, ya ha pasado un año,
Y mi Gonzalo no vuelve;
¿Habrá olvidado mi amor?
— Hija, puede.
— ¿No os acordais que decia
Que antes muriera mil veces

Que faltar á sus promesas
De quererme?
— Los hombres con sus palabras
Nuestra razon enloquecen,
Y cuanto mas nos fascinan
Mas nos hieren.
— ¡Ay! madre... ¿me habrá olvidado?
— Hija puede,
Que los hombres en amores
Cuanto mas juran mas mienten.
— Pero vivir no es posible,
Madre del alma, sin verle.
Vírgen, á mi lado amante
Devolvedle.
— ¡Pobre hija mia! en mi seno
Reclina tu pura frente,
Olvida tus tristes penas;
Duerme, duerme.
Quizá Gonzalo, hija mia,
Corre presuroso á verte
Aun mas amante que nunca;
Duerme, duerme.
Blanca en el regazo amante
Que tierna madre le ofrece

Reclina su sien hermosa
        Blandamente
Y cede al sueño : su madre
Mira en sus labios mecerse
Dulce sonrisa, y ¡ ay ! tiembla
        Por su suerte.

III.

Es media noche : la argentada luna,
Suspendida en el cielo,
Vierte su tibia luz; cantan amores
Con dulce melodía
En la selva los pardos ruiseñores;
Y el arroyuelo su corriente guia
Hácia el hinchado rio
Que retrata en su seno trasparente
De la tranquila noche el manto umbrío.

Una jóven hermosa
Como el rayo de luz de la alborada,
Al aire destrenzada
La cabellera de azabache nudosa,

Y cubierta de blancas vestiduras,
Cruza por una senda tortuosa.

¿A do va, do camina?
¿Porqué el errante paso
Detiene al pié de un gótico castillo,
Y la cabeza inclinada,
Escucha el dulce acento
Que entre perfumes del risueño prado
Lleva á su oido el azaroso viento?

Es que la voz de un trovador oyera
Cantar una balada,
Balada lastimera,
Y con su dulce acento extasiada
Ni un solo paso á caminar se atreve,
Que aquella voz su corazon conmueve.

IV.

En un salon de rico artesonado
Caballeros y damas á porfía
Con entusiasmo escuchan el sonoro

Cántico de un poeta
Que pulsa en tanto su laud de oro :

« El valiente Gonzalo
Marchó á la guerra,
Y dejó á su adorada
Por las riquezas.
Y de ella ausente
Se olvidó, que el avaro
Promesas miente. »

« Por un tesoro olvida
Sus juramentos,
Y á otra mujer ofrece
Su amor eterno.
Traidor Gonzalo,
Del oro que ambicionas
Serás esclavo. »

« Vedle cruzar los mares
Con su adorada,
Las espumosas ondas
Mecen su barca.

Gonzalo, teme,
Que en el mar los ingratos
Hallan la muerte. »

« El viento brama airado,
La mar se encrespa,
Cruzan el firmamento
Raudas centellas.
Gonzalo, teme,
No sigas adelante
Porque pereces. »

« Las aguas resonantes
Su barca azotan,
Amenazan su vida
Las turbias ondas...
. . . .
. . . .
Ya solo el eco
Llega á su amada y dice :
— Gonzalo ha muerto. »

V.

— Ha muerto, ha muerto Gonzalo,
La jóven trémula exclama;
Ya los tristes trovadores
Su historia cantan.

Ha muerto, ha muerto Gonzalo!
Con él perdí mi esperanza;
Le amaba, y él, fementido,
Él me olvidaba.

A otra mujer mintió amores:
De riquezas con el ansia
Su ambicion, su ambicion sola
Es quien le mata.

Y retorciendo sus brazos
Los cabellos se arrancaba.
Arroja, mirando al cielo,
Histérica carcajada,
Y corriendo por el valle,
Con roncas voces exclama:

— «Quiera Dios que no me olvide,
Que si me olvida me mata;
Antes en su turbio seno
Sepúltele la mar brava.»
Llega azarosa á su albergue
Y á su tierna madre llama.
— Madre, dice, madre mia,
Otra mujer me robaba
El amor de mi Gonzalo,
Y oyó el Cielo mi plegaria.
El mar sepultó en su seno
Al que tan mal me pagaba;
Mas sin Gonzalo en el mundo
Ya nada me resta, nada.

. . . .

. . . .

VI.

El sol inundó de luz
Los valles y las montañas,
Y cuando con lento paso
A Occidente caminaba,

Cuatro zagales llorosos
Con luto en cuerpo y en alma
Un ataud conducian
Hácia la ermita cercana :
Detrás, anegada en llanto,
Iba una mísera anciana.

Blanca, su adorada hija,
Ya no la hablaba;
Habia volado al cielo
Su triste alma.

FIN.

ÍNDICE.

CUENTOS, LEYENDAS.

HISTORIAS Y ANÉCDOTAS.

POESÍAS Y BALADAS.

FIN DEL ÍNDICE.

Besanzon. — Imprenta de Roblot.


THE LIBRARY OF CONGRESS


WERT
BOOKBINDING INC.
Grantville, Pa.
Mar - April 198
We're Quality Bound

